

OLGA KAITA

LA HIJA
DEL PASTOR

La hija del pastor

Olga Kaita

1. Sleek Valley

La iglesia de Saint Grace se encontraba a las afueras de Sleek Valley, y para llegar sólo era necesario desviarse por la estatal 14, pasar delante del club de tiro de Mike Longo hasta encontrar una rotonda y tomar la primera salida. Aquel domingo cuatro de abril de 1982, uno como otro cualquiera, los feligreses se apelotonaban en la entrada para encontrar el mejor asiento —en primera fila a ser posible— y así no perderse ni el breve suspiro del pastor Jacob Baxter que llevaba dando su misa desde hacía 18 años. El pastor Baxter era aquel hombro en el que llorar, una parcela de bondad en la que uno podía confiar para eximir todos los pecados, y cada uno de sus sermones era escuchado con suma atención:

—Si dejáis de ver la luz de la esperanza y os encontráis en la más profunda oscuridad recordad siempre: Cuando todo esté perdido el señor os hará cantar.

Abigail Baxter estaba sentada junto a su madre, Blanche Baxter, que apretaba con fuerza su biblia, regalo de su marido cuando se casaron, con una preciosa inscripción y con el lomo dorado. De reojo, Abigail observó cómo su madre sonreía, cautivada por aquellas palabras que a ella le parecían aburridas y vacías: todos los sermones de su padre le empezaban a sonar repetitivos, igual que aquella canción tan de moda que sonaba sin parar en la radio: «*I love rock n' roll. So put another dime in the jukebox, baby*». Si sus padres supieran que conocía la canción siquiera, la castigarían tres semanas como mínimo. Abigail estiró su falda con los dedos y se irguió en aquel incómodo banco de iroko y, con disimulo, comprobó su reloj de pulsera. Los domingos siempre contaba las horas para poder abandonar su *mundo* y adentrarse en otros muy *diferentes*.

—Hola, mi pequeñín, ¿has echado de menos a mamá?

Blanche tomó en brazos a Bitsy, su perrita Silky Terrier, y continuó hablando con una débil y ridícula voz mientras dejaba que lamiera sus labios. Abigail mostró un atisbo de asco pero sólo porque sabía que su madre no podía verla.

—Mamá, estaré en mi habitación, tengo deberes.

Blanche abrió la nevera y sacó un plato que contenía carne triturada de ternera —de la mejor calidad— y la dejó en el suelo para Bitsy. Sonrió alegre y le dijo a su hija:

—Está bien, cariño, trata de no presionarte demasiado, ¿quieres?

Abigail sonrió y salió de la cocina para llegar a las escaleras. La residencia de los Baxter era una casa de estilo colonial de paredes empapeladas con rosas rojas, paneles de madera exactos a los que cubrían el suelo y muebles recargados de figuras de porcelana. No estaba muy alejada de la iglesia, donde su padre aún se encontraba preparando la sala contigua para el bingo, o tal vez una sesión de alcohólicos anónimos. Abigail no lo sabía con seguridad. Cuando entró por aquella puerta blanca, cerró y se apoyó en ella, sólo unos segundos en que contempló la luz de la tarde que entraba por las translúcidas cortinas blancas. Después, fue hasta su escritorio donde sacó el libro de Historia y pasó las páginas hasta llegar al temario de aquella semana: la guerra de

Independencia. Se dio prisa en terminar los ejercicios, y miraba cada poco rato el reloj, en ningún caso se le podía pasar la hora en que él la llamaría. «Si mi madre responde será una catástrofe». Por suerte terminó cuando el reloj marcaba justo las cuatro y cincuenta; Abigail cerró los libros, los dejó en una de las esquinas con cuidado y se cambió de ropa: se puso una camiseta blanca, un peto tejano y unas deportivas *Adidas*. Después se quitó la diadema y se hizo una trenza que caía sobre su hombro derecho. Sonrió ante el espejo y soltó aire por la nariz.

En la planta de abajo, su madre estaba en el salón, con Bitsy en su regazo, viendo *Magnum*, mientras comía caramelos de un cuenco de cristal enorme. Abigail se asomó para asegurarse de que estuviera donde debía estar y fue a la cocina para observar el teléfono amarillo que colgaba de la pared, justo al lado de la nevera y de la puerta que daba al jardín trasero. Comprobó de nuevo el reloj y, a las cinco y un minuto, alguien llamó.

—Residencia Baxter —respondió sin dejar que terminara el primer ring.

—*Hola, María* —saludó Scott Schwartz tras soltar humo de un cigarrillo—. *¿Me esperabas?*

—Sabes que sí —contestó retorciendo el cable del teléfono.

Calló cuando escuchó que empezaban los anuncios. Su madre siempre aprovechaba aquella pausa publicitaria para coger algo de comida, ya fuera para ella o para Bitsy. No falló y ésta entró en la cocina:

—Vamos, pequeñín, mamá tiene un poco de hambre.

—*¿Hola?*

—Sí, lo sé, Violet, el profesor Devine se ha pasado con las tareas de Historia.

—*¿Violet?* —dijo Scott tras reírse— *¿Es mi nuevo nombre?*

Abigail carraspeó.

—Claro, no me importa ayudarte, puedo pasarme por tu casa en media hora...

Su madre cogió un bagel y regresó deprisa al salón sin tan siquiera mirarla. Abigail escuchó como Scott soltaba humo de su cigarrillo y le dijo:

—*Quedamos donde siempre. Ah, y trae tus preciosas manos, María.*

2. Back in Black

Scott Schwartz colgó el auricular al mismo tiempo que pisaba su cigarrillo *Camel* contra el asfalto. Estiró los brazos hasta bostezar y después regresó a su coche, un *Chevrolet Camaro* que se compró el verano pasado gracias a los ahorros de su Bar Mitzvah y al dinero que ganó haciendo algunos trabajos para la señora Rubenstein en su tienda de antigüedades. Lo primero que hizo fue poner la radio y girar el dial hasta encontrar algo bueno. Sonrió cuando reconoció los acordes de *Back In Black* de AC/DC, se ajustó las gafas de sol y arrancó el motor:

—Yes, I'm let loose. From the noose.

Salió del aparcamiento del *Kentucky Fried Chicken* hasta tomar la carretera principal que le llevaría a su destino. A Scott Schwartz no le gustaba Sleek Valley, le parecía demasiado alegre, con sus habitantes que se conocían entre sí, siempre con una sonrisa de oreja a oreja, como en esas postales ilustradas que le mandaban sus abuelos cuando se iban de vacaciones. Echaba de menos vivir en Nueva York donde pasó toda su vida, pero tuvieron que trasladarse a un ambiente más puro y limpio por la enfermedad de su hermano pequeño. Y sí, era cierto que había mejorado pero eso no le hizo cambiar de parecer sobre aquel lugar. Paró para repostar, comprar algo de beber y hacer tiempo, porque sabía que Abigail llegaría tarde. Recorrió el pasillo hasta llegar a las neveras y enseguida reconoció la estúpida voz de Jesse McDowell:

—El otro día estuve con Candance Fitzgerald y no veas que tetas tiene.

—¿Te dejó tocar? —dijo Martin Coleman.

—Claro, joder —respondió el otro.

Scott puso los ojos en blancos mientras abría la nevera hasta dar con una lata de *Dr. Pepper*. Pensó en Abigail, así que cogió otra. Al girar la esquina se los cruzó:

—Vaya, mira a quién tenemos aquí. ¿Qué pasa, judío? —dijo Jesse.

Scott elevó una ceja y lo miró de arriba a abajo: llevaba la chaqueta del equipo de fútbol del instituto Sleek, que era verde y blanca y tenía bordado un oso en la solapa. Sin dejar de caminar, trató de hacerse hueco, pero estaba claro que ellos no iban a dejarlo pasar.

—Aparta, McDowell.

—¿O qué? —preguntó.

—O voy a tener que partirme esa cara de capullo que tienes.

Jesse lo miró a través de sus ojos azules e hizo un breve movimiento para empujarlo pero el propietario de la tienda, un señor mayor, de ojos acuosos y vivos, los interrumpió:

—¡Eh! ¿Se puede saber qué pasa ahí?

—Nada, señor Washington, ya nos íbamos —dijo Martin con la mano en el hombro de su amigo.

Scott sonrió con la cabeza ladeada y añadió:

—Sí, lo mejor es que os larguéis de aquí.

—Espera a que te encuentre a solas, Schwartz —dijo Jesse.

—Uys, sí, estoy cargado de miedo.

Después de un par de miradas llenas de odio, los dos chicos salieron de la tienda. Scott negó con la cabeza. No importaba si lo encontraba a solas, Jesse era como esos enormes perros guardianes que, a la hora de la verdad, sólo ladran estridentemente. Dejó las latas en el mostrador y se acodó en el mismo a la espera que el señor Washington llegase a su puesto.

—No deberías meterte con ellos —le dijo—. Ellos pueden contigo.

—Eso es lo que usted cree, viejo. Póngame también un paquete de *Camel*, ¿quiere?

—Esos siempre están en líos, tú pareces un buen chico, mejor quédate al margen.

«¿Buen chico?», pensó sacando la cartera de su bolsillo trasero. No respondió y sólo asintió a las palabras del viejo Washington. Cuando pagó y regresó a su coche, vio como Jesse y Martin salían del aparcamiento subidos en un *Mustang* rojo, mientras le hacían la peineta y se reían. Scott le mostró el dedo corazón hasta que los perdió de vista.

—¡Joder!

Dijo cuando llegó a su coche y vio que habían volcado batido de chocolate sobre el parabrisas. Odiaba a Jesse McDowell desde que pisó aquel instituto y vio cómo se metían con otro chico, Carl Draper. No soportaba a los abusones y por defenderlo se llevó un ojo morado y una bronca de su padre cuando lo vio. Pero Scott Schwartz no hubiera permitido que se fueran de rositas y además, gracias a aquel acto ganó un amigo. Subió a su vehículo, encendió el limpiacristales hasta que más o menos quedó limpio. Después continuó su camino hasta Paradise Point.

Esperó durante diez minutos, apoyado en su capó, hasta que Abigail Baxter apareció con su bicicleta. La estacionó cerca. Scott sonrió unos instantes.

—Maria, llegas tarde.

—Estoy a más de una milla —le respondió.

—Te he dicho mil veces que puedo recogerte.

Ella negó con la cabeza y dijo solemne:

—Si mis padres te vieran me castigarían hasta 1990.

3. Defender

Scott le abrió la puerta para que entrara y enseguida escuchó el sonido incesante de las máquinas: los pitidos agudos, las risas de los jugadores, la música rock de fondo... Y después las parpadeantes luces que salían de las máquinas recreativas, pasillos llenos de todas ellas, a la espera de que alguien pusiera 10 centavos para entrar en acción. El señor Morrison les saludó con un cabeceo sin apenas elevar la vista de su revista.

—¿Necesitamos cambio? —le preguntó Scott, que se paró unos instantes.

Ella asintió y sacó un billete de cinco dólares que dejó en el mostrador. Sam Morrison abrió la caja y de forma rápida y precisa le dio cambio.

—Gracias —respondió Abigail guardando las monedas en sus bolsillos.

Después, Abigail siguió a Scott, que tomó la delantera y se adentró entre todas aquellas máquinas, la mayoría ocupadas. Paró en la de *Defender*, donde un niño con gafas y cabello rizado jugaba concentrado. Scott extendió la palma de la mano, Abigail le dio una moneda y este la dejó en la máquina para reservar el turno.

—¿Podemos empezar con *PacMan*? —dijo ella.

—No, necesitas practicar, lo sabes. Date prisa por perder, ¿quieres, mocosos? —le dijo al niño.

Abigail sintió pena por él, porque las palabras de Scott hicieron que se desconcentrara y perdiera segundos después.

—No hagas eso —le dijo con los brazos cruzados.

—Oye, de lo contrario no tendremos tiempo. Eres tú la que no puede llegar más tarde de las siete a casa, Maria.

Rodó los ojos y le lanzó una mirada al pobre niño que decía: «Lo siento», pero él se alejó cabizbajo.

Scott, con los brazos cruzados, le señaló la máquina para que jugara.

Abigail Baxter jamás pensó que amaría tanto los videojuegos, que la hacían desconectar, escapar de la realidad, de esa vida llena de obligaciones y pocos privilegios. Se puso en posición y se fijó en las iniciales del primer puesto: SNS, 45852 puntos. Era Scott Noah Schwartz, aquel chico de cabellos oscuros y desordenados, nariz aguileña y una sonrisa preciosa —aunque verle reír era algo poco común— que la introdujo en aquel *mundo* dos meses atrás. Abigail ya no estaba en Sleek Valley, ahora estaba en un planeta lleno de aliens que trataban de abducir a humanoides para mutarlos y debía evitar como fuera que pasara. El juego era uno de los más complejos por la cantidad de botones y el hecho de poder cambiar de dirección. Por eso Scott tenía razón, Abigail debía estar preparada para la competición que tendría lugar en poco más de un mes. En la primera ronda consiguió sólo 7500 puntos.

—Necesitas practicar los reflejos, Maria —le dijo—. Además le has dado a demasiados humanoides, déjame.

Abigail rodó los ojos y se apartó para que él se posicionara. Se quedó embobada viendo como jugaba con destreza y habilidad y conseguía 21500 puntos, una puntuación excelente, no obstante se lamentó:

—Joder, qué mal.

Abigail sonrió:

—No ha estado tan mal...

Scott deslizó sus manos por su espeso cabello y las dejó allí negando con la cabeza:

—No, no es suficiente.

Después de hacer unas cuantas partidas más —en las que ella consiguió mejorar aunque fuera un poco—, Scott le dio una lata de *Dr. Pepper* que sacó de una bolsa de papel y salieron fuera para beberla. El sol del atardecer empezaba a apagarse tras las montañas, ellos se sentaron en el capó del coche.

—Oye, ¿cuántas horas crees que has pasado jugando? —le preguntó Abigail.

—Más de las que debería y menos de las que me gustaría —le respondió sin mirarla. Después se encogió de hombros—. Me ayuda a salir de la realidad. Supongo que a ti también, ¿no?

—Supongo.

Scott arrugó la lata y la lanzó hacia atrás y después encendió un cigarrillo.

—No seas guarro, no está bien ensuciar así.

—Esta ciudad está demasiado limpia, no le va mal un poco de basura.

—¿Cómo es Nueva York? —le preguntó ella—. Me muero por ir algún día.

—Es la mejor ciudad del mundo, nadie te saluda ni sonrío a cada paso.

Abigail arrugó el entrecejo:

—¿Lo echas de menos? —preguntó apretando la lata entre sus dedos.

Scott Schwartz elevó los hombros y le dio una calada a su cigarrillo.

—Será mejor que te vayas a casa, Maria, se está haciendo tarde.

Scott nunca hablaba de sí mismo ni de su pasado y por eso su evasiva no le extrañó en absoluto. Se bajó del capó, tiró la lata en una papelería cercana y fue hacia su bicicleta, una *Detroit* que le regalaron sus padres en su decimoquinto cumpleaños.

—Eh, puedo llevarte si quieres, te dejaré cerca.

Abigail negó con la cabeza y deslizó su bici por el asfalto del aparcamiento.

—Tú mismo lo has dicho, en este pueblo nos conocemos todos y más si eres la hija del pastor. ¿Me llamarás el domingo que viene?

—Por supuesto, Maria.

Aceleró hasta parar en un semáforo. Se dio la vuelta y sonrió cuando vio que Scott tiró la lata en la basura.

4. Te convertiré en un humanoide

Scott arrugó el ceño cuando el reloj sonó a las siete y media. Se incorporó y lo apagó de un golpe seco. Se quedó unos segundos tratando de separar lo onírico de lo real. No recordaba el sueño pero sí sabía que había soñado con Abigail Baxter. Bostezó mientras estiraba sus extremidades y fue directo al cuarto de baño.

Cuando bajó, su familia ya estaba en la cocina desayunando: su madre, Judith, servía el café, mientras que su hermano, Sean, y su padre, Jared, estaban sentados en la mesa.

—Buenos días, cariño —le dijo su madre.

Como respuesta hizo un sonido gutural, despeinó a su hermano de diez años, que sonrió ampliamente, y vertió los *Froot Loops* en un cuenco.

Su padre elevó la vista del periódico unos instantes y lo observó de arriba a abajo; él vestía un elegante traje negro y el cabello repeinado; enseguida le llegó el fuerte tufo a colonia que Scott odiaba. Jared Schwartz era un prestigioso abogado con su propio bufete:

—¿Vas a ir así?

Scott se encogió de hombros y se echó hacia atrás en la silla mientras masticaba: llevaba un jersey negro y unos vaqueros un poco rotos.

—¿Qué pasa? ¿Pretendes que me vista igual que tú?

—Ya tienes dieciséis no estaría mal que vistieras decente.

—Cariño, ¿quieres unas tostadas? —intervino su madre.

—No, gracias, mamá, con esto es suficiente.

—¿Cómo fue ayer, Scott? —le preguntó Sean.

Su hermano no podía salir de casa debido a su asma, ni siquiera a la escuela, sus padres no querían arriesgarse a que sufriera una crisis respiratoria y no supieran cómo ayudarlo, por eso estudiaba en casa. Su madre era su tutora. Scott sentía pena por perderse tanto por eso así que cada cosa que le pasaba se la explicaba como una aventura épica —algunas cosas las contaba cuando sus padres no estaban—. Scott le guiñó el ojo y terminó de comer:

—Después, colega, sino llegaré tarde.

Sean asintió seguro y le chocó los cinco cuando le mostró la palma de la mano. Le dio un beso en la mejilla de su madre, y dejó el cuenco en el fregadero. A su padre no le miró.

El instituto de Sleek Valley era un edificio de tres plantas, con su propio campo de fútbol americano —el equipo ganaba casi todos los años—, uno como cualquier otro, o por lo menos eso pensaba Scott siempre que llegaba allí. Aparcó su *Camaro* negro y se encaminó entre el resto de estudiantes, que charlaban animados y decían cosas como: «¿Viste el programa de anoche?» o «Fuimos al cine y la película fue una pasada». Scott se ajustó la mochila a su hombro y las gafas de sol en su nariz y anduvo de prisa entre el tumulto de gente.

—Buenos días, Carl —le dijo a su compañero cuando se lo encontró en las taquillas.

Carl Draper se ajustó sus enormes gafas con su dedo índice y sonrió mostrando sus braquets.

—Buenos días, Scott, ¿qué tal el fin de semana?

—*Psst*, aburrido. ¿Y el tuyo?

—Ha sido genial, mis padres y yo fuimos al museo de historia natural de Sommerville, ¿has estado...?

Scott estuvo a punto de decirle que no, que los museos no le interesaban en absoluto, pero sus

pensamientos se vieron interrumpidos cuando vio a Abigail Baxter en la lejanía: iba con sus amigas, con su habitual diadema, abrazada a sus libros bajo una sonrisa dulce, de esas que transmiten un: «Todo irá bien». Cuando pasó por su lado, ella lo observó un instante, pero después apartó la mirada y paró atención en una de sus amigas:

—¿Nos vemos en Gimnasia? —le decía.

Scott la vio perderse por el pasillo y cerró la taquilla con fuerza. Nunca lo habían hablado, pero para el resto del mundo, él y Abigail no eran más que meros desconocidos y en ningún caso querían que nadie supiera que se veían fuera del instituto.

—¿Scott? —dijo Carl— ¿Estás bien?

Salió de su ensoñación y le dijo que sí tras golpear su hombro:

—Claro, ¿me lo cuentas a la hora de comer?

Cuando entró en la clase de la profesora Mazer, que daba matemáticas, trató de no mirar a Abigail, que ya estaba sentada, muy recta en su asiento, con los libros preparados sobre el pupitre, pero no pudo evitarlo y la observó unos instantes. Se sentó justo detrás y se apoyó lo más cerca que pudo de ella. Ella se movió inquieta en su asiento. A Scott le gustaba ponerla nerviosa, aunque también le daban muchas ganas de hablarle cuando tenía ocasión, para comentarle cosas sobre videojuegos. A Carl Draper sólo le gustaba hablar de cómics y de piedras.

—Buenos días a todos —dijo la profesora Millie Mazer cuando entró—. Bien, hoy seguiremos con los vectores...

Scott observó la espalda de Abigail y el cabello lacio que caía por ella. Él jamás confesaría que le gustaba alguien así, tan buena e inocente, por supuesto que no, aún así... De repente, mientras la profesora dibujaba en la pizarra, Abigail dejó caer una nota doblada en su mesa, y él se aseguró que nadie la viese, cogiéndola al vuelo. Se puso recto, miró de hito a hito y desplegó la nota: «Si te acercas tanto al final te convertiré en un humanoide». Sonrió como un idiota y negó con la cabeza.

«Mierda», pensó al darse cuenta que sentía algo por ella.

5. Una excusa

—¡Abby, estamos aquí!

Abigail sonrió y, con su bandeja en la mano, tomó asiento con sus amigas: Violet Sanderson, Vivian Field y Rachel Coots.

—Bueno, ¿y cómo fue ayer? —le preguntó Violet.

Todas sus amigas creían que los domingos quedaba con un chico, un universitario de nombre inventado —James Bohrer— quien en ningún caso sería aceptado por sus padres. Para ella eso era más fácil que decir: «Voy a las recreativas *Paradise Point* para jugar a los marcianitos con Scott Schwartz».

—Bien, gracias por cubrirme, Violet.

—Para eso están las amigas —le respondió.

De forma inconsciente buscó a Scott aunque sabía que raras veces estaba en el comedor. El resto de la comida la pasaron hablando de Jesse McDowell, el capitán del equipo de fútbol, aquel del que todas terminaban enamoradas:

—Hoy, en clase de biología, Jesse ha dicho algo súper gracioso —dijo Rachel tras suspirar.

Las demás se rieron y lo miraron al mismo tiempo: estaba sentado con la mayoría de su equipo, mientras charlaban sobre cualquier vicisitud. Abigail desconectó entonces y sonrió por la nota que le había escrito a Scott. Fue arriesgado para ella pero no pudo evitarlo. Pensó en la primera vez que lo conoció. Abigail enseñaba a un grupo de niños de catequesis y uno de ellos, Brandon Miller, se escapó de casa tras enfadarse con su madre. Ella pensó que podía estar en el *Paradise Point* porque sabía que le gustaban los juegos y fue a buscarlo. Mientras revisaba a cada uno de los jugadores, deslumbró una moneda en el suelo. Después de cogerla, le preguntó al primero que vio si era suya o si había algún departamento de objetos perdidos: era Scott Schwartz. Éste tomó la moneda, cabeceó hacia la máquina de *PacMan* y la instó a probar.

—No tengo tiempo, busco a Brandon Miller, es un niño pelirrojo que...

—Vamos, prueba y te ayudaré a encontrarlo.

Al final aceptó y se divirtió mucho:

—Oh, no, no, esos estúpidos fantasmas me persiguen.

—Come una fruta para comértelos —le dijo.

Cuando terminó la partida, Abigail sonrió ampliamente.

—No ha estado nada mal por ser tu primera vez, Maria.

—No me llamo Maria, soy Abigail Baxter, encantada —le dijo cediendo su mano.

—Sé quién eres, Maria.

—¿Y por qué me llamas Maria...?

Scott se encogió de hombros y señaló al final de la sala:

—Ahí está Brandon.

Abigail se puso la mano en el pecho aliviada y exhaló.

—Muchas gracias, te debo una. ¿Tú eres Scott, verdad? ¿El nuevo?

Asintió con una ceja elevada y dijo:

—Él mismo. Si me debes una podrías darme tu número de teléfono.

Cuando ella estuvo a punto de negarse, éste añadió, mostrando las palmas:

—No me malinterpretes, me gustaría que volviesses aquí, para hacer unas partidas. Creo que tienes potencial y necesito a alguien para mi equipo.

Abigail aceptó y quedaron en que la llamaría los domingos que pudiera para reunirse en el

Paradise Point. No se arrepentía de haber dicho que sí, porque se divirtió muchísimo el resto de las veces. Además quiso ayudarlo, los ganadores del concurso se llevarían una consola *Sega SG 1000* y Scott parecía quererla con toda su alma.

—¿Os habéis enterado? —comentó Vivian—. Al parecer Jesse y Candance quedaron el otro día.

—Sí, Jesse dijo que es un poquito ligera de cascos —añadió Violet.

—Vamos, chicas, no seáis así —dijo Abigail—. Jesse es un fantasma como los de PacMan.

Sus amigas la miraron extrañadas.

—Ya sabéis a lo que me refiero, no podéis creer nada de lo que os diga.

—Bueno, no es el primero que lo dice así que... —dijo Rachel.

Abigail terminó de comer su ensalada mientras pensaba en lo cerca que había estado de delatarse a sí misma.

—Bendícenos, oh Señor, por estos alimentos que estamos a punto de recibir de tu generosidad por medio de Cristo nuestro Señor —dijo Jacob antes de la cena—. Amén.

—Amén —dijeron Blanche y Abigail al unísono.

Se pusieron a cenar, pollo frito y puré de patatas. Abigail no tenía mucha hambre, aunque no sabía por qué.

—Y dime, hija, ¿qué tal la escuela? —le preguntó su padre.

—Muy bien, papá, me han dado las notas del último examen de Lengua.

—¿Qué has sacado?

—Un sobresaliente —respondió.

—Oh, eso es estupendo, ¿verdad, Bitsy? Tu hermanita es muy inteligente —le dijo Blanche a su perro que estaba encima de su regazo.

—Vamos, cariño, ¿es necesario que esté en la mesa? —espetó su padre.

—Bitsy forma parte de esta familia, ¿verdad que sí, pequeñín?

A Abigail se le escapó la risa por la escena, y con su padre se lanzaron una mirada de complicidad.

—En fin, tengo noticias, familia —anunció Jacob—. Peter Jones y Sarah Carell van a casarse.

—Eso es maravilloso —dijo Blanche—. Hacen una pareja tan ideal. Y tú los unistes, amor mío.

Jacob le devolvió el apretón de manos y continuó:

—Fue Dios quien los unió, yo sólo les allané el camino. En fin, se casarán el ocho de mayo y estamos todos invitados al convite.

—Oh, tendremos que comprarnos un vestido para la ocasión, ¿verdad, Abby? Podemos ir juntas a la tienda de Sophie, tiene unos modelitos que son ideales.

Abigail esbozó una sonrisa, pero esta se apagó enseguida cuando se dio cuenta que el día ocho de mayo sería la competición de videojuegos. Desconectó de sus padres mientras jugaba con el puré de patatas y pensaba en qué excusa poner para no tener que ir.

6. No es una cita

Scott sabía que el Paradise Point estaría cerrado porque Daniel Morrisson, el dueño, se lo había dicho. Aún así llamó a Abigail como todos los domingos, desde la misma cabina y a la misma hora. Introdujo una moneda y marcó el número que ya se sabía de memoria. «No deberías llamarla», pensó con el auricular en su oreja, pero tenía demasiadas ganas de verla para no hacerlo. No había dejado de pensar en ella durante esa última semana, más de lo habitual, y un sentimiento que jamás había tenido le carcomía por dentro como las termitas en un taco de madera.

—*Residencia Baxter* —dijo Abigail.

Tragó saliva y murmuró, más nervioso de lo que hubiera deseado:

—H-hola, Maria.

—*Hola, ¿estás bien?*

Scott se encendió un cigarrillo y trató de calmarse:

—Sí, perfectamente. Te espero donde siempre. No tardes.

Después colgó el auricular sin que a ella le diese tiempo de responder. Hizo su habitual ruta, primero pasó por la gasolinera del viejo Washington donde compró bebidas y después aparcó en el Paradise Point: sus persianas estaban cerradas y encima habían dibujado a *Frogger*. Exhaló, se apoyó en el capó y esperó a que ella llegara. «Mira que hay chicas», se dijo a sí mismo. Ella era la hija del pastor, de ninguna de las maneras saldría jamás con un judío y menos con alguien como él. Dejando a un lado la religión, que parecía ser muy importante en Sleek Valley, Scott no se consideraba un ejemplo a seguir precisamente: jamás se molestaba en estudiar más de lo que le explicaban en clase, aunque le gustaba mucho leer y a la hora de la comida siempre estaba en la biblioteca buscando algún libro bueno, si era de terror o ciencia ficción mucho mejor. Pero sus notas eran penosas y su padre se lo recordaba siempre que tenía ocasión:

—Tu problema es que eres un vago y un inútil. ¿Sabes lo que tuvimos que esforzarnos para aprobar la universidad? ¿Crees que el dinero cae de los árboles?

Scott cerró los ojos y elevó la cabeza para que los rayos de sol calentaran su tez. Desde el interior de su coche, empezaron a sonar los ZZ Top:

—*Rumour spreadin' 'round, in that Texas town...* —cantó al unisono.

—Hola.

A Scott casi se le salió el corazón del pecho cuando reconoció la voz de Abigail Baxter. Al encontrarla tan cerca, carraspeó y negó con la cabeza.

—¿Está cerrado? —preguntó decepcionada.

—Sí, eso parece, hay un cartel que dice que están montando nuevas máquinas.

Ella asintió y hundió los hombros:

—Que lástima, me moría de ganas de hacer unas partidas. En fin, volveré a casa, así repasaré el trabajo que tenemos que entregar el martes...

—¡No!

Se le escaparon las palabras y notó como los colores le subían.

—¿No?

—No, o sea, podemos aprovechar para debatir algunas estrategias, y eso.

—Oh, vale —respondió ella.

«Joder, Scott, ¿qué haces?».

—Deberíamos ir al autocine, me han hablado muy bien de una película.

Abigail sonrió y lo observó con los ojos entrecerrados:

—Creía que querías debatir sobre la estrategia...

—Sí y también quiero ver una película, Maria.

Cabeceó contra el coche para que entrara, ella dudó y miró su bicicleta.

—¿Acaso quieres ir a un autocine con una bici?

Ella negó con la cabeza y entró en el coche cuando éste le abrió la puerta. Antes de subir él también, inhaló aire profundamente y trató de calmarse. «Vamos, Scott, no es una cita».

—¿Es una cita? —preguntó ella.

—¡¿Qué?! ¡No, por supuesto que no!

—Tranquilo, no te pongas así...

Scott arrancó el motor y salió del aparcamiento. Trasteó la radio sin ton ni son, sólo tratando de desviar la atención de sus palabras. «Más quisiera yo que fuera una cita». «¿Y por qué me lo ha preguntado?» «¿Debería haberle dicho que sí?».

—Oye, Scott, ¿qué juegos nuevos crees que van a instalar?

Scott suspiró aliviado por poder pensar en otra cosa:

—Bueno, creo que te gustará... Ms. Pac-man.

—¿En serio?

Emocionada, le tomó el brazo unos instantes, sólo unos instantes, que fueron suficientes para que Scott se pusiera tan nervioso que casi se saltara un semáforo en rojo. Frenó en seco.

—Lo siento, yo...

Scott negó con la cabeza y carraspeó. «Soy un idiota». No hablaron el resto del camino, hasta que llegaron al autocine donde daban E.T El extraterrestre.

—He leído que es una pa-sa-da —dijo Scott después de comprar palomitas.

—Yo también, Violet me habló muy bien de esta película.

—Ya, oye, ¿puedo preguntarte algo? —Abigail asintió con la cabeza—. ¿Qué les dices a tus amigas? ¿Dónde se supone que vas los domingos?

Abigail cogió un puñado de palomitas y antes de comerlas dijo:

—Les cuento que salgo con un universitario.

—Ya... de esos súper inteligentes, que huelen bien y te tratan como una princesa.

Ella se encogió de hombros y añadió:

—Algo así. Es que no podría decirles que juego a videojuegos, consideran que es algo de chicos.

—Eso es una tontería, Maria.

Abigail se encogió de hombros y prestó atención a la pantalla, que empezó a proyectar la película. Scott se fijó en ella, en sus enormes ojos color avellana, en sus carnosos y delicados labios cubiertos de sal, en sus mejillas sonrosadas...

—¿Qué? —preguntó ella.

—Nada, es que tienes... es que tienes la cara manchada.

—Oh. —Ella se pasó las yemas de los dedos por su barbilla—. ¿Ya?

Scott negó con la cabeza, se aproximó a ella y, con su dedo pulgar, retiró unas motas de sal de la comisura de sus labios. Lo hizo de forma lenta, como si tocarla fuera lo último que haría en la vida. Abigail se sonrojó y él sonrió. Se quedaron unos segundos con los ojos clavados el uno en el otro.

—Ya está —dijo al final, reculando y regresando a su pose inicial.

—Gracias.

Después trató de atender la película:

—Bueno, esto es un cacahuete y se come —le dijo Elliot a E.T—. Bueno, este no se come, porque es de mentira.

Pero no pudo hacerlo y cada dos por tres miraba a Abigail, cuando sonreía, cuando comía palomitas, cuando sorbía su bebida, cuando se movía... y cuando la miraba, ella lo hacía también, provocando un leve suspiro salir de sus labios. «Que guapa es», pensaba sin parar, y negaba con la cabeza para tratar de eliminar esos pensamientos, pero era imposible porque se habían clavado en él igual que si fueran estacas. Y al final, cuando parecía que E.T había muerto y la vio llorar, quiso abrazarla con fuerza para consolarla, aunque en vez de eso, abrió la guantera donde guardaba pañuelos de papel. Le dio las gracias por dentro a su madre que fue la que los puso allí.

—¿Te ha gustado la película? —le preguntó cuando estacionó delante de su bicicleta.

Abigail sonrió y bajó el espejo supletorio para mirarse:

—Espero que mis padres no se den cuenta de que he llorado.

—A ver...

Ella se dio la vuelta y se acercó un poco y Scott hizo lo mismo. Entonces, él pensó en besarla pero en vez de eso sólo dijo:

—No se nota nada, Maria.

—Gracias... ¿Nos vemos mañana en clase?

—Qué remedio —murmuró.

—Buenas noches, Scott.

—Buenas noches, Maria.

Después la vio marcharse con su bicicleta calle abajo. Se encendió un cigarrillo y se quedó allí hasta que su figura empequeñeció hasta desaparecer.

«Te has enamorado, gilipollas».

7. La tentación

Abigail se puso a correr con el resto de sus compañeros para la clase de Gimnasia, después de que el entrenador Harnett les dijera que dieran cinco vueltas tras calentar. Violet la alcanzó al empezar:

—Abby, hola.

—Hola, ¿estás bien? —le preguntó cuando se fijó en su rostro contrariado.

—¿Dónde estuviste ayer?

Abigail apartó la mirada y la dirigió directamente hacia Scott que estaba en las gradas soportando el rapapolvo que el entrenador le daba por negarse a correr con los demás.

—¿Por qué lo preguntas?

—Diane Richards me ha dicho que te vio en el autocine con Scott Schwartz.

Abigail lamentó haber salido de su zona de confort e ir a un sitio donde, con total seguridad, alguien la reconocería. Pero le gustó pasar un rato con él. Al girar la esquina, se paró en la fuente, tras unas columnas fuera del campo de visión del entrenador Harnett.

—Por favor, no digas nada.

Violet puso los ojos como platos.

—¿Entonces es verdad...? ¿Tú y él...?

Negó con la cabeza:

—No, no, sólo somos amigos es que...

Le explicó toda la historia, al fin y al cabo era su mejor amiga desde el jardín de infancia.

—¿Por qué no me lo contaste?

—No pensé que comprendieras que me gustan los videojuegos...

—Bueno...

—Te parece raro, ¿verdad?

—Un poco... pero tú y el chico nuevo... eso me preocupa más.

—¿Por?

—Bueno, siempre está metido en peleas con Jesse y no creo que sea bueno que te juntes con él.

Abigail pensaba que Scott era mejor persona de lo que parecía a simple vista y odiaba que los demás lo juzgaran sin conocerlo.

—¡Chicas! ¿Qué hacéis allí? —preguntó Rachel cuando pasó corriendo.

—¡Ahora vamos! —bramó Abigail—. Violet, por favor, ¿me guardarás el secreto? Si mi padre se entera...

—¿No crees que al final lo sabrá?

—De aquí a poco es la competición de videojuegos, sólo tengo que aguantar hasta entonces.

—¿O sea que dejarás de ver a Scott y de jugar a videojuegos?

Abigail parpadeó y empezó a correr.

—Sí, supongo.

No lo había pensado. «¿Dejar de jugar a videojuegos? No sé si quiero hacer eso...» Pero su amiga tenía razón, tarde o temprano alguien le comentaría a su padre algo del tipo: «Oh, sí, el otro día ví a Abigail en los recreativos. Estaba con ese *judío*».

«Sí, quizás sea lo mejor, antes de que sea tarde», determinó. Pero cuando pasó delante de las gradas y lo vio, a Scott Schwartz, con sus gafas de sol, sentado a la bartola, yendo a contracorriente del mundo, sin importar lo que pensarán los demás, como si fuera capaz de

convertir el verano en primavera porque a él le diera la gana, Abigail Baxter cambió de parecer. De forma inconsciente se le escapó una sonrisa cuando lo miró, sonrisa que él le devolvió enseguida. Entre ellos había nacido un hilo que los unía, una forma de comunicación ajena a todo lo demás. Por desgracia para el pastor Jacob, Abigail Baxter también quería ir contracorriente.

A la hora de comer, Abigail les dijo a sus amigas que tenía que ir a la biblioteca para buscar un libro. En realidad sólo era una excusa para encontrarse con Scott. Enseguida pensó en la frase de uno de los sermones de su padre: «Debemos ser fuertes y luchar contra las tentaciones. El Señor conoce mis debilidades pero siempre me tienta...».

El lugar estaría silencioso si no fuera por el bisbiseo de algunos estudiantes, las risas flojas y por la bibliotecaria, la señora Mountains, que le daba exactamente lo mismo y hablaba —o más bien cotilleaba— con otra profesora, la señora Holmes. Ni siquiera prestaron atención cuando Abigail pasó por su lado. No tardó en verlo: estaba sentado al fondo, en el suelo, apoyado en uno de los estantes, con un libro en la mano. Carl Draper estaba recorriendo los dedos por los lomos buscando algo. Abigail sonrió y se sentó al lado de Scott sin decir nada. La miró con el ceño arrugado:

—Maria, ¿qué haces aquí?

Ella elevó los hombros y lo miró fijamente, hasta que consiguió que se sonrojara y apartara la mirada. Entonces paró atención en su amigo:

—Hola, Carl —susurró Abigail.

Él le devolvió el saludo, tímido, y se perdió entre libros y polvo. Era la primera vez que Abigail estaba cerca de Scott en el instituto. En ese lugar fingían ser desconocidos, pero Abigail ya no quería hacerlo. Sin decir nada, se acercó más a él, apoyó su cabeza en su hombro y cerró los ojos. Scott se quedó unos segundos quieto y en tensión, hasta que elevó el libro y continuó leyendo. Se pasaron así el resto de la comida, hablando sin mediar palabra.

Jared Schwartz le dio una colleja a su hijo lo suficientemente fuerte para que la kipá se desplazara de su posición unos milímetros. Scott se frotó la zona afectada, frunció el ceño y miró a su padre:

—¿Qué?

—Estás en la babia —le recriminó—. Tu primo Joseph ha llegado, ve a saludarlo.

Scott rodó los ojos y se levantó del sofá. Estaba en casa de sus abuelos, en New Jersey para celebrar el Brit Milá de su primo segundo, Samuel. Se aburría mortalmente, el día se lo iba a pasar saludando a personas que no quería ver, soportando los incómodos besos de su tía Esther —que para desgracia de Scott eran en los labios—, viendo a su padre hacer de abogado para toda la familia, y comiendo, obligado por su abuela que, a la que se despistaba, le llenaba el plato de sambusak, sin que él tuviera tiempo de negarse, y le decía cosas como: «Scotty estás en los huesos». Y ahora tenía que hablar con su primo Joseph, el tipo más aburrido del planeta. De camino, su madre le obligó a agacharse para ajustar la kipá y después darle un beso en la mejilla para que continuara su camino. Se encontró a su primo en la cocina. Su padre creía que sólo por tener más o menos la misma edad —en este caso el primo Joseph era dos años mayor— tendrían cosas de las que hablar. Nada más lejos de la realidad.

—Hola, primo —le dijo mostrando el vaso que seguramente tendría agua—. ¿Cómo vas?

—Bien —dijo Scott que se apoyó en la nevera, entre los imanes y los cupones de descuento—. ¿Y tú?

—Bien, muy bien.

Se quedaron en un silencio incómodo, más para Joseph, que se balanceó inquieto, confuso por lo que debería decir. Al final se animó:

—¿Qué tal en tu nuevo instituto?

—Una mierda —le respondió con una sonrisa sardónica.

—Bueno, ¿y los compañeros?

—Unos gilipollas —dijo.

Sabía que las palabrotas le ponían nervioso, esperaba que así la conversación se cortara. Joseph se rio forzado y después se acercó a la puerta e hizo un gesto que decía «Me voy, hablamos después».

«Conseguido». Scott vio como se marchaba y terminaba en los brazos de la tía Esther. «Pobre». Se dio la vuelta y se encontró con un teléfono de rueda colgado de la pared. Lo descolgó y marcó el número de Abigail Baxter, después estiró el cable y salió al pasillo, para asegurarse que nadie le viera y también para bajar los decibelios de la algarabía Schwartz. No debería de llamarla, no era domingo, y era arriesgado, pero lo hizo. Por suerte fue ella quien respondió:

—*Residencia Baxter.*

—Hola, Maria.

—*Hola.* —Después bajó el tono—. *¿Qué tal te va?*

—Bueno, estoy en casa de mis abuelos, para la circuncisión de un primo. No he podido librarme, faltaban dos hombres para el *minyán**.

Ambos se quedaron en silencio unos segundos hasta que Abigail preguntó:

—*¿Por qué me has llamado?*

Scott recorrió el dedo por los arabescos de la pared y preguntó:

—*¿Por qué viniste a la biblioteca el otro día?*

La escuchó exhalar y cuando parecía que iba a responder, la llamada se cortó:

—*¿Hola?*

Scott vio a su padre asomarse y enseguida entendió que había sido él.

—*¿Por qué has hecho eso?* —le preguntó.

—*¿Quién crees que va a pagar esa llamada?* —le dijo—. Ve a sentarte con tu abuelo y tu hermano.

Scott rodó los ojos, encajó el teléfono en su sitio y fue al salón como le ordenaron. Se dejó caer en el sofá, justo entre su abuelo y su hermano Sean que tenía la vista puesta en la ventana: afuera un grupo de niños pasaban una y otra vez en sus bicicletas. Le puso la mano en el hombro para consolarlo pero el niño no se movió. Scott tenía la esperanza de ganar el torneo y regalarle la videoconsola «Quizás eso le anime un poco».

—¡Eh! —lo llamó su abuelo Lev—. Chico, toma, toma, que no lo vea tu padre.

Le dio un billete de cinco dólares igual que lo haría un traficante. Se lo guardó en el bolsillo de sus *Levi's*.

—Gracias, abuelo.

Después él asintió y con las manos apoyadas en su bastón de caoba, le pidió a una de sus hijas, Sarah, que le trajera una gelatina. Pese a que puso mala cara, fue a la cocina.

—Lo bueno de hacerse viejo es que la gente siempre hace lo que le pidas. Ya sea por pena o por compromiso.

Scott asintió y se tumbó en el respaldo. Inmediatamente pensó en Abigail. «¿Siente lo mismo que yo?».

—Ahora piensas que por ser joven son todo ventajas, pero te equivocas... —continuó el abuelo Lev.

«¿Creerá que he colgado?», pensó maldiciendo a su padre.

—Gracias, Sarah. ¿Quieres, chico? —le dijo su abuelo a Sean.

Scott pensó en el olor del champú de Abigail Baxter y en el vaivén de su respiración. En ese momento, cuando ella apareció en la biblioteca, Scott leía una novela barata de ciencia ficción; en el instituto Sleek no había mucho donde elegir. Agradeció que ella no le preguntara por el libro.

—¡Mirad, el rabino ha llegado! —anunció su tío Ted.

Scott movió la pierna sin parar. «Joder».

—¡Eh, chico!

El abuelo Lev le dio un golpe en la pierna con el bastón que hizo que Scott pegara un brinco.

—¿Qué?

—¡La ceremonia ya empieza! —bramó su prima Michelle con su bebé en brazos.

8. La habitación de Abigail Baxter

—Vamos, ayúdame con la cremallera, Abby.

Blanche estaba enfrente del enorme espejo que cubría el armario de su habitación, tratando de embutirse un vestido que sabía que le iba pequeño pero que se juró que adelgazaría para cuando el día de la boda llegase. No cumplió su palabra. Abigail estiró el vestido de su espalda y subió la cremallera de prisa.

—Gracias, cariño —le dijo. Bitsy se puso a ladrar—. Ya nos vamos, pequeñín, dale un segundo a mamá, ¿quieres? ¿Seguro que no quieres venir ni al convite?

Era el día del torneo de videojuegos y el de la boda de Peter Jones y Sarah Carell. Abigail les dijo a sus padres que tenía mucho que estudiar. Y en parte era cierto, pero en realidad sólo quería ir al Paradise Point. Sus padres lo comprendieron, partiendo de la base de que Abigail hacía miles de actividades.

—No, mamá, pasadlo bien.

Su madre le dio un beso en la mejilla de esos que dejan marca y volvió a mirarse en el espejo.

—Blanche, ¿te queda mucho?

El pastor Jacob se asomó por la puerta y después miró el reloj de su muñeca:

—Vamos, tengo que officiar la boda, no puedo llegar tarde.

—Sí, dame un segundo —dijo entrando de nuevo en el baño.

Bitsy se puso a ladrar de nuevo y Abigail miró a su padre para mostrarle una expresión que decía: «Ya empieza el perro otra vez». Jacob sonrió y se sentó al lado de su hija y besó su mejilla.

—Siento mucho que no puedas acompañarnos.

—Bueno, os acompaña mi hermano Bitsy. Estoy segura que estará a la altura.

Su padre se aguantó la risa y negó con la cabeza:

—Vamos, Abby, no seas cínica.

Al final Abigail soltó una carcajada y él terminó unido. Se rieron más fuerte cuando Blanche preguntó desde el cuarto de baño qué era eso tan gracioso.

Cuando sus padres se marcharon con su coche, un *Ford Country Squire*, y se perdieron más allá de lo que podía verse desde su ventana, Abigail fue directa a la cocina y se sirvió un vaso de limonada con la vista en el reloj de pared: eran sólo las tres y media y no había quedado con Scott hasta las cinco. «No puedo esperar tanto». Estaba nerviosa por si no daba la talla en el torneo y hacía pocos puntos en sus turnos. Fue directa al teléfono para llamar a Scott pero enseguida se dio cuenta de que no tenía su número. «Siempre es él quién me llama». Abigail, entonces, marcó el teléfono de información:

—Buenas tardes, por favor, necesito el número de la residencia Schwartz de Sleek Valley, Connecticut.

—*Enseguida.*

Abigail lo apuntó en la libreta de la pared y marcó. Enredó los dedos con el cable y contó dos tonos antes de que una voz femenina respondiera:

—¿Diga?

—Hola, ¿podría hablar con Scott Schwartz? Soy Abigail Baxter, una compañera de clase.

—*Oh. ¿Scott? Vale, sí, sí, está jugando con su hermano, deja que lo avise, ¿eh?*

«No sabía que tenía un hermano». En realidad sabía muy poco de él.

—*¡Scott! ¡Tienes una llamada!*

Escuchó algo inteligible.

—*¡No, no es la abuela! ¡Es una chica! Una tal Abigail.*

Cinco segundos después, descolgó:

—*¿Hola?* —carraspeó y agravó la voz—. *Soy Scott.*

—Soy Abigail.

—*Lo sé, lo sé* —ahora susurraba—. *¿Cómo has conseguido este número?*

—Me lo han dado en información.

—*¿Pero cómo se te ocurre llamar?*

—Scott, necesito que nos veamos.

—*¿Estás bien?*

—Sí, sí, bueno, no, estoy muy nerviosa, he tenido una pesadilla horrible en que era uno de los barriles del *Donkey Kong* y no podía moverme. Sólo podía esperar a que llegara a mí y me tirara.

Scott soltó una carcajada:

—*¿En serio? Oye, necesito que me cuentes todos los detalles.*

—Entonces, ¿nos podemos ver ahora?

—*Eh... vale, está bien. ¿Dónde?*

Abigail pensó en algún lugar donde nadie la viese con Scott, y después de unos segundos, secundó:

—En mi casa. Estoy sola.

—

Scott sintió el corazón en la garganta y un calor incesante en su cuello. Se quedó sin palabras.

—*¿Sigues allí?*

Nunca había estado en casa de una chica que le gustara. Eso le ponía extremadamente nervioso pese a que por fuera aparentaba ser el más seguro del mundo. «Estar a solas con Abigail Baxter, ¿es un sueño o una pesadilla?».

—Sí, María, sigo aquí. ¿No te da miedo que tu padre lo sepa?

—*Tranquilo, casi todos mis vecinos están en una boda, menos la señora Allen, pero a esta hora duerme.*

Scott miró de reojo a su madre, que pasaba delante de la cocina cada dos por tres, posiblemente para tratar de escuchar algo. Se apretó más el auricular contra la boca y dijo:

—Dame la dirección.

La casa de Abigail Baxter era casi idéntica al resto de casas de la urbanización Sunset, con un jardín verde, esplendoroso, con el mástil de la bandera clavado en él. Scott aparcó delante justo cuando The Kinks cantaban: «*You got me so I can't sleep at night*». Apagó el motor y observó la puerta desde la lejanía. A los dos segundos, Abigail salió de la casa, y, descalza, bajó el trial de escaleras de piedra y lo esperó sobre la hierba con la mano haciendo de visera. Sonrió. Scott, con el ceño fruncido, salió de su coche y se acercó. En aquel momento, cuando la vio bajo el sol del mediodía, pensó en que no podía haber escogido mejor apodo para ella, con su rostro inocente, su sonrisa locuaz, aquella que podría pasar desapercibida en cualquier cuadro de Leonardo Da Vinci. «La virgen María».

—Hola, María —dijo cuando llegó hasta ella con las manos en sus bolsillos.

Abigail lo tomó del brazo y le obligó a entrar en casa, sin que le diera tiempo de reaccionar. Cuando ella lo tocaba se ponía nervioso el cien por cien de las veces. Abigail cerró la puerta y se quedó apoyada de espaldas.

—¿Qué?

Entonces negó con la cabeza y mostró una enorme sonrisa:

—Nada. Gracias por venir, estoy de los nervios.

Scott la siguió hasta la cocina.

—Joder, aquí no entra un vampiro, ¿eh? —comentó por todos los crucifijos que colgaban de las paredes o decoraban algunos muebles.

—Tampoco les daría permiso para entrar —comentó abriendo la nevera—. Sólo tengo limonada, ¿quieres?

—*Nah*, estoy bien. ¿Tú que sabes de vampiros?

—Leo libros. Mejores que lo que leías en la biblioteca. ¿Cómo se llamaba? ¿Encuentros fuera de lo común...?

Scott apoyó la rabadilla en la isla y se cruzó de brazos.

—Encuentros más allá de lo común —corrigió—. No hay nada bueno en esa biblioteca.

—Me suena a excusa barata.

—Oye, no estaba tan mal —dijo entre risas.

Abigail saltó sobre la encimera y a Scott se le escapó la mirada hacia sus piernas cuando la falda se le subió unos centímetros. Tragó saliva. Ella se movió inquieta y cruzó las piernas. Scott no pudo evitarlo y recorrió con los ojos su cuerpo: llevaba una blusa blanca con bordados amarillos a conjunto con su diadema. Se la imaginó desnuda y algunas cosas que haría con Abigail Baxter. No tardó en notar el inicio de una erección así que trató de pensar en otra cosa. Abigail carraspeó y dijo:

—Puedo prestarte algunos libros si quieres.

—No me interesa la biblia, gracias.

Abigail elevó la ceja:

—Eso no es lo único que leo. ¿Has leído *El guardián entre el centeno*?

Scott negó con la cabeza:

—¿Tú has leído ese libro? No me lo creo.

—Me lo regaló el señor Benedict, uno de los ancianos de la residencia donde soy voluntaria. Lo tengo oculto con la contraportada de una novela de Enid Blyton. ¿Quieres que te lo preste? Está en mi habitación.

Scott tragó saliva. Estar a solas con ella le provocaba ansiedad, no sabía cómo comportarse, como si el cuerpo no fuera suyo y fuese incapaz de saber dónde poner las manos. Y si iba a su habitación...

—No es buena idea.

Abigail ignoró sus palabras, bajó de un salto y anduvo hasta el umbral donde lo esperó. Ladeó la cabeza y sonrió pícara. Scott negó con la cabeza pero la siguió escaleras arriba. Scott ojeó las fotos que colgaban en la pared, todas familiares, y en las que Abigail siempre abrazaba a su padre. «¿Su padre no es el pastor de la iglesia?», le preguntó su madre cuando colgó la llamada. Scott le quitó importancia a sus palabras y fue a cambiarse bajo la atenta mirada de su madre que parecía decir: «No es buena idea, Scotty». Pero no lo dijo y, aunque lo hubiera hecho, Scott la hubiera ignorado.

A Scott le gustó la luminosidad de la habitación de Abigail Baxter. Por lo demás, no había

nada extraordinario, sólo que estaba extremadamente limpia. No entró. Prefirió quedarse apoyado, de brazos cruzados. Abigail acercó una silla al estante y se estiró para alcanzar una de las cajas. No llegaba. Scott, que medía metro ochenta, entró para ayudarla. Puso los ojos como platos al tener su trasero tan cerca, pero apartó la mirada deprisa y bajó la caja.

—Madre mía, pesa mogollón —dijo.

Para bajar, Abigail se apoyó en sus hombros. Scott, al tenerla tan cerca, pensó en parar el tiempo. Ella, sin decir nada, cogió la caja, la dejó encima de la cama y empezó a remover su interior. La mayoría eran libros infantiles y revistas como la *Cosmopolitan*, con modelos espectaculares en la portada y consejos del tipo: «Cómo pintar sola tu apartamento (sin pintarlo tú realmente)».

—Aquí está —dijo Abigail. Apartó el libro con cuidado y guardó el resto de las cosas dentro como si ordenara las piezas de un tetris.

Scott se aproximó, se sentó en la orilla de la cama y cogió el libro para echarle un vistazo, aunque ya lo había leído. Cuatro veces ya, la última fue el verano pasado, en los Catskills, antes de mudarse a Sleek Valley. A Abigail no se lo dijo, porque quería que se lo prestara para tener una excusa y verla de nuevo. Scott creía que, de lo contrario, posiblemente esa sería la última tarde que estarían juntos.

—¿Qué pasaría si tu padre supiera que lees algo tan *polémico*?

Abigail ladeó la cabeza, dejó la caja en el suelo y se sentó a su lado.

—No lo sé, supongo que me soltaría alguno de sus sermones. Y me castigaría.

—¿Y si supiera que estoy aquí?

Scott no se pensó demasiado la pregunta, la soltó sin más. Abigail se mordió el labio inferior y sonrió. La miró fijamente mientras pasaba deprisa las páginas del libro como si fuera un crupier barajando las cartas. Con esa luz, le parecía más guapa aún, y, sin pensarlo, tomó uno de sus mechones oscuros para echarlo detrás de su hombro. Abigail se movió inquieta, cuando Scott recorrió sus nudillos por su cuello, por aquella piel tan suave y *transparente*, hasta llegar a su mejilla, ahora sonrojada. «Bésala, ¿qué esperas, gilipollas?». Dejó el libro a un lado para poder usar ambas manos y acunar sus mejillas. Abigail lo miró con dulzura, Scott se fijó en sus rosáceos labios y cuando estuvo cerca, tanto que incluso podía notar el calor de su respiración, el teléfono sonó. Scott no había odiado jamás el timbre de un teléfono hasta entonces. Abigail se apartó y salió corriendo de la habitación. Scott se quedó petrificado, imaginando el beso que le hubiera dado sino fuera porque la vida le puteaba cada dos por tres.

9. El torneo

Abigail cerró los ojos y exhaló cuando la señora Rogers preguntó por su madre:

—Están en la boda de Peter y Sarah —respondió.

—*Oh, es verdad, ¿le dirás que he llamado, cielo? Es sobre la partida de bridge de mañana.*

Le dijo que por supuesto y después colgó. Scott entró en la cocina sin decir nada. Scott Schwartz iba a besarla, algo que Abigail quería que pasara desde hacía semanas. Desde que le quitó la sal de sus labios en el autocine. O quizás antes, desde que, en las recreativas, la abrazó por detrás para guiarla en el *Q-bert*. Abigail no lo sabía con seguridad, sólo tenía claro que buscaba que lo hiciera. Y Brittany Rogers lo había estropeado. O quizás fue su culpa por salir corriendo así, pero iba a ser su primer beso, y, por muchas revistas que leyera no tenía claro qué hacer. Su amiga Rachel también le había dado algún consejo al respecto, pero se quedó en blanco cuando él la tocó.

—Voy a cambiarme, bajo enseguida —murmuró.

Abigail le mintió en cierta manera. Sí, era cierto que temía que su padre la castigara. Pero no tenía claro cómo reaccionaría porque jamás había roto las normas. Sólo recordaba a su padre enfadado con ella, y fue porque se perdió en la feria de agricultura del condado; le soltó la mano y corrió para ver a unas ovejas detrás de unas vallas. Tenía cuatro años, y no fue consciente de haberse perdido hasta que su padre la encontró. Le gritó y ella lloró durante todo el trayecto de vuelta a casa. Por lo demás, el pastor Baxter era una persona comprensiva que casi nunca perdía los estribos, y siempre tenía palabras llenas de perdón para todo el mundo. Abigail no sabía si con ella también las tendría.

El Paradise Point estaba más lleno de lo habitual. Scott y ella se hicieron hueco entre la multitud hasta llegar al dueño y avisar de que habían llegado. Abigail trató de cambiar el ambiente en el coche, hablando de cosas sin importancia, como la escuela. Scott respondió seco y en monosílabos y eso a Abigail la confundió.

—¿Y si fallo y no consigo ningún punto?

Scott se cruzó de brazos y sonrió:

—María, sólo tienes que hacer lo de todos los domingos. Imagina que estamos, ya sabes, solos tú y yo, jugando.

—Eso me pone más nerviosa aún.

Enseguida se arrepintió por usar unas palabras tan directas y trató de quitarle hierro al asunto.

—Lo siento, es que estas cosas me ponen histérica, quiero ganar.

—Oye, pero que si no ganamos no pasa nada.

—Pero quiero que ganes la videoconsola... No sabía que tenías un hermano. ¿Es más pequeño que tú?

—Sí.

—¿Va a la escuela?

—No.

Volvía a estar cortante. Aún así Abigail le preguntó:

—La videoconsola es para él, ¿verdad?

Scott apretó la mandíbula y le lanzó una mirada que decía: «¿Cómo lo sabes?» Para Abigail

fue fácil de deducir con la información que tenía.

—No quiero hablar de eso —respondió Scott.

Abigail asintió y dijo, casi en un susurro:

—Vale.

Scott le puso una mano en el hombro para que la mirara y le comentó:

—Oye, te lo contaré, te lo prometo. Pero no ahora. Ahora necesito concentrarme.

Abigail asintió y le regaló una sonrisa.

—*¡Bienvenidos al primer torneo de videojuegos del Paradise Point!*

El dueño, el señor Morrison, gritó demasiado alto a través del micrófono y provocó un agudo e incesante pitido que se extendió por toda la sala. Abigail se tapó los oídos con los dedos. Los demás se quejaron, no tenía sentido que usara un micrófono en un espacio tan estrecho. Pero él insistió, por lo que tuvieron que esperar a que solucionara el problema técnico; fue gracias a Scott después de perder la paciencia:

—Aparta, viejo, yo lo haré.

A Daniel no le hizo mucha gracia que lo llamara viejo, pero se apartó y dejó que lo arreglara. Después, el dueño presentó a los equipos: Scott Schwartz y Abigail Baxter, los gemelos Hughes, dos rubios llamados Ted y Leo respectivamente, y Ryan Pitt y Jack Hedlund, dos chicos que solían frecuentar el lugar, enemigos efímeros de Scott, ya que en realidad, se llevaban muy bien y cuando discutían terminaban teniendo una charla amigable hasta el día siguiente, que volvían a odiarse.

—*Bien, las reglas son sencillas: hay tres fases, el equipo que sume más puntos, será el campeón.*

—¡Scott! —bramó Jack Hedlund—. ¿Por qué no te vas **largando** para no hacernos perder el tiempo contando la mierda de puntos que sacaréis?

Scott le hizo una peineta con una sonrisa sardónica. La pelea no tenía sentido porque los dos chicos sabían que los últimos serían los hermanos Hughes, unos niños de doce años, que sólo pasaban allí dos horas los domingos, mientras su padre bebía en un bar cercano. Conocían su nivel, aún así les encantaba picarse. Abigail sonrió ante la escena.

—*Vamos, chicos, mantened la calma, ¿eh? El primer juego será el Wild Western, primer equipo, los hermanos Hughes, ¡adelante!*

La puntuación se ocultaba hasta el final, pero Scott le dijo a Abigail que sumaron menos de 15000 por el rato en que jugaron. Los siguientes fueron ellos; a Abigail no le fue tan bien como esperaba, o por lo menos tuvo la sensación de que había perdido demasiado pronto. Scott le dijo que no era verdad y que estaba orgulloso de ella. En la siguiente ronda, jugaron al PacMan, Abigail estaba segura que había sacado la máxima puntuación. El último juego fue *Defenders*.

—Oh, no... —murmuró Abigail.

—¿Pero qué te pasa, María? —le dijo Scott—. Se te da de lujo, ya lo sabes.

La miró de reojo y le guiñó el ojo. Abigail tomó aire profundamente y apretó el crucifijo de su colgante. Rezó a Jesús para que le diera fuerzas para conseguir la victoria y cuando terminó, se sintió más fuerte y lo dio todo en su ronda.

Cuando el dueño, Daniel, dijo que la cosa estaba bastante reñida entre los ganadores y dio la tercera posición, que fue para los gemelos Hughes, Abigail tomó la mano de Scott y él le devolvió el apretón. No se soltaron.

—*Bien, el segundo puesto ha conseguido, 258.456 puntos y el primer equipo, 259.582. Sin más dilación, los ganadores son...*

Daniel Morrison miró a los concursantes, uno a cada lado para crear más tensión, hasta que

Ryan Pitt se quejó:

—¡Vamos, dilo de una vez!

—*Los ganadores son... ¡Scott y Abigail!*

Scott levantó los brazos con aires chulescos y se acercó al equipo contrario:

—¡Joderos, cabrones!

—¡Nooooo! —dijeron ambos al unísono y se tiraron al suelo con aire dramático.

Abigail no se lo podía creer y soltó una carcajada nerviosa. Scott se aproximó a ella para que lo abrazara y, de forma efusiva ella se subió a horcadas sobre él, que dio un par de vueltas sobre sí mismo.

—¡Lo hemos conseguido! —bramaba Abigail.

Scott sólo decía que sí y se reía. Hasta que paró, y con ella todavía en brazos, la miró fijamente unos segundos. «Va a besarme», pensó Abigail y cuando se acercó a sus labios, la voz de su padre la hizo regresar a la tierra:

—¡Abigail Chelsea Baxter!

10. Sobre el tejado

Cuando Scott vio la cara de asustada que puso Abigail la soltó enseguida y miró en dirección de la voz: era Jacob Baxter, el pastor de la iglesia. Aunque Scott no lo conocía en persona, dedujo que era él cuando vio el alzacuello sobre su camisa de franela. Le lanzó una mirada a Scott, una de esas que uno no olvida, llena de odio, y entonces supo que lo tenía todo perdido. Abigail se aproximó a su padre y, sin mediar palabra, se marcharon. A Scott se le rompió un poco el alma y se quedó cabizbajo incluso cuando le dieron el premio.

Se encendió un cigarrillo apoyado en el capó de su coche. Había ganado pero se sentía un auténtico perdedor.

—Eh, Scott, tío.

Ryan Pitt y Jack Hedlund se acercaron a él.

—¿Es tu novia? —preguntó el segundo.

Scott los miró pero no dijo nada.

—Tío, la hija de un cura, ya te vale —dijo Ryan—. Mira que hay tías.

—Bueno, si le gusta esa, ¿qué pasa? —espetó Jack.

—Pues, tío, también es verdad. Es bastante guapa.

Scott tiró la colilla contra el asfalto y habló por primera vez:

—Tíos, si tenéis razón, pero da lo mismo, no vendrá más por aquí.

Después golpeó sendas espaldas y subió a su coche. Antes de arrancar le dieron la enhorabuena por la victoria y dijeron que esperaban una revancha.

«¿Con quién voy a participar?». Scott supo que no la vería más, por lo menos fuera de la escuela. E incluso allí dudaba que Abigail regresara a la biblioteca para estar solos. Puso AC/DC con el volumen al máximo mientras conducía por la interestatal 12. No era el camino a casa, pero comprobó el depósito y vio que tenía unas dos horas antes de parar a repostar. Esperaba no hacerlo, estaba sin un centavo. Pero necesitaba alejarse, no quería volver a casa —aunque se moría de ganas de ver la cara de Sean cuando le diera la videoconsola—, así que sólo condujo sin rumbo prefijado. Cuando se descuidó y dieron las diez, se dio cuenta de que había aparcado delante de la casa de Abigail Baxter.

Paró la música y el motor. «¿Qué puñetas haces aquí?». La calle estaba silenciosa, y no había ni un alma. Scott bajó del coche y fue por el jardín lateral, que daba a la ventana de Abigail. Vio la luz encendida. Analizó la casa y se fijó en que podía escalar a través de la tubería. Aunque a Scott no le gustaba correr, era muy ágil a la hora de escalar donde fuera. Su padre siempre se enfurecía cuando, de pequeño, subía a cualquier árbol de Central Park, sólo para demostrar que podía. Cuando llegó arriba, alargó el brazo hasta que tocó el tejado y se aupó con los dos brazos. Las cortinas no estaban echadas, y no tardó en verla, de rodillas, apoyada en la cama mientras rezaba. Con cuidado de no hacer ruido se acercó un poco más y, cuando se aseguró de que estaba sola, golpeó despacio los nudillos contra el cristal. Abigail se dio la vuelta, se puso de pie, miró de un lado a otro y, de prisa, abrió la ventana:

—¿Qué haces aquí? —susurró.

—¿Estás bien?

Abigail se encogió de hombros y se mordió el labio:

—Tengo prohibido volver a las recreativas. Mi padre opina que los videojuegos los trae el diablo y que son violentos.

Scott se aguantó las ganas de reírse.

—Lo siento, pero tienes que hacerle entrar en razón, no hay nada diabólico ni violento. Excepto en *La Matanza de Texas*. Ese juego no debería de conocerlo.

—Eso le he dicho pero ha sido inútil.

Se quedaron en silencio un rato, hasta que Scott dijo:

—Siento lo de tu viejo. Y... gracias por... gracias por haberte arriesgado y participar conmigo, sin ti no lo hubiera conseguido.

Abigail sonrió despacio y asintió tras soltar aire por la nariz.

—También me ha prohibido verte.

Scott ya se lo había imaginado, sobre todo por la mirada del pastor Baxter, de esas que mantienen una sensación de resquemor horas después. Pero aún así le dolió escucharlo.

—Ha sido un placer conocerte, Scott.

«No, no, esto no puede ser una despedida».

—Igualmente, María.

Scott quiso darse la vuelta para bajar e irse. Pero no lo hizo y se quedó en la misma posición. Igual que Abigail que sostenía los marcos de la ventana para cerrarla pero no lo hacía. De repente un perro empezó a ladrar. Vino del interior de la casa, posiblemente de la planta baja, era un ladrido estridente a más no poder. Scott se acordó del perro que tenía su vecina, un Bulldog que ladraba cada vez que pasaba un coche. Y vivían en Nueva York. Era insoportable.

—Abby —dijo Scott. Era la primera vez que la llamaba así—. ¿De verdad no podremos vernos más?

Abigail soltó los marcos y se abrazó a sí misma, con unos ojos repletos de tristeza, que decían: «No, no vamos a vernos más».

«Quizás sea lo mejor», debería de haber dicho Scott, bajar, ir a su coche y regresar a casa. Pero en cambio, negó con la cabeza.

—¿Tú quieres eso? Porque yo no.

Abigail sonrió y se aproximó a él. Scott entendió el mensaje, así que, con la cabeza ladeada, pasó el dorso de sus dedos por su mejilla, despacio, sintiendo cada surco de su aterciopelada piel, sin tener en cuenta el espacio ni el tiempo, como si sólo existieran ellos dos. Se acercó un poco más hasta que sus labios tocaron los suyos; Abigail rodeó su nuca para unirse más, como si pudieran fundirse. Fuera, el silencio era atronador, dentro, un perro continuaba ladrando. Ellos continuaron besándose unos segundos más, hasta que se apartaron. Abigail se quedó con la frente apoyada en la suya con los ojos cerrados. Scott besó su sien y después sus párpados:

—Dime que volveremos a vernos —susurró Scott. Abigail no dijo nada—. Abby, tu padre no tiene por qué saberlo.

Scott sólo quería volver a estar con ella, sin importarle las consecuencias que eso conllevara. No lo hizo directamente, pero le había pedido que desobedeciera a su padre. Abigail dijo que sí.

Abigail volvió a besar a Scott y le pidió que se marchara cuando oyó unos pasos en el pasillo. Aunque no pasó nada, sólo se cerró una puerta. Cuando quiso mirar a través del cristal, Scott Schwartz ya se había marchado. Se dejó caer en la cama y suspiró. Se recostó de lado y sonrió sobre la almohada. Había sido su primer beso y sentía millones de mariposas revolotear en su estómago. Se moría de ganas de contarle a sus amigas pero al segundo se dio cuenta de que no podía. Pero no le importó con tal de estar de nuevo bajo un beso de Scott Schwartz. Después

recordó la cara de decepción de su padre, cuando le preguntó en el coche si estaba loca por estar en un sitio así. Como si en vez de estar en unas recreativas con chavales llenos de acné estuviera en casa de Ted Bundy a la espera de ser asesinada. Abigail replicó:

—No estaba haciendo nada malo.

—¿Qué no estabas haciendo nada malo? ¡Esos juegos los carga el diablo! ¿Acaso no sabías que estaba en contra cuando lo abrieron? Incluso fui al ayuntamiento a poner una queja, pero ya sabes como es el alcalde Nelson, sólo se mueve por dinero.

—*Alégrate, joven, en tu juventud; deja que tu corazón disfrute de la adolescencia* —citó Abigail.

—*Pero toma en cuenta que Dios te juzgará por todo esto* —le respondió su padre—. ¿Y ese chico? ¿Quién era? ¿Eh?

—Es sólo un amigo.

—¿Sólo un amigo? ¿Crees que estoy ciego?

—No hacía nada malo.

—No quiero que vuelvas más por allí, ¿lo has entendido? Ni tampoco quiero que te acerques a ese chico.

—¿Pero por qué...?

—Nos has mentado, ¿y para qué? ¿Cuánto hace que vas allí ?

—No es justo —murmuró.

Pero su padre no la escuchaba, sólo le dio una charla sobre la responsabilidad, clavado al sermón que Abigail había escuchado miles de veces en la iglesia.

Abigail abrazó más fuerte la almohada cuando pensó de nuevo en el beso que le dio Scott desde el tejado.

11. Aterrizas como puedas

Abigail se despertó a las seis como todas las mañanas, porque todos los días salía a correr con su padre. Lo hacía desde que tenía doce años. Juntos recorrían la urbanización Sunset, hasta la casa del ex coronel Richardson y después regresaban. Abigail se quedó sentada en el borde de la cama, con la mirada puesta en la puerta, pero no se movió. Escuchó los pasos de su padre y esperaba que llamara. Pero no lo hizo. Era la primera vez que discutían, no sabía como reaccionar, pero lo que sí sabía era que estaba enfadada. La había castigado sin salir dos semanas. Volvió a estirarse y trató de dormir un poco más, pero no pudo, así que aprovechó para adelantar algunas tareas escolares mientras el sol del amanecer daba su entrada entre las cortinas.

—Buenos días —saludó Abigail al entrar en la cocina.

—Buenos días, cariño —le respondió su madre desde la mesa, con Bitsy en su regazo—. Tienes huevos revueltos.

Abigail le dio las gracias y se sirvió un vaso de zumo de naranja. Se sintió observada por Blanche, que estaba seria y preocupada, igual que cuando veía la televisión y pasaba algo terrible: «Oh, no, han disparado a J.R.».

—Buenos días. —El pastor Baxter entró en la cocina, recién duchado y besó a su esposa—. Abby, ¿te has dormido?

Abigail negó con la cabeza sin responder y empezó a comer. Estuvo callada el resto del desayuno, que se le hizo eterno, hasta que fue hora de marcharse. Muy a su pesar, su padre insistió en llevarla al instituto en coche. No encontró excusa y accedió. Se pasó el trayecto repasando sus apuntes:

—Dime, ¿hoy irás a la residencia? —preguntó su padre.

—Como todos los lunes —respondió.

—Ya... ¿Qué tal la señora Fitzgerald?

Abigail resopló y apartó la mirada de una de las hojas.

—Tengo un examen de biología y necesito concentrarme.

—Si ayer por la tarde hubieras estudiado como dijiste que harías...

—Siempre repaso, lo haría desde el autobús si tú no hubieras insistido en llevarme.

Su padre giró por la avenida principal, saludó al señor Platt que barría la acera de delante de su ferretería, y dijo:

—Vamos, Abigail, entiendo que estés enfadada pero... lo hago por tu bien, eres demasiado joven para entenderlo.

Abigail quiso decirle que ni en un millón de años entendería por qué no podía ir a las recreativas ni tampoco ver a Scott Schwartz, pero optó por no decir nada y continuó estudiando.

Scott Schwartz se puso en la línea de salida con el resto de compañeros para sorpresa del entrenador Harnett. No es que hubiese cambiado de opinión, la clase de educación física le parecía una soberana tontería, pero sabía que podría encontrarse a solas con Abigail detrás de las fuentes de agua. Con una sola mirada, ella enseguida comprendió sus intenciones. Aquella noche, Scott no había pegado ojo pensando en el beso que se dieron y en todas las opciones que tenían para poder verse sin ser vistos: «En la biblioteca, quizás entre clase y clase, detrás de la

fuentes...».

—Hola —lo saludó Abigail en la segunda vuelta, detrás del muro.

—Hola, Abby —dijo él lo más cerca que pudo.

Ella se movió inquieta y miró de un lado a lado para asegurarse que nadie podía verlos y después dejó que la besara. Scott la tomó por la nuca y sonrió:

—¿Cuándo podremos vernos?

—No lo sé, mi padre me ha castigado sin salir. Trata de controlarme y saber dónde estoy en cada momento...

—Lo siento.

—Pensaré algo, ¿vale? De momento pasaré un rato por la biblioteca a la hora de comer.

Scott asintió, se separaron y ella volvió a la pista. Se quedó apoyado en la pared de ladrillo, con los ojos cerrados y una sonrisa idiota que no desapareció hasta que, después de un tiempo prudencial, volvió a las gradas y se sentó.

—¡Eh! —bramó el entrenador Harnett—. Schwartz regresa a la pista. ¿O ya te has cansado?

Scott se encogió de hombros y observó a Abigail el resto de la clase.

Así fueron el resto de días: encuentros fugaces en el instituto siempre que podían y besos escondidos entre los altos estantes de la biblioteca. Pero no era demasiado tiempo, porque Abigail Baxter siempre estaba ocupada. Para Scott no era suficiente, pero no lo dijo por miedo a perder cualquier ocasión de estar con ella.

Abigail se disculpó con su padre sólo porque quería quedar con Scott y era la única manera de que le levantara el castigo. Desde el domingo del torneo, el pastor Baxter había controlado a su hija de todas las formas posibles: necesitaba saber dónde estaba, con quién y qué hacía, y ella tenía la obligación de volver a casa al terminar sus responsabilidades, algo que no había pasado jamás. Abigail se dio cuenta que debía ganar de nuevo esa confianza, de lo contrario sólo podría ver a Scott en el instituto. No era suficiente y lo añoraba en su ausencia. Lo decidió después del sermón de aquel domingo que, sin ninguna duda, hablaba del conflicto entre ambos:

—Debemos honrar a nuestros padres, y eso es obedecer, siempre que vivamos bajo su potestad. La Biblia dice: ¿Cómo podrías pagarles a tus padres lo que han hecho por ti?

Blanche, en aquel momento, apretó su mano unos segundos, y ella le sonrió falsa. Su madre odiaba los conflictos, era una de esas personas que siempre que pueden los evitan, por eso, ella fue la primera en agradecer que padre e hija enterraran el hacha de guerra. Abigail dijo que no volvería a las recreativas, pero no volvería a ver a Scott —que insistía en que sólo era un *amigo*— y que podían estar tranquilos.

Esa misma tarde, cuando sus padres fueron a ver a unos amigos, llamó a Scott.

—Oye, ¿seguro que quieres ver esta película? ¿No prefieres ver *Indiana Jones*? —preguntó Scott.

Su hermano pequeño negó con la cabeza:

—No, *porfa*, me prometiste que haríamos lo que yo quisiera.

Scott resopló y buscó entre los estantes la película *Aterrizando como puedas*. No recordaba las veces que la había visto, pero a Sean le encantaba. Estaban solos, sus padres se habían ido a casa de sus abuelos para pasar la tarde, y a Scott no le quedó más remedio que quedarse a cuidarlo ya que se había enfermado. Hubiera preferido estar fuera de casa, quizás en las recreativas, pero

desde que Abigail había dejado de ir, no le apetecía tanto. Cuando estaba a punto de meter la cinta en el aparato VHS, el teléfono sonó. Scott terminó, le lanzó el mando a distancia a su hermano.

—Rebobina, ¿quieres? —después se acercó a la mesita donde estaba el teléfono—. ¿Diga?

—*Hola, Scott* —dijo Abigail.

Scott se sorprendió cuando reconoció su voz.

—Hola, Abby.

—Me han levantado el castigo —anunció—. Mis padres estarán toda la tarde fuera, ¿te apetece que nos veamos?

—Me encantaría —dijo, pero después sintió la mirada penetrante de Sean y negó con la cabeza—. Pero no puedo, tengo que quedarme a cuidar de mi hermano, mis padres no están en casa.

—*Vaya...*

—Pero, oye, puedes venir si quieres...

Sean negó con la cabeza:

—No, no, no —empezó a decir—. Nada de chicas.

Scott lo apartó de un manotazo cuando se acercó y puso un dedo en sus labios para que se callara.

—*No sé... no quiero molestar.*

—Para nada, vamos a ver una peli —estiró el cable y se alejó unos metros para que su hermano no lo escuchara—. Me encantaría que vinieras.

—*Está bien...* —Notó su sonrisa—. *Entonces dame la dirección.*

—No quiero que una chica venga a casa —espetó Sean cuando colgó la llamada—. Las chicas son lo peor. ¿Es tu novia?

Scott suspiró y se dejó caer en el sofá.

—Quizás. No lo sé.

—¿Os besáis?

—A veces.

—¡Puaj! Eso es asqueroso. Entonces sí que es tu novia.

Scott se encogió de hombros.

—Vamos, colega, promete que no le dirás nada ni a papá ni a mamá.

—Vale... pero promete que no os besaréis delante mío.

—Delante de mí. Y no puedo prometerte eso, colega.

Su hermano se cruzó de brazos enfurruñado pero a Scott no le preocupó porque sabía que mantendría la boca cerrada.

Dio un salto cuando el timbre sonó y fue a abrir. Sonrió cuando vio a Abigail Baxter: llevaba un peto tejano y una trenza a un lado; le encantaba como le quedaba.

—Hola —dijo.

—Hola —respondió ella tras elevar los hombros—. ¿Dónde dejo mi bici?

—Aquí mismo.

Scott señaló la celosía de madera y la ayudó para apoyarla.

Después, cuando estuvieron en el recibidor, se quedaron unos segundos en silencio, hasta que se atrevió a besarla. Quiso decirle que la había echado de menos pero entonces su hermano tosió, alertando su presencia.

—Hola —dijo Abigail—. Tú debes ser Sean, ¿verdad? Yo soy Abby, encantada.

Sean se encogió de hombros y regresó al salón.

—Lo siento —le dijo Scott que la tomó de la mano y la guió por la casa—. Es un mocoso.

—¡No soy un mocoso! —respondió Sean.

—Que nooo, era una broma. ¿Quieres tomar algo? —le preguntó a Abigail.

—Yo quiero una *Coca-Cola* —intervino su hermano antes de que Abigail pudiera mediar palabra.

—No hablaba contigo —le respondió.

Abigail se sentó al lado de Sean.

—Creo que también me apetece una *Coca-Cola*.

Scott notó como su hermano se sonrojó cuando ella le sonrió dulcemente y rodó los ojos. Sabía que su hermano no debería tomar nada con azúcar, tal como imponían sus padres, pero pensó que no pasaría nada, así que dijo que estaba de acuerdo y fue a por las botellas. Cuando regresó, ambos hablaban animadamente. «No ha tardado nada en ganárselo», pensó.

—Deja un hueco —le pidió a su hermano.

—No, si os sentáis juntos os estaréis besando y no quiero vomitar.

Scott resopló y se sentó al lado de su hermano, que quedó en medio de los dos.

—Abby, ¿has visto *Aterriza como puedas*? —ella negó con la cabeza—. Oh, oh, ya verás, es súper graciosa.

Después puso la película y le dio un trago a la botella de cristal. Scott negó con la cabeza y le lanzó una sonrisa a Abigail que fue correspondida. Se quedaron un rato así, ajenos a todo lo que pasaba a su alrededor. Pasó el brazo por el respaldo para llegar a ella: jugó con su cabello y rozó con cuidado su suave nuca. Su hermano no se dio cuenta de nada, porque se reía sin parar en cada momento. Lo hizo tan fuerte que Scott notó un silbido y enseguida le dio su inhalador para evitar que se ahogara. Sean lo usó sin apartar la mirada de la pantalla.

—Mira, esta escena, Abby, ya verás qué risa.

—Relájate, colega, no quiero ir al hospital.

—Estoy bien —dijo hinchando el pecho.

Cuando la película terminó, Sean se había quedado dormido. Ambos se levantaron con cuidado y salieron del salón.

—Ha sido divertido —le dijo Abigail—. Tu hermano me cae bien.

—A mí a veces —respondió Scott con las manos en los bolsillos—. ¿Seguro que tienes que irte?

—Sí, mis padres no suelen llegar más tarde de las seis y no quiero que sepan que he salido de casa.

—Creía que te habían levantado el castigo.

—Sí, pero sigo sin poder verte.

Scott asintió, se aproximó a ella y volvió a besarla.

—¿Nos vemos mañana? ¿Detrás de la fuente?

—Hecho.

Scott la acompañó hasta su bicicleta y observó cómo se alejaba por la calle Dixon; entró en casa, se dejó caer en el sofá y suspiró. «Ojalá se hubiera quedado más rato». Pero sus pensamientos se desdibujaron cuando escuchó a sus padres entrar en casa.

12. Defensa y castigo

El calor llegó a Sleek Valley a mediados de mayo, y lo hizo de forma abrumadora, dejando atrás las hojas de otoño y las chaquetas de punto de un día para el otro, sin que nadie estuviera preparado para ello.

—Esta es una de mis partes favoritas —dijo Abigail señalando un párrafo con el dedo—. Cuando Holden miente a esa mujer en el tren.

—¿Por qué? —preguntó Scott.

Estaban en la biblioteca, sentados en el suelo, en la sección de actualidad, un lugar donde nunca pasaba nadie, porque las revistas y periódicos eran de los años setenta. A la señora Mountain, la bibliotecaria, le importaba un pimiento, y para ella, la actualidad era conocer los trapos sucios de todo aquel que pisara el instituto de Sleek Valley. Gracias a eso, Scott y Abigail podían estar solos las horas libres que encontraban entre clase y clase. Abigail, con la cabeza apoyada en su hombro, no apartó el dedo de la página 55 de «El Guardián entre el centeno».

—Porque se sincera al confesar que es un mentiroso —citó Abigail—: «Entonces fue cuando de verdad empecé a meter bolas».

Scott la miró y preguntó:

—¿Para ti es fácil? Mentir, quiero decir.

Abigail se apartó y miró la hora de su reloj de pulsera.

—Me voy ya, tengo reunión del consejo estudiantil; estamos organizando el baile de fin de curso.

Se levantó, se puso la mochila en su hombro y besó sus labios.

—Me apuesto lo que quieras a que el tema de este año será: «Misterios del océano», o alguna idiotez así.

—Yo apuesto por: «Sueño de una noche de verano» —dijo Scott.

Abigail le sonrió y volvió a besarle antes de desaparecer.

Scott entendió que Abigail no quería hablar de lo buena mentirosa que era; siempre encontraba excusas para ir a verlo y nadie dudaba jamás de su palabra.

Cómo hacerlo, era la hija del Pastor.

Scott se quedó unos minutos más, hasta que decidió saltarse la última clase de Historia con la profesora Green e ir a las recreativas. Antes de ir a su coche, recordó que su mochila seguía en las taquillas de los vestuarios, así que se desvió. Fuera, en el pasillo, algunos chicos con el uniforme de entrenamiento y los cascos en la mano estaban parados, sin saber qué hacer.

—¿Qué pasa? —le preguntó Scott al primero que vio, Terence Winders, con quien coincidía en clase de matemáticas.

—Será mejor que no entres —le respondió.

Scott se encogió de hombros y, de un manotazo, abrió la puerta. Él nunca hacía caso de las advertencias. Si Scott se encontrara delante de un botón rojo con un enorme cartel que dijera: «No tocar», lo primero que haría sería pulsarlo. Era así, su padre siempre se lo recriminaba: «Piensa antes de actuar, tarugo».

Scott encontró el lugar silencioso y extraño: las mochilas de los jugadores del equipo estaban en los bancos y en el suelo, medio abiertas, como si hubiera habido una evacuación. Scott no le

dio importancia y fue a por su mochila, pero paró en seco cuando escuchó unas risas. Después reconoció a Jesse McDowell:

—Vamos, bébetelo, gordo.

—P-p-por f-favor, d-d-dejadme...

Estallaron unas carcajadas que se ampliaron por el eco de las baldosas de las duchas. Scott se dirigió hacia allí enseguida.

—¡Eh! —bramó cuando apartó la cortina de plástico.

En el suelo, bajo una de las duchas, se encontraba un chico gordo que Scott no conocía de nada: estaba completamente desnudo, empapado y lloraba a moco tendido. Lo rodeaban Jesse McDowell y su pandilla, Jerry Banksy y Martin Coleman. Los tres se estaban meando encima de él.

—Qué cojones...

Jesse lo miró de reojo, se la sacudió y se subió los pantalones. A Scott nunca le había dado tanto asco nada en su vida.

—Lárgate, Scott.

—Putos gilipollas. Dejadlo en paz —consiguió decir.

Jesse llegó hasta él y lo aplacó con su hombro derecho y le golpeó el pecho.

—No te metas y lárgate.

Scott sintió mucha rabia en aquel momento. No entendía por qué le hacían eso a aquel chico, ni tampoco por qué ese chico no hacía nada para defenderse. Scott le devolvió el empujón y volvió a mirar la escena. El chico continuaba llorando, se cubría la cara con las manos, avergonzado. Los dos gorilas de Jesse, lo dejaron allí y se acercaron a Scott, lo agarraron, uno a cada brazo con tal de aprisionarlo. Scott trató de escaparse pero fue imposible; quien se escapó fue el chico gordo. Salió disparado.

—Te he dicho que no te metieras, judío —murmuró Jesse cerca de su cara.

—Soltadme.

—Vamos, ¿quieres que te hagamos lo mismo? —Jesse se acercó más.

Entonces le dio un puñetazo en medio del estómago. A Scott le faltó el aire, pero trató de parecer lo menos afectado posible.

—He dicho que me soltéis.

—Sino, ¿qué? —dijo Martin.

Jesse le dio un puñetazo a Scott en el labio y seguidamente otro cerca del ojo. Scott sintió que la cabeza le iba a explotar y enseguida notó el sabor a oxidado de la sangre que brotaba de sus labios.

—Soltadme —susurró.

Scott miró a Jesse y a sus aires de suficiencia. «No es más que un cobarde», pensó antes de sonreír y darle un cabezazo a Jesse con todas sus fuerzas. Este jadeó igual que un cerdo, y, con la confusión, Scott le dio una patada en la entrepierna de Jerry, para así poder liberarse. Inmediatamente, cuando lo hizo, le propinó un puñetazo a Jesse, que se frotaba la frente con la palma. Scott le dio una patada en la espinilla, de tal manera que este cayó al suelo de rodillas. Lo aprendió del programa de televisión Pressing Catch. Él prefería ver algún partido de los Mets, pero a su hermano Sean le encantaba la lucha libre. Jesse McDowell soltó un sonoro grito de dolor y empezó a balancearse con las manos cubriendo su espinilla. Sus dos amigos fueron a socorrerlo enseguida.

—¿Estás bien, colega? —preguntó Martin.

—Llama al entrenador —murmuró Jerry.

Scott se dio la vuelta y salió a por su mochila. Se tocó el labio y observó la sangre que se pegó en las yemas de sus dedos. También le costaba cerrar el ojo y la mirada la tenía emborronada.

—Joder... —susurró.

El entrenador Harnett abrió la puerta y entonces Scott supo que lo tenía todo perdido.

—¿Qué está pasando?

El director Jack Murphy era un señor de mediana edad, con una oronda barriga y una mirada despierta tras los vidrios de sus gafas metalizadas. Scott se apartó el cabello y resopló. Palpó la herida de la ceja, que le escocía debajo de la tirita que la enfermera Morrow le puso antes de que lo mandaran al despacho del director, que sostenía su expediente y lo analizaba minuciosamente.

—Scott Schwartz, eres nuevo este año —dijo. Scott no quiso responder a tal obviedad—. Tus notas dejan mucho que desear, sólo sacas aprobados justos.

Scott sacudió las piernas y las cruzó. Se moría de ganas de fumarse un cigarrillo.

—¿Vas a contarme qué ha pasado? —preguntó Jack con una voz grave pero sosegada.

—Que Jesse McDowell es un gilipollas. Él y su pandilla. Eso es lo que ha pasado.

—Ese vocabulario, muchacho, por favor, sé más respetuoso. Y más concreto. ¿Por qué os habéis peleado?

Scott no era un chivato y su código moral no le permitía cambiar eso.

—No ha pasado nada —dijo.

—¿Os habéis peleado porque sí?

Scott levantó los hombros.

—Muchacho. Es posible que Jesse no pueda jugar el siguiente partido. ¿Qué me dices de eso?

—Que me da igual.

Jack Murphy se levantó:

—Oye, muchacho, quiero ayudarte. Y sé que hay algo... hay algo en esos chicos que me molesta, voy a ser sincero contigo. Quiero saber si viste algo.

—Sí, los vi siendo unos gil... son unos imbéciles y punto. Sólo diré que me quedé corto con ellos. Qu pena que tengan tan poco aguante por ser deportistas.

—En ese caso, tendré que expulsarte una semana.

«No, no, no».

Scott pensó en lo horrible que sería no ver a Abigail Baxter durante una semana entera.

—No, no, no. Haré lo que sea, director Murphy, pero no me expulse.

El director frunció el ceño y se sentó con la rabadilla apoyada en la mesa, cruzado de brazos.

—No vas a decir la verdad sobre los vestuarios...

—Cualquier cosa menos eso —dijo Scott—. No soy un soplón, oiga.

Jack señaló con la cabeza el carpesano que contenía su expediente académico y dijo:

—De acuerdo, hagamos un trato. No te expulsaré pero a cambio, te quedarás castigado después de clase, durante todo lo que queda de curso.

—Vale —dijo.

—Y también subirás tu nota media.

—¿Subir mi media?

—Quiero que a partir de ahora sólo saques excelentes. En todas las asignaturas.

—¿Está loco?

Scott cogió uno de los hilos del descosido de sus pantalones vaqueros, concretamente en las rodillas, y lo estiró una y otra vez.

—¿Crees que soy idiota? —dijo el director—. Muchacho, he visto el expediente de tu anterior

instituto: capitán del equipo de béisbol, fundador del club de fotografía y tu media era de A. ¿Qué te pasó?

—Está bien —dijo Scott—. Trato hecho.

Scott apartó la mirada y la puso sobre una foto del director, que Scott se imaginó que sería su familia. Estaban en lo que parecía un lago, él sostenía una trucha enorme, a su lado derecho, una niña con trenzas sonreía a cámara. «Padre e hija». Scott cambió porque sí. Cambió porque se cansó de complacer a su padre, que siempre le exigía más y más y más, sólo porque quería presumir delante de sus amigos y familia para decir cosas como: «Scott se ha sacado el carné de conducir a la primera, no como el idiota de Seymour, el hijo de David Leopold». Scott se cansó de esas escenas y, cuando se mudaron, perdió cualquier perspectiva de futuro junto con todas sus amistades.

—Muchacho —dijo el director Murphy antes de que Scott saliese—. Reza para que McDowell no esté lesionado, porque no sé hasta qué punto podré evitar que te expulsen.

Scott salió del despacho del director y fue directamente a la salida. Eran más de las seis y apenas quedaba nadie, por eso no tardó en distinguir a Abigail, que lo esperaba cerca de su Camaro.

—¿Qué ha pasado? —preguntó enseguida.

Abigail trató de pasar una mano por su rostro, pero Scott se apartó.

—Nada —respondió y sacó las llaves del coche—. Una pelea.

—¿Te han expulsado?

—No, pero tendré que quedarme castigado después de clase el resto del año.

—¿Por qué te has peleado con Jesse? ¿Qué ha hecho?

Scott pensó de nuevo en esa escena y volvió a sentirse asqueado y cabreado. Ese chico tan indefenso, que lloraba y suplicaba para que no se mearan encima de él. No, no podía contarle algo así a Abigail. Introdujo la llave y la giró.

—¿Quieres que te lleve?

—Vamos, cuéntame, ¿qué ha pasado?

—No, no quiero hablar de eso. ¿Vienes o no?

Abigail apartó la mirada y negó con la cabeza. Dio un paso atrás.

—Si no me lo vas a contar, me iré.

Scott exhaló:

—Sí, mejor. Además, estamos en público y alguien podría vernos.

Tras decir eso, Scott subió al coche, cerró de un portazo y se marchó sin decir nada más.

Como si Abigail Baxter tuviera la culpa de algo.

13. Un amor imposible

Scott se quedó unos minutos en el coche antes de atreverse a entrar en casa. Volvió a examinarse con el espejo supletorio: tenía el ojo derecho morado y dos pequeños cortes, uno en el labio y otro en la ceja. De un golpe escondió el espejo y apagó la radio justo cuando los Pet Shop Boys cantaban: «*Too many shadows whispering voices*» y bajó del coche. La escena posterior fue tal como se había imaginado: su madre se cubrió la boca con las manos y le preguntó qué había pasado. Scott dijo que estaba bien, que sólo había sido una pelea.

—Ya verás cuando tu padre llegue a casa...

Scott se encogió de hombros e hizo un gesto que decía: me da igual. Judith negó con la cabeza y comentó:

—Sé que echas de menos Nueva York pero...

—No es eso —dijo—. Estoy bien, subiré a mi cuarto. Así me adelanto al castigo de papá.

—Scotty...

Dejó a su madre con la palabra en la boca y subió las escaleras. Antes, se asomó para saludar a su hermano.

Abigail llegó a casa a las seis y se sirvió un vaso de limonada. Pensó en lo cabezón que era Scott por no contarle la verdad sobre lo que pasó con Jesse McDowell. En el instituto el rumor corrió como la pólvora y, para todos, el culpable era Scott. De él decían cosas como: «Ese chico sólo trae problemas» o «Es posible que Jesse no pueda jugar el siguiente partido, y es contra el instituto Pearce, ¿y si perdemos?». Abigail estuvo callada ante aquellas palabras; Jesse no le caía nada bien, siempre le había parecido una persona poco de fiar, pese a que todo el mundo opinaba lo contrario.

—Hola, cariño —saludó su madre al entrar en la cocina, con Bitsy en sus brazos—. Llegas tarde.

—Es que tenía reunión del consejo estudiantil, estamos organizando el baile de fin de curso.

—Oh, entiendo. Dime, ¿ya tienes pareja?

Abigail negó con la cabeza y se acercó al fregadero para limpiar el vaso.

—No iré con nadie, mamá, tendré que ayudar para que todo salga bien.

—Oh, no digas eso, debes ir en pareja, y comprarte un vestido para la ocasión. Margaret me ha contado que su hija Laura irá con Martin.

Laura Foreman estaba en último curso y era la presidenta del consejo. A Abigail le parecía una ególatra y estaba segura de que llevaría el vestido más despampanante de todos. El tema era que a Abigail sólo le gustaría ir con Scott, algo impensable. Para eso prefería ir sola.

—Me lo pensaré. ¿Y papá? —preguntó para cambiar de tema.

—Está en su despacho, preparando el sermón del domingo.

Unos aplausos vinieron del televisor y una voz anunció a Lana Turner en el programa de Phil Donahue. Blanche salió disparada de la cocina para no perderse ni un segundo de la entrevista. Abigail miró de reojo el teléfono y tras pensar unos minutos, marcó el teléfono de Scott.

Abigail y Scott no hicieron las paces hasta el lunes siguiente, y fue gracias a Carl Draper. Scott estaba en la biblioteca estudiando, sin dejar de mirar de un lado a otro por si aparecía Abigail, aunque sabía que no lo haría y menos después de la conversación que tuvieron por

teléfono:

—No deberías llamarme —murmuró Scott—. Podría haberlo cogido mi madre.

—*Quería saber como estabas.*

—Estoy bien —dijo apoyando su cabeza contra la pared.

—*¿De verdad no vas a contarme qué ha pasado?*

—Abby, es mejor que no lo sepas, de verdad.

—*No confías en mí.*

—No es eso, es... es complicado.

—Explícamelo.

Su madre entró en la cocina y se cruzó de brazos.

—Tengo que colgar, ¿nos vemos mañana en la biblioteca?

—*Ni hablar* —espetó Abigail antes de colgar.

Desde entonces, Abigail no había ido a la biblioteca y apenas lo miraba en clase. Scott se sinceró con su amigo que conocía toda la historia:

—Fui un capullo con ella. Supongo que ahora me odia.

—¿Por qué no se lo cuentas? —susurró Carl que se acodó en la mesa, encima de los apuntes de Biología—. Tiene que saber que Jesse es un maldito. Todos deberían saberlo. En cambio te odian a ti.

—*Nah*, es demasiado asqueroso, no quiero que lo sepa. Y lo otro, que a mí me odien y tal, eso me da igual. Sólo me preocupa haber perdido a Abigail.

—¿Por qué no tratas de quedar con ella?

—Mi padre me ha castigado dos semanas. Sólo salir de aquí tengo que ir derecho a casa. Además mi madre sospecha y cada vez que llaman por teléfono se asegura de responder. ¿Qué opciones tengo?

Carl arrancó un trozo de papel de una de sus libretas, cogió un bolígrafo y se los dio:

—Escribe lo que quieras decirle, ya se lo daré esta tarde. —Scott arrugó el entrecejo y éste continuó—: Abigail es voluntaria en la residencia donde vive mi abuelo y los lunes suele estar por ahí. Los abuelos la adoran.

Scott asintió, tomó el papel y el bolígrafo y escribió:

Te echo de menos.

Al final lo tachó y escribió:

No puedo contarte que pasó pero necesito que confíes en mí.

También lo tachó y soltó aire profundamente.

—Sólo sé sincero con ella —dijo Carl—. Cuéntale cómo te has sentido estos días.

Scott se había sentido fatal: su padre lo tenía castigado, casi todo el instituto lo odiaba —y más desde que Jesse no pudo jugar y perdieron el partido— y Abigail continuaba enfadado con él. Al final escribió:

¡Jo! ¡Qué triste me sentía! No se imaginan lo deprimido que estaba.

Abigail sonrió ampliamente cuando reconoció la cita del Guardián entre el centeno. Carl la miraba fijamente a la espera de alguna reacción. Al final lo dobló y lo guardó en el bolsillo de su pantalón.

—Scott tiene sus motivos para no contarte qué pasó. Sólo quiere protegerte —dijo Carl tras ajustarse las gafas con su dedo índice—. Scott no hizo nada malo.

Abigail dijo:

—Eso ya lo sé, es sólo que... es...

—Demasiado misterioso.

—Lo es, ¿verdad?

Ambos se rieron.

—¿Por qué no le llamas? —propuso Carl.

—No sé... me pidió que no lo hiciera. A no ser... Ven conmigo.

Carl siguió a Abigail por el pasillo hasta la sala principal, donde los jubilados pasaban el rato jugando a las cartas, viendo el televisor o haciendo cualquier vicisitud. Abigail se acercó hasta Monica, una de las recepcionistas, y le dijo:

—Monica, ¿puedes hacernos un favor? —Abigail tomó el brazo de Carl—. Necesita hacer una llamada urgente, ¿te importa?

—Oh, claro que no, cariño. Aprovecharé para hacer mi pausa. Por cierto, ¿cómo está Larry? Siempre le animan tus visitas.

Larry Cooper era un señor de casi ochenta años que había sido profesor de universidad y que se quedó ciego a causa de un accidente. Abigail había leído los mejores libros gracias a él.

—Bien, creo que está mejor —respondió ella.

Monica Sanderson sonrió y, cuando estuvo lo suficientemente lejos, Abigail se puso tras el mostrador y marcó el número de teléfono de Scott. Cuando sonó el primer tono, le dio el auricular a Carl:

—¿Qué quieres que le diga? —murmuró.

—Sólo dile a su madre que se ponga...

—Hola, soy Carl Draper, ¿está Scott en casa? Sí, disculpe, sé que está castigado pero necesito hablar con él... es sobre un trabajo de clase. Muchas gracias, señora Schwartz.

Abigail sonrió ampliamente y tomó el auricular cuando Carl se lo devolvió, justo cuando Scott respondió:

—*Hola, Carl, ¿cómo ha ido? Has podido... ya sabes, darle eso...*

—Scott, soy yo —dijo Abigail—. Sí, me ha dado tu nota.

Lo escuchó reírse.

—*No sabes lo mucho que me alegra oír tu voz.*

—Y a mí.

—*Lo siento, de verdad. Fui un capullo contigo.*

Abigail observó a Carl y le pidió que la dejara a solas. Este se apartó unos metros.

—Sí, es cierto, fuiste un capullo. Pero aún así quiero verte —le confesó Abigail.

—*Yo también. Me muero de ganas de besar tus labios, Abigail* —susurró—. *Me muero de ganas.*

—Vas a hacer que me sonroje.

—*Es una de mis cosas favoritas. Cuando te sonrojas.*

Abigail suspiró y cerró los ojos.

—Scott, yo... lo siento, no sé qué decir —dijo tras reírse nerviosa.

—*Entonces no digas nada. Me alegra que hayas llamado. Espero verte mañana.*

Abigail le prometió que iría a la biblioteca al día siguiente, y este no pudo sentirse más pletórico. Scott ajustó el auricular con una sonrisa idiota en su cara, pero se le borró cuando se dio la vuelta y se encontró a su madre.

—Scotty, dime que esa chica no es quien creo que es.

—¿De qué hablas?

—Scott, mírame y dime, por favor, que no sales con la hija del pastor.

Scott carraspeó y quiso mentirle, pero con su madre era imposible. Nunca había conseguido engañarla.

—Yo...

—Siéntate. Ahora —le ordenó Judith.

Scott la obedeció a regañadientes.

—Mamá, no pasa nada...

—Cállate. Llevamos aquí sólo nueve meses. Sleet Valley es un buen lugar, tu hermano ha mejorado mucho y a tu padre las cosas le van genial en el bufete. Quiero que las cosas nos vayan bien. Pero que salgas con la hija del pastor, un señor que es altamente respetado por lo que he oído, con más poder que incluso el alcalde, es una mala idea.

—Mamá, no hemos hecho nada malo...

—Eres judío —intervino Judith—. El pastor de la iglesia de un pueblo tan pequeño como este no permitirá jamás que su hija salga con un chico judío. ¿Es que no lo entiendes?

—No lo sabe —dijo—. Nos aseguramos de que no lo sepa.

—Oh, Scott...

—Mamá, por favor, no me hagas esto. Me gusta mucho, de verdad, es lo único que hace que este lugar no sea tan horrible.

—Cariño, no saldrá bien —le tomó de la mano—. Es un amor imposible.

Scott apartó la mano y se levantó.

—Tengo que entregar un trabajo de literatura, me *piro*.

Escuchó a su madre resoplar y después le dijo:

—Scott, lo mejor es que termines con esto antes de que sea tarde.

Se quedó parado en el umbral y negó con la cabeza antes de irse.

14. Una invitación no deseada

—¿Te gustaría ir conmigo al baile? —preguntó Jesse McDowell.

Abigail vio de reojo como sus amigas cuchicheaban entre las bandejas de comida y se reían por lo bajini. Jesse se pasó la mano por su pierna y después se ajustó la chaqueta de capitán. Se había recuperado de la lesión y, pese a haber dejado la cara de Scott hecha un cristo, salió de rositas. A Abigail eso le resquemaba.

—Oye, lo siento, pero soy una de las organizadoras y no...

—Vamos, será divertido. Seguro que lo pasamos muy *bien*.

A Abigail no le gustó nada su tono de voz y se aguantó las ganas de mostrarlo con un atisbo de asco.

—No, pero gracias, de verdad.

Abigail cogió su bandeja y se alejó. Jesse la siguió por el comedor.

—Oye, espera, espera. Vamos, sé que no tienes pareja, ¿qué problema hay?

—Te dejo aquí la bandeja, Stefany —le dijo a una de las cocineras—. Mira, te lo agradezco pero no. Estoy segura de que encontrarás pareja.

Después quiso escaquearse hasta la biblioteca pero Jesse insistió:

—Vamos, Abby. No hay otra chica con la que quiera ir.

Abigail Baxter se quedó quieta en el pasillo y dijo:

—En ese caso tendrás que ir solo.

Se encogió de hombros y continuó su camino. Se sintió aliviada cuando vio que no la seguía. Ni en un millón de años iría con él, no sólo por lo que le hizo a Scott, es que sabía lo que hacía con las chicas, cómo se aprovechaba de ellas para tener sexo. De la mayoría de compañeras de clase, Abigail era una de las pocas vírgenes que quedaban, aunque a ella eso no le importaba. Había pensado en ello en alguna ocasión, y más desde que salía con Scott. Él también tenía ganas, Abigail lo había *notado* más de una vez, pero no lo habían hablado.

Abigail entró en la biblioteca, recorrió los estantes hasta que localizó a Scott. Dejó la mochila en el suelo, se sentó y se quedó de brazos cruzados.

—¿Qué te pasa? —preguntó él.

—Es ese estúpido baile. Ojalá pudiera ir contigo.

Hizo un mohín y lo miró fijamente. Scott se rio:

—¿Te has vuelto loca?

—Creo que no.

—Es la peor idea de la historia. Uno: Paso de ir a un baile. Dos: ¿Quieres que la gente sepa lo nuestro? Tres...

—Vale, vale, lo capto.

—¿Por qué no pasas de ir? Podemos ir a las recreativas, Morrison ha puesto nuevas máquinas. Y Ryan y Jack me preguntan por ti. Dicen que soy muy feo y que sólo me hablaban porque tú estabas cerca.

Abigail sonrió y se acercó un poco.

—No es cierto, erais amigos de antes. Y no eres tan feo.

—¿Ah, no?

—No estás nada mal.

Pasó los dedos por su ceja, donde aún restaba un pequeño corte fruto de la pelea. Scott arrugó la nariz, un gesto que ella adoraba. Pasó las manos por su abundante cabello, y se quedaron un

rato así, ensimismados el uno con el otro. Abigail dejó que la tomara de la nuca y lo besó.

—

—Bueno, ¿y cómo han ido las clases? —preguntó Blanche mientras le servía a ella y a su padre espaguetis con albóndigas—. ¿Ha pasado algo *especial*?

Abigail negó con la cabeza y miró a su madre con el ceño fruncido. Su padre, Jacob, hizo lo mismo.

—¿A qué viene ese tono? —preguntó Abigail.

—Oh, nada, nada —dijo antes de coger a Bitsy para sentarse—. Sólo es que hablé con Grace McDowell el otro día y bueno...

Grace McDowell era la madre de Jesse. Su madre la conocía porque estaban en el mismo club de lectura. Abigail rodó los ojos y pinchó una albóndiga con el tenedor con tanta fuerza que se espachurró. «Siempre se mete donde no la llaman».

—¿Es en serio, mamá? ¿Le pediste a su madre que Jesse me invitara al baile?

—¿Qué problema hay? —preguntó balanceando la cabeza—. Jesse McDowell es un buen chico.

—¿No forma parte del equipo de fútbol? —preguntó su padre.

—Mejor. Es el capitán —respondió Blanche con una enorme sonrisa—. Su padre es Logan McDowell, ¿lo recuerdas? Donó un cortacésped casi nuevo para la subasta de febrero.

—Oh, es cierto, una New Garden 2000 —dijo su padre—. Y dime, ¿vas a ir con su hijo al baile?

—No —respondió Abigail lo más cortante que pudo. Más incluso que aquel estúpido cortacésped.

—Bueno, puedes pensarlo —dijo Blanche.

—Ya. Me lo he pensado y la respuesta es que no.

—¿Entonces con quién irás?

—Con nadie.

—¿Vas a ir sola al baile de fin de curso? —preguntó su madre con una mano en su pecho—. Debe ser una broma.

—¿Y qué problema hay?

Entonces su madre le dio un discurso de lo mal que lo pasaban las mujeres solteras. Y explicó —de nuevo— el drama de su mejor amiga del instituto, Kimberly Rogers, que no quiso saber nada de los chicos, que nunca se casó ni tuvo hijos y que ahora pasaba los días viajando por Europa como mercante de arte. A Abigail no le parecía un mal plan, aunque claro, no se lo dijo.

—Ya le he dicho que no, mamá.

—¿Pero no te hace ilusión? Será un momento que no olvidarás en tu vida.

—Vamos, cariño, no la presiones. Si quiere ir sola...

—Tu opinión no cuenta —le dijo—. Si fuera por ti no dejarías que se casara nunca.

—Eso no es verdad. Cuando tenga la edad adecuada y esté en la universidad, si un buen chico cristiano se presenta en casa, y me pide permiso para casarse con ella entonces...

Abigail no entendía por qué leches ahora hablaban de eso. Siempre se iban por las ramas. De un prometido, lo que le faltaba. Abigail no pudo evitar sonreír al imaginarse la cara de su padre si Scott se presentara en casa. Jacob Baxter se volvería loco.

—¿Y bien? —preguntó Blanche—. Irás al baile con Jesse, ¿verdad? He visto un vestido precioso en la tienda de Sophie que...

—He dicho que no, ¿vale?

Abigail se levantó con la cena aún a medias.

—Si me disculpáis...

—No, hasta que hayamos terminado de cenar —dijo el pastor.

—No tengo hambre.

—Los demás sí. Tu madre se ha molestado en preparar la cena, al menos sé un poco más agradecida. Así que siéntate.

Abigail resopló y volvió a sentarse. En ningún caso quería que la castigaran.

—Tu madre te pide como favor que vayas con ese chico al baile. Así que vas a decirle que sí.

—No —dijo—. Iré sola o no iré.

—Abigail... —dijo Jacob.

Fue demasiado para ella: siempre trataba de contentar a sus padres, pero de ninguna de las maneras iría con Jesse McDowell ni a la vuelta de la esquina. Jugó su última carta.

—Jesse es un baboso —dijo al final—. Y lo único que busca es...

—Abigail, por favor —dijo Blanche con los ojos como platos—. No puede ser cierto.

—Pues lo es. —Después miró a su padre con ojitos de cordero degollado—. Por favor, por favor no me obligues...

Su padre se quedó un rato en silencio, mirando a su hija, hasta que dio su veredicto:

—Está bien, irás sola. Pero te llevarás el coche, no me gusta que vayas por ahí en bici.

Abigail sonrió ampliamente y le dio las gracias. Las cosas, al final, le salieron mejor de lo que pretendía.

15. Un banco cualquiera

El fin de semana antes de los exámenes finales, los padres de Abigail se fueron a Melrose Valley, un retiro cristiano donde daban terapia de pareja. Los Baxter siempre presumían de que los cimientos de su relación eran tan estables que ni tan siquiera el huracán Dennis podría tirarlo abajo. A Blanche le encantaba que todos los demás lo supieran, e iba de un lado al otro dando consejos, en especial a los recién casados.

—Cariño, he dejado dinero en el congelador —dijo Blanche rebuscando en su bolso—. Junto al pastel de carne.

—¿Y si el ladrón tiene hambre y encuentra el dinero? —preguntó Abigail.

Su madre la miró con expresión asustada:

—¡Abby! No digas eso ni en broma, ¿quieres?

Su padre se rio y besó la mejilla de su hija.

—Dime, ¿estarás bien?

—Sí, papá, estaré bien. Tengo pastel de carne y unos cuantos dólares helados. ¿Qué podría salir mal? —Su padre la miró con la cabeza ladeada—. Tranquilo, papá, estaré estudiando, aquí o en la biblioteca.

Una bocina sonó en el exterior y su madre lo apremió:

—Vamos, vamos, los Berne nos esperan.

—Adiós, Abby.

Jacob la abrazó, besó su frente y los tres salieron; Bitsy, por supuesto, que iba con ellos. A Abigail la idea le encantó, no le apetecía tener que hacer de canguro de un perro tan dependiente. Soltó aire por la nariz y comprobó la hora: las ocho y cinco, por lo que aprovecharía el tiempo lo máximo posible: recogió la cocina, subió a su habitación, tomó los apuntes de Lengua y Matemáticas y bajó al salón para estirarse en el sofá. Ese era su plan básicamente para aquel sábado. Estudiar, estudiar y estudiar. Los finales estaban cerca y no quería fallar. Al cabo de un rato, el teléfono de casa sonó. Abigail lo tomó desde la mesita:

—Residencia Baxter.

—*Hola, buenos días.*

Abigail sonrió cuando reconoció la adormilada voz de Scott Schwartz y miró el reloj de cuco colgado en la pared.

—Vaya, ¿eres tú de verdad? Apenas son las nueve, qué madrugador.

Scott carraspeó:

—*Mira, es que hoy he pensado en hacer una excepción. ¿Se han ido ya?*

—Sí, hace un rato.

—*¿Te paso a buscar en media hora?*

—Scott, tengo que estudiar.

—*Necesitas relajarte y he planeado el día perfecto.*

—¿Para ir adónde?

—*Es una sorpresa.*

Abigail enredó el cable del teléfono entre sus dedos y suspiró:

—Vale, pero me llevo los apuntes.

—*Si te llevas los apuntes los tiraré al East River.*

—Dios mío, ¿vamos a Nueva York?

Scott chasqueó la lengua:

—*Se me dan fatal las sorpresas.*

Abigail pegó un grito y apretó el teléfono, emocionada:

—Estaré lista en quince minutos.

—*Perfecto. Eh, espera, no cuelgues.*

—¿Qué?

—*Nada de apuntes, ¿vale?*

—Valee. Nos vemos ahora.

Scott esperó a Abigail Baxter dos calles debajo de su casa, en la calle San Paul, sentado en su coche, con la vista perdida entre la hierba y las flores de los parterres. No tenía la radio encendida porque le apetecía escuchar el tranquilo trinar de las aves. Se encendió un cigarrillo y sacó el brazo por la ventana. Al hacerlo vio a Abigail por el retrovisor. Sonrió y salió del vehículo.

—¿Y esa mochila?

Abigail se encogió de hombros y la dejó en los asientos de atrás.

—Es que nunca he ido a Nueva York y quiero estar preparada.

Scott sonrió mientras daba una calada:

—Nueva York está a una hora de aquí, no nos vamos a la India ni nada así.

Abigail frunció el ceño y lo ignoró. Ambos subieron al coche.

—Puaj, aquí huele fatal —dijo Abigail con cara de asco—. ¿Qué es esta peste?

—Ah, sí, Sean potó el otro día en el asiento de atrás. Nos pusimos morados de helado y se mareó. Pero no es para tanto, ¿no?

Abigail se tapó la nariz.

—Estarás acostumbrado, pero es horrible.

—Oye, pero mira, compré un ambientador de pino —dijo Scott—. Digo que algo hará.

Abigail se quedó seria unos instantes, hasta que arrancó a reír. Scott se sintió como Lenny Bruce. Ella se rio más y no paró hasta contagiario a él. Cuando se calmaron, Scott pudo arrancar el coche.

Scott solía pasar de vez en cuando por Nueva York porque casi toda la familia vivía cerca, pero no había vuelto a visitarlo como cuando vivía allí. Estaba muy contento por poder regresar con Abigail pero lo que quería principalmente es que ella lo pasara bien. Abigail le contó los lugares que quería visitar: la Biblioteca pública, la tienda de *Tiffany's* y comer un perrito caliente de un puesto callejero. Scott no lo dijo pero agradeció que sus planes fueran tan humildes, ya que estaba un poco falto de recursos, sólo le quedaban veinte dólares que le dio su abuela la última vez que la visitó. Necesitaba un trabajo.

—Hemos llegado —dijo Scott aparcando en el primer sitio que encontró cerca de Central Park.

Bajaron del coche y empezaron a caminar entre los árboles, la gente en bicicleta y los perros correr de un lado a otro. Abigail quiso saber dónde iban pero Scott simplemente levantó los hombros a modo de respuesta: no lo sabía realmente, sólo sabía que quería encontrar un banco sin demasiada gente. Cuando encontró el lugar perfecto le dijo que ya habían llegado.

—¿Que tiene de especial este lugar? —preguntó Abigail.

—Nada, hasta ahora —dijo antes de sentarse e invitarla a hacer lo mismo.

—No lo entiendo.

—Tengo muchos sitios que enseñarte de Nueva York. Lugares que son especiales para mí, pero no especiales, ya sabes, por el lugar en sí, sino por cosas que pasaron allí. Y por eso estamos aquí. El lugar no importa, ni el banco en el que estemos sentados, lo importante es lo que pasará ahora. Un acontecimiento único e inmemorable: vas a cometer tu primer delito.

—¿Qué?

Scott sacó una navaja suiza de su bolsillo y se la mostró:

—Abigail, tú y yo vamos a escribir nuestras iniciales en este banco.

—¿Qué? No, ni hablar, no está bien dañar el mobiliario urbano...

Scott sonrió porque esa era la respuesta que esperaba.

—Vamos, el banco ya está hecho polvo, nadie lo notará.

Scott se dio la vuelta y empezó a escribir sus iniciales con la navaja. Abigail, mientras, miraba de un lado a otro y cada dos por tres decía cosas como: «Oh, mira, ese señor nos está mirando, seguro que es policía» o «¡Viene alguien!». Scott no le hizo demasiado caso y cuando terminó le cedió la navaja.

—No sé... —dijo Abigail.

—No pasará nada.

—Eres una mala influencia —dijo ella antes de empezar a escribir su nombre—. Vigila que no venga nadie, ¿eh?

—Sí, sí, tranquila —le dijo mientras se encendía un *Lucky* y miraba con muy poca atención a los transeúntes que pasaban ajenos a unos simples adolescentes.

—Ya está.

Scott miró el banco y vio sus iniciales al lado de las suyas. Abigail había añadido un corazón en medio, pero no llegaba a serlo, porque le había salido torcido.

—Déjame —le dijo Scott recuperando la navaja.

Trató de darle forma al corazón rascando la pintura verde hasta convertirse en madera. Después sopló unos segundos para quitar las virutas.

—Mucho mejor —dijo Scott guardando su navaja.

Ella le sonrió y se acercó para besarlo.

—Sabes... —empezó Abigail—. Este sitio es el mejor de Nueva York. No he visto el resto, pero este es, sin duda, mi preferido.

Scott acarició su mejilla despacio y al final dijo:

—El mío también.

16. El número Áureo

A eso de las once, Abigail y Scott entraron en la biblioteca pública de Nueva York. Scott había estado muchas veces, y la conocía como la palma de su mano, aún así, escuchó con atención las explicaciones de su amada:

—Los leones se llaman Patience y Fortitude, el nombre se los puso el alcalde Fiorello durante la gran depresión —explicó—. Me lo contó el señor Cooper.

Después, recorrieron el interior en silencio y cogidos de la mano. Abigail sonreía y señalaba casi todo, desde las lámparas, los altos techos y los libros. Scott no pudo evitar apartarla tras unos estantes para darle un beso.

Una hora después, salieron y se pararon en un puesto de perritos calientes en la quinta avenida:

—Yo invito —dijo Abigail.

—Muchas gracias —dijo Scott—. Buen señor, dos con todo.

—¿Todo? —preguntó Abigail.

—Oye, si no no es un auténtico perrito caliente, confía en mí.

Después anduvieron hasta la tienda de *Tiffany & Co* donde Abigail se acercó todo lo que pudo al escaparate para ver todas las joyas. Scott no entendía por qué a algunas chicas les gustaba esa clase de cosas. De repente, Scott se quedó un poco triste al imaginarse que alguien, algún día, le regalaría a Abigail un anillo de diamantes. «Será un tío trajeado, de esos que parecen tener un palo en el culo y que trabaja en finanzas».

—¿Estás bien? —le preguntó Abigail.

Scott carraspeó y frunció el ceño:

—Sí, claro... estoy bien. ¿Sabes? No he visto *Desayuno con Diamantes* —comentó para cambiar de tema.

Empezaron a caminar hacia la boca del metro, mientras Abigail explicaba que era una de sus películas favoritas, pero que prefería el libro porque allí Holly termina tomando las riendas de su vida ella sola.

Abigail acababa de acostumbrarse a ir de la mano con Scott; le pareció sumamente extraño cuando pasó en la biblioteca, tanto, que no supo cómo ponerse y mantuvo el brazo en tensión antes de poder relajarse. Era la primera vez que podía caminar con él, besarlo, sin esconderse de nadie. Le hacía feliz e infeliz al mismo tiempo, porque nada de eso era permanente.

—Hemos llegado —dijo Scott—. La mejor tienda de discos de Nueva York.

Ambos entraron y Abigail se quedó sorprendida por la variedad de gente: con toda clase de peinados multicolor y ropa estrambótica, algo que a nadie parecía importarle, impensable en Sleet Valley. Entendió mejor porque Scott añoraba Nueva York.

—Solía venir todos los sábados para comprar la *Rolling Stone* y escuchar algún disco por la gorra.

—Schwartz, ¡cuánto tiempo!

Un chico pelirrojo y casi rapado al cero le chocó la mano.

—Tyler, me alegra verte. Pero, eh, tío, te has quedado calvo. ¿Nadie te lo ha dicho?

El tal Tyler se rio fuerte y pasó la mano por su calva:

—¿No te mola? Así estoy más acorde con el ambiente. Trabajo aquí, ¿sabes?

—Claro, te queda genial. Guay, que trabajes aquí. Eh, deja que te presente a alguien. Ella es Abigail Baxter. Abby, este es Tyler Hill, íbamos al mismo instituto.

—Un placer conocerte. Vaya, ¿regresas a Nueva York con novia? Ya verás cuando se enteren las chicas.

Abigail frunció el ceño y Tyler continuó:

—Las tenía a todas locas. Cuando fundó el club de fotografía, se apuntaron en manada.

—Qué va, colega. ¿Tienes algún cassette pirata?

—Sí, una batalla de rap brutal.

Ambos siguieron al chico por la tienda hasta el mostrador. Abigail se acodó en el mismo y observó los objetos tras el cristal.

—Busy contra Kool Moe Dee. La gente asegura que fue a-lu-ci-nan-te.

—¿Cuánto? —preguntó Scott.

—Cincuenta pavos.

—¿Qué? ¡Estás loco!

—Te he dicho que es muy bueno. Apenas hay copias.

—Tyler —Scott se aproximó más a él—. ¿Tengo pinta de tener cincuenta dólares?

El dependiente volvió a guardar el cassette en un cajón que cerró con llave.

—Saluda a los compañeros de mi parte —dijo Scott—. Pero sólo a los que me caían bien, ya sabes.

Tyler sonrió y asintió con la cabeza.

—¿Club de fotografía?

Preguntó Abigail cuando se alejaron.

—Nada, era una tontería. ¿Conoces a Led Zeppelin?

Abigail negó con la cabeza.

—Son geniales, ya verás.

Scott la llevó hasta el fondo de la tienda, entre la gente, hasta que llegaron a unos auriculares conectados a un tocadiscos. Scott se los puso a Abigail y después recorrió los discos del estante deprisa:

—Aquí está: *Stairway to heaven*.

Lo sacó de su funda y lo puso en marcha. Se aproximó a Abigail para compartir los auriculares.

—Cierra los ojos y escucha, es una maravilla.

Abigail soltó aire por la nariz y le hizo caso: tenía razón, esa canción, su letra, te podían transportar a otro lado.

—Me encanta esta parte, justo antes del solo de guitarra de Jimmy Page. Es como si la canción se transformara en otra.

Abigail no respondió, sólo pensó en todas las cosas que aún le quedaban por conocer de Scott Schwartz y que, a veces, él también le parecía otro.

Abigail trató de hablar con sus padres a la hora de comer, cuando pararon en un restaurante donde Scott aseguraba que hacían la mejor pizza. No pudo hablar con ellos, estaban en una excursión, pero la recepcionista, que tenía una extraña y aflautada voz, le dijo que no se preocupara, que les dejaría un mensaje. Después de comer, regresaron a Sleek Valley, y se pasaron el camino conociendo un poco más el uno del otro:

—Comida favorita —preguntó Abigail.

—Los Rugelach de mi abuela. Lo hace para el Hanukkah, es la ostia. ¿Y la tuya?

—Los macarrones con queso. De mi madre, obviamente. ¿Soy una gorda si confieso que me está dando hambre?

—Qué va, a mí también me pasa —respondió Scott tras frenar en un semáforo.

Abigail negó con la cabeza y pensó en todo lo que había comido ese día.

—¿Qué día es tu *cumple*? —preguntó.

—El 16 de enero —dijo Scott.

—¡No fastidies! —espetó—. El mío es el ocho de marzo. ¿No te parece una pasada?

Scott se encogió de hombros.

—161803. ¡161! ¡803! Es el principio del número áureo, el número de oro.

Scott se puso a reír.

—¿En serio? Eres una sabelotodo, aunque ya lo debes saber.

Abigail se notó colorada y le dio un golpe en el brazo:

—Vamos, seguro que lo sabías. Vi la nota de tu último examen. Sacaste una A.

Scott jugó con el dial de la radio.

—¿Espías mis notas? ¿Tanto te gusto?

Abigail quiso decirle que se estaba enamorando de él, pero no lo hizo.

Scott aparcó en la calle San Paul a las cinco en punto. Lo supo porque en ese momento, el locutor lo dijo. Silenció la radio.

—Me lo he pasado muy bien —dijo Abigail quitándose el cinturón—. Y tenías razón, me he acostumbrado a la peste de tu coche.

—Te lo dije —comentó apoyando su brazo en su asiento—. Yo también me lo he pasado muy bien.

Después se besaron un largo rato, hasta que Abigail lo apartó y susurró sobre sus labios:

—Alguien podría vernos.

Scott lamentó haber regresado a Sleek Valley. «Estúpido pueblo».

—¿Quieres que entremos en mi casa? —preguntó Abigail.

Scott, entonces, agradeció haber regresado a Sleek Valley.

17. Tercera base

—¿Estás segura? ¿Y tus padres?

—No regresan hasta mañana por la mañana. Y es porque mi padre tiene que dar el sermón.

Scott tragó saliva.

—Vale.

Abigail le explicó que tenían que ir por la calle de atrás, que entrarían por el jardín, porque a esa hora, la señora Allen siempre se sentaba en su porche y que los vería seguro. Scott siguió las indicaciones al pie de la letra, si hubiera sido necesario llegar colgado de los árboles a lo Tarzán, le daría igual, cualquier cosa con tal de estar a solas con Abigail Baxter.

Abigail salió del coche, él la siguió, abrió una verja y pasaron cerca de un cobertizo hasta llegar a la entrada trasera, que daba a la cocina. Cuando cerró la puerta y se silenciaron las risas de los niños que recorrían la zona en bicicleta, el sonido de una radio y el trinar de los pájaros, Scott se sintió de nuevo nervioso. Abigail no le dejó tiempo para pensar y volvió a besarlo. Continuaron dónde lo dejaron en el coche. Scott acunó su rostro entre sus manos y la llevó hasta la encimera, la subió encima y pasó las manos por sus muslos hasta pasar por debajo de su falda y se quedó allí, sin saber si continuar o no. Abigail pareció leerle la mente y enredó sus piernas por su espalda para tenerlo más cerca y besarlo con más fuerza. Scott sintió una erección debajo de sus *Levis* justo cuando tocó con sus dedos las bragas de Abigail. Ella se movió inquieta, se apartó para poder quitarle la camiseta. Nunca habían estado en ese nivel de intimidad, nunca se habían quedado en ropa interior uno delante del otro. Pero actuaban por intuición, como si fuera algo natural entre ambos. Scott le quitó la camiseta a Abigail y quedó observando sus pechos hasta que ella, sonrojada, le tomó de la barbilla y lo apartó para que dejara de mirarla así.

—Lo siento —murmuró Scott—. Es que eres preciosa.

Abigail sonrió y volvió a besarlo con más fuerza, hasta que Scott recorrió su lengua por su cuello y mordió el lóbulo de su oreja. Y después, ante la incomodidad de aquel mármol de cocina, Scott dejó que Abigail lo llevara al salón.

Scott recorrió el dedo índice por el hombro de Abigail y después lo besó. La penumbra había iluminado el salón, y sus cuerpos no eran más que sombras. Abigail estaba a horcajadas sobre Scott, con la mejilla apoyada en su pecho. No habían llegado hasta el final, pero sí hasta la tercera base, algo que a Scott le hacía sentirse pletórico, como si estuviera en un sueño. «Podríamos haber llegado hasta el final», pero ninguno de los dos tenía condones y nunca harían una estupidez así.

—Scott —dijo Abigail tras acariciar su cuello—. Me gustaría hacerlo.

Él asintió.

—A mí también.

—Quiero que sea especial. Lo he pensado mucho y sé que contigo lo será.

Scott volvió a besarla hasta que ella dejó de respirar y se apartó unos centímetros.

—Un coche —murmuró—. Viene alguien.

A Scott casi le dio un infarto y fue incapaz de mediar palabra.

Abigail se apartó y se quedó de pie, sin saber muy bien qué hacer.

—¿Y si son mis padres?

—¿Q-qué? No es posible.

Llamaron al timbre y Abigail se sintió aliviada. Sus padres jamás llamarían.

—¿Son ellos?

Abigail negó con la cabeza y buscó su ropa y la de Scott.

Volvieron a llamar, esta vez a golpes.

—Vístete, deprisa —le rogó Abigail.

Abigail corrió hacia la cocina, terminó de vestirse y encendió la luz del recibidor antes de abrir: era su amiga, Violet Sanderson.

—¿Qué haces aquí?

Violet la observó con los ojos muy abiertos:

—Hola, Abby. ¿Estás bien? Estás roja. ¿Estabas dormida o...?

Abigail se puso la mano en la mejilla y trató de peinarse.

—No... yo... ¿Qué haces aquí?

Violet señaló su mochila antes de responder:

—Sé que tus padres están fuera así que he pensado dormir aquí, pedir pizza, ver alguna peli...

Se encogió de hombros justo cuando se escuchó un golpe proveniente del salón: algo de cristal se resquebrajó contra el suelo:

—¿Qué ha sido eso? —preguntó su amiga con cara de pánico—. ¿Tus padres están...?

Abigail negó con la cabeza y abrió la puerta. No quería que nadie lo supiera y menos Violet que fue quien le dijo a su padre que estaba en las recreativas, pero la perdonó porque a su amiga no le quedó otra que confesar cuando el pastor llamó preocupado aquella tarde. Abigail exhaló y cerró la puerta cuando Violet entró en casa. La guió hasta el salón y encendió la luz. Scott, sin camiseta, no sabía donde meterse.

—Hola —dijo como si nada—. Abby, lo siento, creo que he roto un jarrón.

—Oh, por el amor de Dios... —dijo Violet.

Abigail miró el suelo y reconoció la figura de un cisne de cristal que alguien les había regalado a sus padres cuando se casaron.

—No pasa nada. Creo que tu camiseta está en la cocina.

—Vale —dijo Scott antes de perderse a toda velocidad.

Violet la tomó del brazo y lo apretó:

—Abby, no puede ser.

—Te lo explicaré todo, ¿vale? Puedes subir a mi habitación y dejar tus cosas, yo iré a despedirme de Scott.

Violet, aún anonadada, asintió despacio y subió las escaleras. Abigail soltó aire por la nariz y fue a la cocina, donde Scott ya se había puesto su camiseta de AC/CD.

—¿Sabes que casi me da un infarto? —dijo él.

Abigail se acercó y le dio un golpe.

—¿Y tú? Eres malísimo disimulando, mira que hacer ruido.

Ambos se quedaron quietos, con la vista puesta en el otro, hasta que Abigail deslumbró el inicio de una sonrisa de Scott, cosa que hizo que estallara de la risa. Los dos lo hicieron.

—¡No te rías! —le rogó Abigail.

—¿Y tú? —respondió.

Cuando se calmaron, Scott dijo:

—Bueno, será mejor que me vaya, antes de que a tu amiga le dé un síncope.

Abigail le abrió la puerta trasera y lo besó antes de que se fuera a través del jardín. No pudo evitar suspirar como una enamorada y sonreír de la misma manera.

Abigail le explicó toda la verdad a Violet mientras ella abría la boca sorprendida y murmuraba sin parar: «Dios santo» o «No me lo puedo creer».

—Por favor, por favor, no le digas nada a nadie. Y menos a mi padre, aunque te llame como loco preguntando por mí, no le digas nada de Scott, por favor, me matará.

—Sí, lo prometo. Siento lo de la otra vez...

Abigail le sonrió y le cedió el dedo meñique para sellar la promesa.

—Está bien.

—Dios santo, ¿por eso le dijiste que no a Jesse? ¿Irás con Scott?

—Violet, ni en un millón de años le diría que sí a Jesse McDowell. Sabes todas las mentiras que cuenta después de estar con una chica. Y no, iré sola, como os dije ayer en la comida.

—¿Sola? Pero eso es muy triste.

Abigail rodó los ojos y abrazó más fuerte una de sus almohadas. No entendía qué le pasaba a todo el mundo, si a ella le daba igual, ¿por qué a los otros no?

—Sólo iré para comprobar que todo sale bien, después iré a ver a Scott.

Violet asintió con la cabeza y guardó su siguiente pregunta cuando el teléfono sonó. Abigail se levantó de la cama y fue al cuarto de sus padres, al más cercano.

—¿Residencia Baxter?

—*Hola, cielo, soy mamá. ¿Todo bien?*

—Sí, todo bien. Bueno, no —dijo enseguida—. He roto sin querer el cisne de cristal del salón.

—*Oh, es la mejor noticia que podías darme. Me lo regaló tu abuela y siempre lo he odiado.*

Ambas se rieron:

—En este caso haberlo dicho antes, mamá, y lo hubiera solucionado.

—*Gracias, cielo. Hemos llamado al mediodía pero no estabas.*

—No, no, es que he ido a la biblioteca. Por cierto, Violet pasará la noche aquí, espero que no os importe.

—*Descuida, mientras Regina esté enterada.*

Abigail le dijo que por supuesto, que la madre de Violet lo sabía y le cambió de tema para omitir su día. Blanche explicó todos y cada uno de los consejos que había ido esparciendo por el recinto como una abeja en un jardín de flores y de lo orgullosa que estaba de ayudar. Abigail se despidió poco después.

Cuando regresó a su habitación, volvió a sentarse y observó como Violet se mordía la uña del pulgar.

—Vamos, pregunta, te mueres de ganas —dijo Abigail.

—¿Lo habéis hecho...?

Abigail se tumbó en la cama y se tapó el rostro sonrojado y dijo contra la almohada:

—No, pero casi...

Su amiga pegó un grito y la golpeó con el cojín para rogarle que le contara todo. Y así pasaron el resto de la noche las dos amigas.

18. El restaurante del señor Lee

Dos minutos después de sentarse en la mesa del restaurante del señor Lee, Jared Schwartz dijo que hacía frío y exigió cambiarse a otra. Nada nuevo para Scott, que vivía lo mismo siempre que salía a comer con su familia. Ese mediodía del domingo no iba a ser una excepción. A Scott le daba igual y siguió a una de las camareras hasta otra zona del restaurante. Hasta que reconoció a Abigail sentada justo al lado de su nueva mesa. Se golpeó contra la silla de uno de los comensales por no vigilar sus pasos:

—Ten cuidado, chico —espetó el señor.

Logró decir un «lo siento» sin quitar la vista de Abigail, que hablaba con su madre —o imaginó que era ella— de forma animada.

—Vamos —dijo Jared golpeando su nuca—. Siéntate, ¿quieres?

Scott asintió y se sentó sin dejar de mirarla. «Maldita casualidad», pensó antes de darse cuenta de que en un pueblo como Sleek Valley, no es difícil coincidir.

—Scott, mira lo que sé hacer —dijo Sean.

Pero Scott ignoró a su hermano hasta que Abigail lo observó por primera vez, con una expresión que decía: «¿Qué haces aquí?». Scott se encogió de hombros. Por suerte, el pastor estaba de espaldas a él. Esperaba que no se diera la vuelta y lo reconociera.

—¿Dónde está la camarera? —se quejó el padre de Scott.

Abigail se levantó y fue hacia los baños. Scott hizo lo mismo ante la atenta mirada de su madre. Se encontraron en el pasillo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella.

—Es un restaurante chino y somos judíos, mis padres siempre quieren venir aquí.

—¿Y si mi padre te ve?

—¿Qué hago? ¿Me disfrazo?

—Oye, si por casualidad te ve y se dirige a ti, di lo menos posible, por favor.

—Está bien —Scott miró de un lado a otro y la besó—. Hola.

—Hola —respondió con una sonrisa y al segundo se apartó—. Tengo que volver.

Scott regresó a su mesa dos segundos después, justo cuando Jared pedía la comida:

—Queremos el pollo con almendras, pero no queremos las almendras...

—Scotty —susurró su madre—. Al menos podrías disimular y limpiarte el carmín.

Scott se limpió deprisa con la servilleta y la miró:

—¿Qué...?

Judith sólo negó con cabeza y dijo:

—Su padre está aquí mismo, sois unos insensatos.

Scott se quedó sin habla. Tenía razón.

El resto de la comida, Scott no pudo disimular lo que le gustaría y, cada dos por tres, se cruzaba la mirada con Abigail, que se movía en su asiento inquieta cada vez que pasaba. Scott, entonces, sonreía. No podía evitarlo.

—Scott, ¿has hablado con Leonard Silver?

El chico miró a su padre con el ceño fruncido.

—Eres un tarugo, ¿o qué? Es el primo de mi amigo Robert Silver y me ha dicho que busca un chico para trabajar este verano en uno de sus supermercados. ¿No buscabas trabajo?

—Mientras pueda quedarme aquí y no ir a los Catskills...

En los Catskills había un resort donde él y su familia pasaban los veranos. A Scott no le gustaba nada el sitio, se aburría mortalmente porque las actividades que hacían eran, o para niños, o para adultos.

—Claro, mientras trabajes —respondió su padre—. Además, aguantar tu cara de amargado no me apetece.

—Vaya, por fin tenemos algo en común, papá, a mí me pasa exactamente lo mismo contigo.

Padre e hijo sonrieron sardónicamente el uno al otro.

—No sé si es buena idea que se quede en casa solo todo el verano —dijo Judith.

«Mierda», pensó Scott.

—Vamos, ¿qué dices? ¿Has visto sus notas? —Jared golpeó el hombro de su hijo—. Por fin me has escuchado, y te has puesto a estudiar, ¿eh?

Scott rodó los ojos y miró a su madre con ojos tristes.

—Eh, disculpa, ¿dónde está nuestro pedido? —bramó Jared.

Lo hizo demasiado alto, tanto que el pastor Jacob Baxter giró la cabeza en su dirección. Scott, deprisa, tomó la carta y se tapó la cara.

—Demasiado tarde —dijo su madre.

Scott apartó el menú y se encontró al pastor Baxter delante de su mesa.

—¿Necesita ayuda? —preguntó Jared.

—Oh, no nos han presentado formalmente. Soy Jacob Baxter, el pastor de la iglesia. No somos de la misma religión pero sí de la misma comunidad y no he tenido ocasión de daros la bienvenida.

Su padre se levantó y le dio la mano:

—Un placer conocerle, yo soy Jared Schwartz. Ella es mi esposa Judith y mis hijos, Scott y Sean.

El pastor sonrió a cada uno de los comensales excepto a Scott. Hizo un gesto para llamar a su familia.

—Ella es mi esposa, Blanche y mi hija Abigail.

Todos se saludaron y Scott no supo dónde meterse cuando su hermano dijo:

—¡Pero si es Abby! —le pellizcó el brazo—. ¡Au!

El pastor los miró fijamente y dijo:

—Creo que nuestros hijos se *conocen*.

—Sí, del instituto —dijo Abigail deprisa—. Un placer conoceros. Papá, será mejor que volvamos a la mesa, están trayendo los segundos. Y tampoco queremos molestar...

—Claro, cariño —dijo el pastor—. Un placer, Scott —le dio la mano y apretó con mucha fuerza.

—Igualmente, señor —dijo Scott tratando de aguantar las ganas de gritar de dolor.

Cuando se fueron y volvieron a sentarse Judith le susurró:

—Scotty, por favor, tienes que parar esto.

Miró a su madre y negó con la cabeza:

—Mamá, eso no pasará, así que déjalo estar.

Después elevó la vista hacía Abigail que le pareció la chica más increíble de la tierra cuando pudieron hablar sólo con mirarse.

19. The Break-Up Song

Scott golpeó la máquina de *Defender* con fuerza cuando perdió la partida y sólo consiguió 10502 puntos. Estaba espeso aquella tarde.

—¡Buu! —bramó Ryan a su espalda—. Parece que has perdido facultades, Schwartz.

Scott le enseñó el dedo corazón y se apartó de la máquina.

—Eh, salgamos fuera, Jack nos *espera*.

Scott comprendió el mensaje y lo siguió hasta la salida.

—Este sitio está muerto, ¿no? —espetó Ryan cuando se encontraron con Jack en el aparcamiento, apoyado en su *Ford Galaxy*.

—Sí, es por el baile —mencionó Scott mientras le daba unas caladas al porro de marihuana que le pasó su amigo—. Estarán todos allí.

—¿Y tú por qué no has ido, eh? —preguntó Ryan—. ¿Y tu novia?

—Habrá ido con otro —dijo Jack—. Es normal.

—No es eso, capullos. Es que nadie sabe que salimos.

—¿Entonces tu novia no ha ido? —preguntó Ryan con sorna.

—Sí, ha ido, pero sola.

Los dos amigos se empezaron a reír y a decir cosas como: «Seguro que alguien te la levanta» o:

—¿Cómo dejas que tu novia vaya sola?

—A ella le parece bien, a las nueve nos reunimos aquí —dijo Scott—. Y no le van estas cosas.

—A ver, a ver —Ryan dio unos pasos a él—. A todas las chicas les flipa los bailes de graduación. Y las bodas. Todas esas mierdas.

—Es cierto, mi hermana se vuelve loca, se pasea por todas las tiendas para encontrar el vestido perfecto.

—Sí, sí, es que es general —comentó Ryan—. Creo que la culpa la tiene *Disney*, crea falsas expectativas.

—Es verdad, es verdad, los príncipes azules no existen. Existimos nosotros.

—A ver, monos, no os vayáis por las ramas, ¿qué queréis que haga? Nadie puede saber que es mi novia, y, si me presento allí, y, no sé, bailo o hablo con ella, la gente sospecharía.

Sus amigos se pusieron las manos en la barbilla como haría *El Pensador* de Rodin y se quedaron serios. Scott rodó los ojos y se apoyó también en el coche. Claro que le sabía mal no estar allí con ella, pero, ¿qué otra cosa podría hacer? «No puedo estar y no estar al mismo tiempo».

—O sí —dijo Scott—. Eh, tíos, estoy sin gasolina, ¿me lleváis a mi instituto?

—Así se habla, joder —dijo Jack golpeando su espalda con fuerza—. Subid, tenemos una misión que cumplir.

--

Abigail Baxter no tenía nada más que hacer: las sillas y las mesas estaban donde tenían que estar, el DJ pinchaba sin problemas de sonido, el ponche estaba servido y los alumnos bailaban sin parar. Pero sólo eran las ocho y media y aún tenía que esperar a que fueran poco más de las nueve. Entonces se iría, justo después del anuncio del Rey y la Reina del baile, a Steve Lee y a Madison Williams concretamente. Eran de último curso y llevaban juntos desde el jardín de

infancia. Ellos siempre ganaban y Abigail creía que se lo merecían.

—Ay, Abby, Abby —dijo su amiga Rachel que se dejó caer en la silla—. Me lo estoy pasando genial, pero estoy agotada.

—¿Y tu cita? —preguntó ella mirando su reloj de pulsera.

—Ha ido al baño. John es genial, creo que es el hombre de mi vida.

Abigail se rio porque su amiga se enamoraba de uno distinto de un mes para otro.

—¿Abigail?

Se dio la vuelta cuando reconoció la voz de Carl Draper. Tenía una sonrisa de oreja a oreja y a una chica muy mona del brazo.

—¡Hola! —los saludó—. Me alegra verte, ¿os lo pasáis bien?

—Sí, sí. Ella es Demi Prince.

Ambas se saludaron.

—Abigail, ¿quieres bailar conmigo?

Abigail abrió mucho los ojos y miró a la chica que no se había inmutado ni un ápice ante la propuesta de Carl.

—Oh, ¿en serio? ¿Y ella?

No tenía ganas de bailar con nadie. No lo había hecho durante toda la velada pese a que se lo habían pedido varias veces. Bueno, sólo quería bailar con alguien pero no estaba presente.

—Oh, no te preocupes por mí —respondió Demi que se sentó justo cuando Rachel se levantó—. Id, por favor.

«No», pensó Abigail, pero al final dijo que sí ante la cara apenada de Carl. Además era el amigo de Scott y le caía bien. Fueron al centro de la pista bajo la atenta mirada de algunos chicos. Abigail pensó que dirían cosas como: «¿Has visto con quién terminó bailando Abigail? Con el tonto de Carl Draper». En realidad no le importaba demasiado.

Carl trató de poner sus manos en sus hombros para bailar, pero al final se arrepintió y se movió de forma extraña. Abigail no supo qué hacer, hasta que él, entre dientes, dijo:

—Disimula, tengo algo para ti.

Le dio un papel arrugado y entrecerró los ojos:

—¿Qué es...?

—Es de Scott —dijo deprisa.

Abigail no sabía cuál sería la profesión de Carl en un futuro, sólo esperaba que no fuera espía, porque no podría hacerlo peor. Abigail bailó sin pensar y abrió el papel. Sonrió cuando reconoció la desordenada letra de Scott:

«¿Quieres bailar conmigo?».

Abigail miró de un extremo a otro para localizar a Scott pero no estaba en ninguna parte.

—Dice que te espera en la biblioteca —dijo Carl.

Abigail quiso preguntarle porque la había sacado a bailar cuando podía darle la nota directamente, pero no lo hizo. Sólo dio gracias a Dios porque la canción hubiera terminado y salió deprisa.

Recorrió los pasillos, casi en penumbra, y sintió un escalofrío cuando giró y la música del gimnasio se apagó casi por completo. Abrió la puerta de la biblioteca y pegó un grito cuando Scott la tocó.

—¡Maldición! —golpeó su pecho—. ¿Quieres matarme del susto?

—Lo siento, lo siento —dijo Scott mostrando las palmas de las manos.

Abigail negó con la cabeza y cerró la puerta de la biblioteca. Ver todos aquellos estantes sólo iluminados por la tenue luz del exterior le pareció extraño, pero no tanto como que la señora

Mountain no estuviera sentada donde siempre. Abigail no recordaba ninguna vez en que no estuviera presente en la biblioteca.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Abigail tratando de disimular la ilusión por verle.

Scott se encogió de hombros:

—Sólo quería verte. Estás muy guapa.

—No es verdad, parezco un pastel de fresa —dijo ella—. Mi madre me ha obligado a llevar este vestido porque dice que el rosa se lleva esta temporada.

—A mí me parece que estás guapa de todas las maneras... —se acercó para besar sus labios y susurrarle—: Aunque me gustas más cuando no llevas nada.

Abigail notó calor en sus mejillas y golpeó de nuevo su pecho. No supo qué decir.

—Ven —dijo Scott tras reírse.

Scott la tomó de la mano y la llevó hasta el lado derecho de la biblioteca, cerca de una ventana abierta. Scott se asomó por ella y dijo:

—¡Eh! ¡Tíos! Ya está aquí.

Abigail se asomó y vio que Jack Hedlund y Ryan Pitt estaban dentro de un coche aparcado. Scott se dio la vuelta y dijo tras exhalar:

—Oye, sé que no voy vestido para la ocasión y tal, pero me gustaría saber si quieres bailar conmigo.

Abigail ladeó la cabeza con una amplia sonrisa:

—Llevo esperando este momento toda la noche.

—¿Estás segura? Porque no sé bailar.

—Ni yo tampoco.

Scott la tomó de la cintura y apoyó su frente con la suya hasta que sonó una canción desconocida para Abigail.

—No, no, no, no —dijo Scott que se apartó de ella y se volvió a asomar por la ventana—. ¡Tíos, esa canción, no! ¿Sois *imbéciles*?

Pero ellos no parecieron oírle porque la música no paró:

—*We had broken up for good. Just an hour before...*

Abigail lo tomó del brazo para que se diera la vuelta:

—Oye, no importa, me gusta esa canción.

—La canción habla de una ruptura.

Abigail lo miró con lo ceño fruncido y Scott dijo:

—La canción se llama The Breakup Song —dijo—. ¿Estás segura que quieres bailar esto? ¿No te da *yuyu*?

—Oye, a mí la canción me parece buena y me apetece bailar contigo. No sabía que era supersticioso.

—Está bien, como quieras.

Scott sonrió y se acercó a ella para bailar, pero no lo hicieron siguiendo el compás rápido y lógico, sino que bailaron como si en ese momento, en vez de sonar *Greg Kihn* sonara *Frank Sinatra*.

Scott les prometió a Ryan y a Jack que se encontrarían en las recreativas para una revancha por su última derrota. Abigail aceptó y le pidió que condujera el coche de sus padres porque ella tenía que cambiarse. No pensaba entrar en las recreativas vestida así, tan incómoda. Scott se sintió extraño al estar en el asiento del piloto y llevar el coche del pastor Baxter. Pero ella insistió y no le dejó opción cuando se sentó atrás tras lanzarle las llaves.

—No mires, ¿eh? —le pidió Abigail.

Scott arrancó y, con la mirada en el retrovisor, dijo:

—Eso que pides es casi imposible.

—Scott, *porfa*, que me da vergüenza.

Scott sonrió y apartó la mirada:

—Vale.

Cuando pararon en un semáforo, Scott encendió la radio:

—¿La NBC?

—Sí, mi padre siempre la escucha. Los viajes no pueden ser más aburridos.

—¿No escucha música?

—No, no, qué va, sólo escucha tertulias o noticias.

Scott miró de reojo y vio a Abigail en ropa interior pero disimuló con un carraspeo. Al cabo de unos pocos minutos, ella terminó y saltó a su lado. Agradeció que ya estuviera vestida. Pensó en las ganas que tenía de que llegara el verano y su familia se fuera a los Catskills para así poder estar a solas con Abigail Baxter.

Scott y Abigail perdieron todas y cada una de las partidas, un hecho nada extraño si tenemos en cuenta que se pasaron la mayoría del rato pegados: cuando Abigail jugaba, Scott la abrazaba por detrás mientras le susurraba cosas y le daba besos en su mejilla hasta que ella se reía nerviosa y dejaba de prestar atención a la partida. Jack y Ryan no paraban de quejarse:

—¡Vamos! Dejadlo ya, tortolitos.

—No sois dignos. Me avergüenza que perdiéramos contra vosotros.

Pero ni a Scott ni Abigail les importaron sus palabras, ellos estaban demasiado enamorados para salir de su burbuja de felicidad.

20. Olympus Pen

Las vacaciones de verano llegaron, y con ello un ambiente relajado que recorría las calles de Sleet Valley, con la risa de los niños liberados por poder campar a sus anchas, y la música del camión de helados, que tenía que parar cada poco rato para abastecerlos.

—*Hey teachers, leave those kids alone.*

Scott canturreó a *Pink Floyd* antes de dejarse caer en el sofá mientras veía como sus padres iban de un lado a otro por la casa preparando las maletas. Las frases más repetidas en aquel momento eran: «¿Qué?» o «¿Dónde está esto o lo otro?».

—Ojalá pudieras ir —dijo Sean que se sentó a su lado—. Voy a echarte de menos.

—Y yo también, colega. Pero, eh, estarás con tus amigos, como ese tal David no sé qué.

—Oh, sí, David Buffet —dijo como si acabara de acordarse de su existencia.

—¿Scott?! ¿Puedes subir un momento?! —gritó Judith.

Resopló y de un salto se levantó. El resto del camino lo hizo con parsimonia.

—¿Qué pasa, mamá?

Ella estaba en su habitación, delante de una maleta roja. Judith cerró la cremallera y la dejó en el suelo. Scott pensó que seguramente quería que la ayudara, así que fue a tomar el equipaje.

—Espera.

Judith lo miró con expresión de pena y lo obligó a agacharse para acunar sus mejillas con sus manos.

—¿Sabes a quién te pareces? A tu padre, él también es un cabeza cuadrada.

Scott negó con la cabeza y trató de apartarse porque sabía que le pediría por enésima vez que rompiera con Abigail. Su madre lo tomó más fuerte y le obligó a mirarla.

—Para mí siempre serás mi niño pequeño, mi bebé. ¿Lo sabes?

—Mamá...

—Está bien, Scotty— suspiró—. Te he dejado algo en el cajón de tu mesita de noche, ¿vale? Promete que lo usarás si lo necesitas, ¿sí?

Scott arrugó el entrecejo.

—¡Judith! ¡Nos vamos, va! ¡No quiero encontrar tráfico! —bramó Jared.

Su madre besó su mejilla y lo soltó. Después señaló la maleta con el pulgar.

—¡Ya voy! Vamos, Scott, ayúdame a bajar esto, ¿quieres?

Scott se despidió de su familia tratando de disimular su felicidad. No llegó a sacar un sobresaliente en todas las asignaturas, pero es que el entrenador Harnett jamás le pondría más de un suficiente y menos después de que lesionara a su jugador estrella. Aun así, el director Murphy no le recriminó nada; le dijo que dejara de hacerse el rebelde y continuara así el siguiente curso. Scott le dijo que quizás y que sólo lo había hecho para que no lo expulsaran, que si no había peligro, no le apetecía estudiar. En realidad debería de estar más agradecido; sino fuera por el director, no hubiera sacado buenas notas ergo su padre jamás le hubiese dejado quedarse solo en casa. Scott subió a su habitación deprisa, muerto de la curiosidad y abrió el cajón: su madre le había comprado preservativos. Sintió vergüenza y enfado porque su madre se entrometiera así, pero al final lo agradeció porque no quería pasar un mal rato en la farmacia. Después se tumbó en la cama y se relajó: Era la primera vez que podría disfrutar de un mes entero a solas, jugando a videojuegos hasta las tantas o comiendo —o no— cuando le diera la gana. Pero lo más importante era saber que perdería su virginidad con Abigail Baxter. No sabía cuando, pero esperaba que fuera pronto. Miró el reloj y vio que eran las diez en punto. Si salía de casa ahora,

llegaría a la piscina pública en quince minutos, antes de tener que ir a trabajar al supermercado.

Scott, con sus gafas de sol y su camiseta semi rota de Creedence Clearwater Revival, recorrió la piscina pública de Sleek Valley, a rebotar de gente que lo miraban mal por andar vestido de calle, con unas *Adidas* un poco sucias. Enseguida localizó a Abigail, sentada en la alta silla de vigilancia: llevaba un bañador de rayas horizontales, verdes y rosas. Con la mirada siempre atenta a todo lo que pasaba, repetía cosas como: «¡NO CORRÁIS CERCA DEL BORDE!» o «¡El hijo de la señora Cockburn se ha perdido otra vez! ¿Alguien lo ha visto?». Abigail sonrió cuando lo vio y le hizo un gesto para que lo esperara detrás del edificio principal. Scott, sin pararse, fue directo, y la esperó apoyado en la pared de cemento. El sol no tardó en quemarle el rostro, así que se apartó hasta llegar a una sombra. Abigail apareció enseguida. Scott miró de un lado a otro y cuando no vio peligro, la tomó de la cintura y la besó.

—Hola.

Abigail lo apartó cuando le pareció que unas voces se acercaban pero al final no fue nada. Scott quiso besarla de nuevo pero ella le puso una mano en el pecho:

—Tengo que volver y pueden vernos.

Scott asintió y se alejó con las manos en los bolsillos para anunciar:

—Mis padres se han ido hace un rato.

Abigail se cruzó de brazos:

—¿A qué hora estarás en casa?

A Scott le sorprendió lo directa que fue, pero no tenía nada que reprochar.

—Llegaré de trabajar a partir de las seis.

—Vale, pues estaré allí entonces.

Abigail le dio un beso rápido y quiso marcharse, pero antes de girar la esquina, añadió:

—Además, tengo un regalo para ti.

Scott quiso preguntar el qué —no le gustaban nada las sorpresas— pero ella ya se había ido. Entonces se encogió de hombros y se fue por donde había llegado, pasando de nuevo bajo la atenta y escrutadora mirada de los presentes en bañador.

El primer día de Scott en el supermercado fue *bien*. Como estaba acostumbrado a trabajar con personas que solían comunicarse a través de gritos —como la señora Rubinstein, que le chillaba cuando no limpiaba *bien* la plata— le dio igual que el dueño fuera un capullo relamido y que le exigiera que pusiera bien los envases en los estantes:

—Chico, las cosas que caducan antes, se ponen delante. ¡Te lo he repetido mil veces!

Era mentira, era la primera vez que lo hacía, pero Scott sospechaba que el señor Silver era miope y lo confundía con otro chico, Clint Spencer, que llevaba poco más de una semana trabajando allí. Tenía su misma edad y se pasaba el día en la babia, tratando de escaquearse siempre que el señor Silver no mirase —en el caso de que viera algo—. En cualquier caso a Scott le importaba tres pimientos. Sólo quería estar en casa, esperar a Abigail y... Tragó saliva, lo hacía cada vez que lo pensaba. Justo cuando cruzó la puerta de casa, a las seis y diez —por suerte encontró la mayoría de los semáforos en verde— el teléfono sonó: era su madre. Sólo quería saber si había ido todo bien en su primer día de trabajo, Scott le dio un escueto «sí» y el resto de la llamada fue Judith quien habló, diciendo cosas como: «Te echamos de menos», «Saludos de este o aquel» o le contaba cosas de poco interés para Scott, que sólo se dedicaba a soltar sonidos guturales, con la mirada en el reloj de la cocina. Cuando dieron las seis y media, el timbre sonó. Por desgracia para Scott, su madre lo escuchó:

—Oh, ¿eso ha sido el timbre? ¿Esperas a alguien?

—Qué va, qué va, será un vendedor de biblias o algo así —dijo—. Tengo que colgar, mamá, buenas noches. Saluda a Sean, ¿quieres?

Después colgó y la dejó con la palabra en la boca. «Mierda», pensó olisqueando su camiseta que apestaba a sudor. El maldito señor Silver se negaba a poner el aire acondicionado fuera de la sección refrigerada. Scott abrió y sonrió cuando se encontró a Abigail. Vestía una falda plisada y una camisa amarilla. En su mano tenía una bolsa de papel y una amplia sonrisa en sus labios. Dejó que entrara.

—Oye, lo siento, no he podido ducharme y...

Abigail no le dejó terminar:

—Vale, vale, pero necesito darte esto primero. Me hace mucha ilusión.

Abigail fue hasta el salón y estiró los brazos para darle la bolsa. Scott negó con la cabeza y lo cogió. Se sentaron en el sofá:

—¿Qué es?

—Vamos, es una sorpresa, vamooooos, ábrelo.

Scott exhaló y entreabrió la bolsa para descubrir su interior. Arqueó una ceja cuando sacó una cámara de fotos:

—Es una *Olympus Pen*.

—¡Sí! —dijo Abigail que se puso de pie—. Es que el domingo estuve en un rastrillo con Violet, y conocí a un señor que vendía toda clase de cámaras. Y estuve preguntando. Mira, yo no tengo ni idea de cámaras ni nada, pero sé perfectamente cuando quieren timarme. Llevo yendo a rastrillos desde que tengo uso de razón. Bueno, pues que me fijé en la cara que puso el señor cuando cogí esta cámara y le pregunté. Me la vendió por sólo.... bueno, el precio no puedo decirlo, claro.

Se quedó callada y le rogó con la mirada que dijera algo. Scott no lo hizo, volvió a observar la cámara; pasó los dedos por las esquinas despacio. Era una cámara preciosa.

—¿Por qué me has comprado una cámara? —preguntó.

—Oh, yo... —murmuró entrecortada—. Lo siento mucho, cuando estuvimos en la tienda de discos, escuché que fundaste un club de Fotografía en tu otro instituto y pensé que... Oh, lo siento, soy una estúpida. No te gusta, ¿verdad?

—Yo no he dicho eso. —Scott se encogió de hombros y volvió a analizar la cámara—. Sólo que... dejé la fotografía hace tiempo.

—¿Por qué? —preguntó Abigail.

—Nada especial. Sólo es que cuando me mudé a *este-estúpido-pueblo*, los de la mudanza me rompieron la cámara, así que pensé que era una señal para dejarlo.

Abigail ladeó la cabeza y se rascó la mejilla derecha. Scott se fijó en que tenía una picadura de mosquito.

—¿Sólo por eso? No sabía que fueras supersticioso.

—Bueno, sólo en algunas cosas —dijo apoyándose en el respaldo—. ¿Sabes? Las *Olympus Pen* poseen un objetivo de cuatro elementos de 28mm. —Abigail arrugó el entrecejo—. Eso quiere decir que la distancia focal que genera tiene mucha profundidad. O sea que el enfoque es muy nítido.

—Creo que algo así me comentaron. Entonces, ¿no es un regalo horrible?

—Nada de lo que me regalaras sería horrible, Abby —dijo Scott—. Muchas gracias, me encanta. Soy malo para recibir regalos, perdona.

—No pasa nada —dijo ella—. Eh, mira, mira, también he comprado unos carretes. Pensé que

podías *documentar* nuestro verano.

—¿Documentar?

—Sí, exacto. Eres el encargado.

Scott sonrió y sacó uno de los carretes de la bolsa. Lo abrió y lo puso en la cámara. Apoyó el visor de la cámara en su ojo y ajustó el aro de enfoque. Después se giró hasta Abigail, que posó divertida, igual que una modelo para una portada de una revista. Pulsó el disparador.

—Está bien, documentaré nuestro verano —dijo.

Abigail gritó emocionada y se dejó caer en sus brazos. Scott tuvo que apartar la cámara de prisa para que no terminara hecha añicos. Abigail lo rodeó con las piernas y apoyó su mejilla en su pecho.

—Uff, es verdad que apestas —dijo Abigail con la nariz arrugada.

—Te lo he dicho —dijo Scott tras besar su frente. Abigail elevó la cabeza para que besara sus labios. No parecía que quisiera irse—. Podré ducharme cuando te levantes.

—Valee —dijo Abigail sin moverse.

Scott sonrió y volvió a besarla. No pudo ducharse hasta diez minutos después.

Abigail se quedó sentada en el sofá de la residencia Schwartz mientras Scott se duchaba. Sonrió porque a Scott le hubiera gustado su regalo. Le hizo mucha ilusión comprarle una cámara. El resto del rato lo pasó andando por la casa, mirando fotos, figuras y leyendo los títulos de algunos libros. Pero cuando se aburrió, se asomó por las escaleras y se quedó con un pie en el escalón de arranque, con la mano sobre la barandilla. Meditó unos instantes si subir o no. Tenía miedo pero a la vez se moría de ganas de hacerlo. De hacerlo con Scott. Tampoco quería mostrar desesperación, pero tampoco quería que Scott pensara que no quería hacerlo. Abigail soltó aire por la nariz y se dio la vuelta para volver al salón, pero al final negó con la cabeza y subió las escaleras. No sabía cómo iría, sólo confiaba en que fuera mejor de lo que le habían contado sus amigas.

21. Mentiras por tentaciones

Cuando Scott salió del baño, con una toalla atada a la cintura y otra con la que secaba su cabello, sonrió cuando vio que Abigail estaba en su habitación: observaba atenta los pósters de grupos rock que empapelaban su habitación.

—¿Qué haces?

Ella se encogió de hombros y lo miró después:

—Sólo cotilleaba. Oye, ¿qué edad tenías en esa foto?

Scott se sentó en la orilla de su cama:

—No sé, unos cinco o así. Mi madre la puso allí.

—¿Es tu abuelo?

Scott no recordaba mucho ese día, sólo que sus padres lo dejaron con su abuelo Lev que lo llevó a Central Park.

—Sí —respondió—, pero, eh, ahora no me apetece hablar de mis abuelos.

Le hizo un gesto con la cabeza para que se sentara a su lado. Abigail sonrió y se aproximó.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó Scott.

Abigail elevó los hombros y pasó los dedos entre el cabello de Scott. Algunas diminutas gotas salpicaron sus hombros y su nariz.

—Es la primera vez que te veo con el pelo mojado —dijo ella—. Me gusta como te queda.

—Ahora todo son primeras veces —dijo Scott—. Qué bien que sean contigo.

Abigail se sonrojó y cerró los ojos cuando él la besó.

El sabor afrutado de sus labios rosáceos. El suave tacto de su cuerpo cuando lo acarició con las yemas de sus dedos. Su profunda respiración. Su aterciopelada voz cuando ella le preguntó: «¿Tienes un preservativo?» El mechón castaño que se escapó de su oreja cuando la desnudó. El vaivén de la dorada cruz que rodeaba su cuello cuando entraba y salía de ella... Scott se juró que retendría todo aquello, como si su memoria fuera un molusco y el recuerdo de hacer el amor con Abigail Baxter una perfecta y lisa perla.

A Abigail le dolió un poco la primera vez. La segunda vez algo menos. Y hasta la tercera vez, no pudo conocer de primera mano los placeres carnales, la lujuria, aquel pecado del que tanto había oído hablar: «Dios no puede ser tentado por el mal y Él mismo no tienta a nadie. Sino que cada uno es tentado cuando es llevado y seducido por su propia *pasión*». A Abigail cada vez le gustaba más y, a medida que practicaban, todo se transformó en algo más natural, desvergonzado, tanto que podían estar desnudos uno delante del otro sin sentir un atisbo de timidez. Así habían pasado las calurosas tardes de las semanas siguientes, viendo películas —incompletas— y haciendo el amor a ratos —quizás demasiados— porque no parecían cansarse nunca.

—Tengo que irme —dijo Abigail cuando vio la luz del atardecer entrar por la ventana—. Se hace tarde.

Scott asintió, besó su hombro y después pasó sus dedos por su mejilla con ternura. Siempre la trataba con ternura, como si temiera que se rompiese.

—¿Segura? —preguntó con sus labios pegados a los suyos—. ¿No quieres repetir?

Abigail sonrió y dejó que la besara pero después se lo pensó mejor:

—No, no, no me lías, ayer a mi padre no le hizo gracia que llegara más tarde de las ocho, no quiero que pregunte.

Abigail se apartó y buscó su ropa con la que se vistió deprisa. Mientras se abrochaba la falda, Scott la tomó del brazo y la arrastró de nuevo a la cama.

—Puedo llevarte, así te quedas un rato más, ¿eh?

Abigail rodó los ojos y negó con la cabeza:

—No, la última vez casi nos ve la señora Goldfarb y te aseguro que no sabe tener la boca cerrada.

—Joder, este pueblo parece *Oceanía*.

—O *Eurasia** —respondió Abigail que se apartó y continuó vistiéndose—. En vez de cámaras tenemos a unas *estupendas* vecinas atentas a todo lo que pasa.

—*Dios mío, la pequeña Abby está en el coche de un chico cualquiera* —imitó Scott con voz aguda—. *Que alguien avise al Pastor*.

Abigail se dio la vuelta:

—Te burlas, pero eso es exactamente lo que pasará si alguien nos ve juntos.

—Vale, vale —dijo Scott elevando las manos—, no te llevo entonces. ¿Mañana vendrás?

Abigail terminó de vestirse y negó con la cabeza:

—Mañana es cuatro de julio, ¿recuerdas? Estaré con mi familia en el barco de los Wallace viendo los fuegos artificiales.

Scott le dijo que sí, que se acordaba —aunque ella sabía que no era cierto—. Abigail le sonrió deprisa, le dio un beso y salió disparada de su casa. Cogió su bicicleta y pedaleó lo más rápido que pudo. Pensó en la excusa que le pondría a su padre para aquella tarde: estuvo en el cine con Violet y después tomaron un helado en el centro comercial. Incluso sabía el título de la película. Podía inventarlo si quisiera, total, a su padre no le gustaba el cine. En realidad sólo le gustaba leer y hacer excursiones.

—¡He llegado!

Escuchó el televisor por lo que fue al salón: se encontró a su madre sentada en el sofá con la mirada atenta en el televisor: dos mujeres se peleaban en una telenovela.

—Hola, mamá. ¿Y papá?

Bitsy se incorporó para ladrar, mirar a Abigail y después acomodarse en el regazo de Blanche.

—Oh, por el amor de Dios —dijo Blanche boquiabierta y, sin mirarla, respondió—: Ha salido a traerle sopa al señor Rivera... Por el amor de Dios.

Abigail rodó los ojos cuando se dio cuenta que no obtendría la atención de su madre en aquel momento. Se dirigió a su habitación y, cuando tenía el pie en el primer escalón, la puerta de la entrada se abrió:

—Hola, Abigail —dijo su padre—. ¿Llegas ahora?

—Sí, he llegado hace nada. ¿Cómo está el señor Rivera? ¿Está enfermo?

—Oh, tiene gripe, le he traído un poco de sopa.

Su padre dejó las llaves colgadas en el gancho de la pared, relajó los hombros y la escudriñó atentamente. Abigail reconoció su expresión que decía: «Tenemos que hablar». Abigail se temió lo peor. Jacob le hizo un gesto con la cabeza para que entrara en su despacho. Abigail trató de mostrarse tranquila, pero por dentro pensaba lo peor: «Quizás alguien me ha visto con Scott». Se sentó delante del escritorio y dijo con una sonrisa forzada:

—¿Qué pasa, papi?

—Dime, ¿está todo bien?

—Sí, claro.

Su padre se acodó sobre la mesa de nogal y los papeles esparcidos por encima, y entrecruzó sus manos para apoyar su barbilla. La observó fijamente. Abigail dejó de respirar unos segundos.

—Dime, ¿has vuelto a las recreativas?

Abigail abrió mucho los ojos y susurró un «no» muy despacio.

—¿Y has vuelto a ver a ese chico?

«No, no, NO», pensó Abigail. Quería gritar y salir corriendo. Coger su bicicleta *Detroit* y largarse. Claro, no lo hizo. «Abigail, concéntrate». Se irguió y preguntó:

—¿Qué chico?

El pastor relajó los hombros y apoyó su espalda con la silla.

—Sólo es que últimamente pasas muchas horas fuera, ¿no?

«No sabe nada, no sabe nada», pensó Abigail cuando el peso invisible de la mentira y la culpa se desvanecieron como si fueran vapor.

—Bueno, es verano y...

—No he terminado —dijo Jacob—. Sé que es verano y que los jóvenes os queréis divertir y eso, pero te recuerdo que tu media ha bajado este último curso.

Abigail asintió. Su media de 9,8 se había reducido a una de 9,5. Abigail quiso decirle que estaba harta de que esperaran lo mejor de ella. Cuando una es la mejor en todo, no puede fallar, no puede decepcionar. Estaba harta de eso. ¿Qué tenía de malo divertirse? Pero en cambio dijo, titubeante:

—Bueno, yo...

—El tema es que me gustaría que pasaras algunas tardes más por casa, y te pusieras al día para el siguiente curso. Si quieres entrar en una buena universidad y ser médico, debes esforzarte al máximo.

—Lo sé. Y lo haré, papá, te lo prometo. Pero... Este verano me apetece relajarme.

—Los perezosos nada alcanzan y no crecen.

Abigail soltó aire por la nariz y dijo:

—*Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar* —citó—. Papá, he trabajado muy duro este año. He hecho mil cosas y no he faltado ni un solo día. No pido nada del otro mundo, sólo quiero desconectar.

El pastor Baxter puso mala cara. Esa era una de las pocas veces en que su hija lo contradecía. Ella solía ser más obediente. Era arriesgado para Abigail pero estaba desesperada.

—Además, trabajo todas las mañanas en la piscina y además sigo yendo a la residencia de ancianos —continuó—. Sólo pido que en las tardes de verano pueda ser libre.

Su padre meditó unos segundos.

—Supongo que tienes razón —dijo su padre—. Quizás te estamos presionando demasiado.

Ella se encogió de hombros. Jacob sonrió y le hizo un ademán para que se fuera:

—Anda, ayuda a tu madre con la cena, tengo trabajo que hacer.

—Mamá está viendo *Falcon Crest*. No sé qué ha pasado pero era sumamente dramático, dos señoras se peleaban. ¿Pedimos pizza?

El pastor Jacob se lo pensó unos instantes pero al final le dijo que sí con una simple mirada. Abigail se levantó, se aproximó para besar la mejilla de su padre y salió de su despacho. Se apoyó en la puerta y suspiró despacio sin estar muy segura hasta dónde podría llegar con aquellas mentiras fruto de sus tentaciones para estar con Scott Schwartz.

22. Winston y Julia

El once de julio de 1982, Scott Schwartz le confesó a Abigail Baxter que la amaba. Lo hizo sin pensarlo demasiado, en realidad ni siquiera se había planteado seriamente confesar sus sentimientos hacia ella. Pero cuando la vio tumbada boca abajo sobre la toalla floreada, con su bikini naranja, sus gafas de sol —le quedaban mejor que a él aunque no lo reconociera— mientras ojeaba la *Cosmopolitan* en el jardín trasero de su casa, se lo dijo:

—Abby, creo que te amo.

Ella se quedó paralizada, con la página a medio pasar, unos breves instantes, hasta que le sonrió ampliamente y le respondió:

—Creo que yo también.

Scott, que estaba apoyado con las manos a su espalda sobre el húmedo césped, le sonrió y se acercó para darle un beso.

—

—Deberíamos ir al lago —dijo Abigail un rato después, mientras Scott trasteaba con la cámara—. Es precioso en verano, y me apetece bañarme. Aquí hace demasiado calor.

—Por mí bien, pero no podemos.

Scott enfocó a Abigail y le hizo una fotografía.

—Conozco un sitio donde nadie nos verá. Lo descubrí con mi padre en una excursión. Harás unas fotos geniales.

Scott se volvió a sentar sobre la toalla y dejó la cámara a un lado. La verdad era que estaba cansado de tener que ocultarse de los demás. Quería salir con Abigail como en Nueva York, donde podían besarse cuando quisieran —como aquel beso que se dieron en el metro mientras un vagabundo cantaba *It's a Man's, Man's, Man's World* de James Brown— y andar de la mano sin temor a encontrarse con nadie. Al final lo soltó:

—¿Por qué no le dices la *verdad* a tu padre?

Abigail no levantó la vista de la revista y murmuró:

—No.

—¡Vamos! Mira, mi padre se ha cabreado conmigo millones de veces. Joder, tiene un genio horrible. Pero no pasa nada, al final se les pasa.

—No lo entiendes, no es lo mismo. Tu familia tampoco aprobará que estemos juntos.

Scott recordó al instante las palabras de su madre: «Scott, lo mejor es que termines con esto antes de que sea tarde».

—¿Y qué importa? —Se encogió de hombros—. Ellos no son nuestros dueños.

Abigail cerró la revista y se incorporó.

—Confía en mí, es mejor así.

—¿Y hasta cuándo? Porque, Abigail, lo que siento por ti no es...

«No es algo pasajero». O por lo menos era lo que esperaba entonces.

—Mira, no lo sé, no es tan fácil —Se levantó—. ¿Quieres o no quieres ir al lago?

—Quiero ir al lago contigo, pero no quiero ir por, ya sabes, esos caminos secretos, es que parecemos Winston y Julia cuando se encuentran en 1984.

—Entonces no quieres ir.

Scott también se levantó. Cuando lo hizo, Abigail cogió la toalla y se cubrió con ella.

—Sí, pero como dos personas que son libres.

Abigail frunció el ceño, fue hasta la puerta corredera de cristal y la abrió con fuerza. Se iba. Scott resopló y entró también. Se la encontró vistiéndose en la cocina, veloz como un rayo.

—¿Adónde vas?

—No lo sé —espetó.

—Abby, vamos...

—Es que tú no lo entiendes. No sabes qué pasará si mi padre sabe que salgo contigo.

—Vamos, eso no es verdad. Dime, tu padre te deja ir a tus anchas, ¿no? Incluso después de pillarte en las recreativas.

—Porque vuelve a confiar en mí. Él cree que el único pecado que cometí fue jugar a videojuegos. Si supiera...

—¿Que sales con un judío? —preguntó Scott, que se cruzó de brazos y apoyó el hombro contra la nevera.

Abigail se quedó quieta unos instantes, pero al final terminó de abrocharse los botones de aquel vestido rayado. Lo miró y se encogió de hombros. El tiempo se espesó abruptamente para los dos porque se dieron cuenta de la cruda realidad: podrían estar juntos, siempre y cuando uno de los dos renunciara a su fe y a su familia. Scott se sintió un imbécil por haber llegado a ese punto de la conversación. Era como si, de repente, un muro de piedra se hubiera postrado delante de ellos y sólo pudieran, o separarse para siempre, o volver atrás. Scott prefirió la segunda opción:

—Oye, me apetece ir al lago. Iremos separados y nos encontraremos allí. Dime qué tengo que hacer.

Abigail relajó los hombros y sonrió aliviada:

—Vale.

—

Abigail le dio las indicaciones a Scott y se encontraron media hora después en una de las entradas al bosque. No se sentía demasiado bien aquella tarde. Y menos después de que Scott le sacara el tema, después de que le pidiera que le contara la verdad a su padre. Abigail no quería pensar en eso, se temía lo peor.

—Es aquí —dijo ella después de andar en silencio unos cinco minutos, entre los laberínticos senderos.

La parte sur del Lago Hayward se mostró ante ellos: agua azul, transparente, tan cristalina, que reflejaba la luz del sol y de los árboles igual que un espejismo. Por ahí no iba nunca nadie, casi todo el mundo estaba en la zona central, donde dejaban cómodamente sus rancheras en un aparcamiento público. ¿Para qué andar si puedes ir en coche? Abigail y Scott se sentaron cerca de un abeto y se quedaron unos minutos con la mirada fija en el lago, y el oído en el murmullo del agua y el trinar de los pájaros. A él también lo notó cabizbajo, apagado, con las rodillas recogidas contra su pecho. Abigail soltó aire por la nariz.

—¿No querías bañarte? —preguntó Scott.

Abigail arrancó unas briznas de hierba y no respondió. Scott se incorporó, sacó su arrugado paquete de *Camel* del bolsillo de sus tejanos y encendió un cigarrillo.

Abigail se puso de pie y se desabrochó el vestido:

—No deberías fumar aquí, podrías provocar un incendio.

Scott la miró de reojo y le dio otra calada profunda:

—¿Crees que soy un pirómano o algo así?

Abigail le regaló una sonrisa falsa y dejó caer el vestido en la hierba. Scott aumentó la intensidad de su mirada y la recorrió por su cuerpo lujuriosamente. Abigail lo ignoró, se fue directamente al agua y se hundió. Ella no necesitaba acostumbrarse al frío. Se sintió bien bajo el agua, que estaba fresca y tranquila. Buceó hasta ver las rocas del fondo, tocarlas con la punta de los dedos y salir a la superficie. Se apartó el cabello húmedo hacía atrás y pensó en cortarlo a media melena como todos los veranos. Después dejó el cuerpo muerto hasta que flotó y se quedó así, quieta y con los ojos cerrados para absorber los tenues y crepusculares rayos de sol, hasta que escuchó el chapoteo del agua y se puso en guardia unos instantes, pero sólo era Scott que llegó hasta ella dando amplias brazadas entre los juncos. Cuando llegó, Abigail se incorporó y se quedaron con la mirada puesta en la del otro. Scott la tomó por la cintura para aproximarla y ella le pasó los brazos por sus hombros. Se dieron un beso. Y otro, y otro más hasta que sintieron un calor abrasador en sus lenguas y en sus labios.

Abigail escuchó algo. Se apartó enseguida.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó mirando hacia la orilla.

—¿El qué?

—Shhh, escucha.

Se quedaron muy quietos y atentos, pero no se oyeron más que el vaivén del viento y el trinar de los pájaros. Pero Abigail había oído algo, estaba segura. Se apartó de Scott y fue directa a la orilla. Scott la siguió, cerca del lugar donde reposaba su ropa, volvió a pararse para tratar de oír algo, hasta que reconocieron un grito ahogado de una chica. Los dos, sin pensarlo, se vistieron, calzaron y se adentraron en el bosque. Abigail y Scott anduvieron deprisa entre los árboles, hasta que vieron un coche. Se acercaron más cuando escucharon con claridad:

—No, para, no... para, no, por favor...

Abigail y Scott se miraron y se pusieron a correr a la vez hacia el coche rojo.

—

La puerta del coche estaba abierta. «Tenía que ser él», pensó Scott cuando reconoció el *Toyota Celica* de Jesse McDowell, con su camiseta roja del instituto de Sleek Valley, «El único capullo que lleva el uniforme en verano». Scott lo tomó de la maldita camiseta y lo apartó del asiento trasero, de encima de una chica con la falda subida. A Jesse le costó reaccionar a nada de lo que estaba pasando. Scott se fijó unos instantes en la chica, no la conocía de nada, sólo le sonaba del instituto. Estaba llorando a moco tendido y roja como un tomate. Cuando sus miradas se cruzaron, ella la desvió hacia abajo y se bajó la falda. Abigail entró en escena enseguida:

—¿Estás bien? ¿Candance?

—¡¿Qué haces?! —bramó Jesse después de subirse la bragueta—. ¿Qué haces aquí?

—No, no, qué haces tú, gilipollas. ¿Qué le hacías a esa chica?

La chica, la tal Candace, salió del coche bajo el abrazo de Abigail. Estaba claro que muy bien no lo estaba pasando, tenía marcas rojizas por toda la cara, unos ojos llenos de lágrimas y los botones del cuello de su vestido parecían rotos. Abigail le susurró algo al oído para calmarla.

—Creo que ya tienes una edad para saber qué hacíamos...

Scott empujó a Jesse por el pecho pero este no se inmutó.

—Y una mierda, la estabas forzando.

—No le hacía nada malo, idiota. Candance, díselo, ¿quieres?

La chica miró al suelo y después a Abigail.

—A mí no me da esa impresión —espetó Abigail—. Cuando alguien te dice que pares, tienes

que parar, *gilipollas*.

Scott se quedó sin habla, era la primera vez que escuchaba a Abigail decir una palabrota. Estaba enfurecida.

—Vamos, eso no es lo que ha pasado —dijo Jesse que mostró las palmas de las manos—. Sólo nos divertíamos un poco, ¿por qué os metéis?

Scott tuvo ganas de pegarle en la cara, en esa sonrisa inocente, llena de hipocresía. La otra chica no abrió la boca, y, pese a parecer pasarlo mal, fue con Jesse McDowell cuando él se lo pidió. Abigail no pudo evitarlo, mostró una expresión triste y dijo:

—No tienes que ir, no...

Pero la tal Candance comenzó a caminar. Él le señaló el coche para que entrara. Ella le obedeció. «Joder».

—Nos vamos, ¿eh? —dijo Jesse. Después miró a Abigail—. O sea, ¿los rumores eran ciertos? ¿Sales con este gilipollas?

Abigail no dijo nada, porque Scott intervino:

—¿A quién llamas gilipollas? Violador de mierda.

—No te vayas con él, por favor —le dijo Abigail a Candance—. Nosotros te llevamos, iremos al hospital y después a la policía.

Jesse McDowell se puso a reír.

—Abby, Abby, a tu padre no le hará nada de gracia saber con quién pasas el rato, ¿no crees?

Abigail le giró la cara y se acercó a la ventanilla:

—Candance, por favor, ven con nosotros. No has hecho nada malo, te lo juro.

Jesse dio la vuelta hasta llegar a la puerta del piloto y dijo:

—Déjala en paz, ¿quieres? Nos vamos.

Pero Abigail no pareció rendirse:

—Candance, te juro que no contaré nada...

La chica tenía la mirada clavada en la radio del coche. Sin moverse ni un centímetro.

—Abigail, será mejor que estés callada si no quieres que le cuente a tu padre quien te folla, ¿eh?

A Scott eso le quemó por dentro y quiso ir a por él, que estaba con la puerta a medio abrir, pero Abigail le puso la mano en el pecho para que no se moviera. Apretó la mandíbula y volvió a dirigirse a la tal Candance:

—Vamos, baja, por favor.

—¡Joder! —Jesse golpeó su coche con fuerza.

Entonces, Candance habló por primera vez:

—Déjame, estoy bien. No... no ha hecho nada.

Scott sintió pena por ella. Jesse sonrió, subió a su *Toyota Celica* y arrancó. El ambiente se llenó de polvo y arena. Scott y Abigail no se movieron, se quedaron allí hasta que el coche se perdió más allá del sendero.

Los habían descubierto. El imbécil de Jesse McDowell los había descubierto, igual que la Policía del Pensamiento descubre a Winston y a Julia en aquel piso franco.

23. Las probabilidades posibles

A Abigail, Candance Fitzgerald le recordaba a Marilyn Monroe: era rubia, preciosa, con una peca sobre de sus carnosos labios. Era de último curso y no la conocía demasiado bien, aun así se sentía muy mal por ella.

—¿Qué hacemos? —preguntó Scott cuando se quedaron en un casi completo silencio.

Abigail soltó aire por la nariz, se encogió de hombros y se adentró de nuevo en el bosque, hacia la orilla.

—No podemos hacer nada —murmuró.

—¿Cómo que no? —inquirió Scott—. No podemos dejar que ese gilipollas se salga con la suya.

Ella no dijo nada hasta que llegaron y recogieron sus cosas.

—Si Candance no quiere denunciar nosotros no podemos hacer nada.

Abigail se acordó de una mujer que frecuentaba la iglesia todos los domingos, Silvia Wilson, siempre con un ojo morado, con cardenales en las muñecas y la mirada triste y perdida. En sus brazos tenía a uno de sus hijos, los apretaba contra su pecho con fuerza como si eso la consolara. A su lado, su marido sonreía con la cabeza alta, pese a las miradas de ira que le lanzaban los feligreses porque todo el mundo sabía lo que hacía cuando se emborrachaba. El pastor Baxter le dijo esas palabras exactas cuando quiso ayudarla: «Si Silvia no quiere denunciar nosotros no podemos hacer nada». Al final se fueron de Sleek Valley cuando él perdió el trabajo.

—Hablemos con ella —dijo Scott después de colgarse la cámara en su cuello—. Para que lo deje y...

—Ya lo has visto. Lo he intentado, Scott, pero no ha servido de nada.

—Lo intentaremos otra vez —dijo él.

Abigail no respondió, se pasó el trayecto con la vista al vacío, viendo el arbolado que cada vez era menos abundante, mientras que en la radio, Jim Morrison de *The Doors* repetía:

—*Break on through to the other side...*

Cuando Scott aparcó en la calle San Paul, Abigail se quitó el cinturón y lo miró por primera vez:

—Scott, lo mejor es que no hagamos nada. Si Jesse cuenta algo sobre lo nuestro...

Negó con la cabeza, posiblemente decepcionado porque Abigail priorizara el secreto antes que ayudar a Candance Fitzgerald.

—No pienso dejar que ese gilipollas se salga con la suya.

—Pues no te queda otra. Olvídalo, ¿quieres?

Scott apagó la radio y carraspeó. Abigail lo tomó del brazo para que lo mirara y le dijo dulcemente:

—Odio esto incluso más que tú, pero... no quiero que nadie estropee lo nuestro.

Después se acercó, le dio un beso largo, le acarició la mejilla despacio y le dijo que al día siguiente estaría en su casa como siempre.

—Vale —dijo Scott.

—

Scott jamás de los jamases había odiado a nadie tanto como a Jesse McDowell. Todo él, como persona, le parecía un pedazo de mierda, de esos que tienen suerte pero se merecen lo peor, de

esos que siempre se salen con la suya. Y encima su *enemigo* tenía información que no debería de tener. Scott cogió una botella de *Coca-Cola* de la nevera, una bolsa de *Cheetos* de la alacena y se dejó caer en el sofá. Se sentía triste, por lo que, cuando respondió al teléfono, lo hizo sin mediar palabra:

—¿Scotty? Soy mamá.

Soltó un «hola» entremezclado con un largo suspiro. Su madre enseguida supo que le pasaba algo:

—Dime, ¿va todo bien?

—Sí, sí, sí, tranquila. Sólo que hoy no ha sido un buen día, mamá.

—¿Ha pasado algo con Abigail...? —Scott calló—. Oye, lo que te dejé en el cajón...

Scott se imaginó a su madre retorciendo el cable del teléfono de la sala de juegos donde su padre seguramente discutía con algún amigo sobre las reglas del Rummy.

—Gracias por eso —respondió Scott.

—¿Lo has...? O sea, no quiero que me des detalles, pero bueno...

—Sí —dijo Scott que decidió sincerarse—: Es que mamá, la amo.

—Oh, Scott, eso es muy dulce...

A Scott no le hizo gracia ese tono condescendiente, el mismo que le pones a un niño pequeño cuando hace alguna monería.

—Mamá, tú no lo entiendes.

—Cariño, yo también he tenido tu edad, y también me he enamorado. Y se pasa, te lo prometo.

—No quiero que se me pase. Sólo quiero estar con ella.

—Oh, Scott, cariño... —Otra vez ese tonito—. Sabes que siempre te apoyo en todo lo que pueda, pero no con esto. Te lo prometo, cuando seas adulto ya no te acordarás de ella...

Enseguida se arrepintió de sacar el tema con su madre, por pensar que hablarlo con alguien le haría sentir mejor, consiguió el efecto contrario. Calló el resto de la llamada y escuchó como Judith le explicaba, paso por paso, como sería su vida en el futuro y de cómo encontraría una buena chica judía con la que casarse.

—

Abigail no pudo dormir esa noche: el asfixiante calor de julio, el estridente ladrido de Bitsy y los gritos de socorro de Candance que rebotaban en su cerebro sin parar... Podía imaginarse cómo se sentía, el miedo por no poder hablar, el sentimiento de culpa, porque claro, ella seguramente lo había *provocado* yendo con él, con ese *vestido*... Abigail pensó en contar la verdad pero las posibilidades de que Candance lo negara todo eran elevadas. Al final, agobiada, optó por salir de la cama y se acercó a la ventana para tratar de obtener alguna brisa un poco menos asfixiante. Nada. Si contaba lo que había pasado, Jesse revelaría su relación con Scott. Era un acuerdo implícito. Soltó aire por la nariz y pensó en todas las probabilidades posibles; recordó a la profesora Mazer en clase de Matemáticas: «Cuando hablamos de probabilidad, todo puede pasar». Negó con la cabeza y dio pasos inconexos por el parque de su habitación. Desde que era una niña le habían enseñado la importancia de ayudar a los demás.

Quería ayudar a Candance. Pero decidió no hacer nada.

—

Tanto Scott como Abigail se dejaron llevar el resto de los días, como si lo que pasara fuera no

fuera de su incumbencia y trataron de aprovechar el tiempo: tardes calurosas haciendo el amor, escapadas al lago —donde no volvieron a toparse con nadie—, algunas sesiones en el cine, donde se encontraban entre la oscuridad de los asientos y los suelos pegajosos... No habían vuelto a hablar ni de Jesse, ni de contar la verdad sobre su relación y su probable fecha de caducidad. El viernes 23 de julio de 1982 concretamente, poco antes del fin de las vacaciones.

—Oye, nunca te lo he preguntado —dijo Scott—. ¿Qué estudiarás en la universidad? ¿A qué te quieres dedicar?

Abigail se recostó en el sofá y lo miró:

—Estudiaré Medicina —dijo—. Me gustaría ser pediatra.

Scott asintió, pasó las manos detrás de su cabeza y también se apoyó. En el tocadiscos *Ten Years After* cantaban:

—*I'd love to change the world, but I don't know what to do...*

—Aunque no sé si quiero trabajar en un hospital —continuó—. Me gustaría unirme a Médicos sin fronteras si te soy sincera.

—Vaya, ¿en serio?

Abigail elevó los hombros.

—Mis padres me matarán, ellos creen que quiero montar una consulta, pero... en realidad no quiero quedarme aquí. Me gustaría poder viajar por el mundo. No me imaginas, ¿verdad? Mis padres pensarían que estoy loca y que me pasará algo, que no podré defenderme.

Scott negó con la cabeza:

—Eso es una tontería, Abby, te irá genial, estoy seguro. Claro que te imagino, ¿por qué no ibas a hacerlo?

Abigail le regaló una sonrisa y se movió para apoyar su cabeza en su pecho desnudo.

—¿Y tú? ¿Qué quieres hacer? ¿Qué estudiarás?

—Mi padre quiere que estudie Derecho como él. Pero ni en un millón de años. Yo no sé ni tan siquiera si quiero ir a la universidad. Así que no lo sé todavía. Quizás me una al equipo de los *Mets*.

—No entiendo el béisbol —confesó Abigail.

Scott se incorporó y la tomó de los hombros:

—¿Qué no entiendes de béisbol? ¿Qué es lo que no entiendes del mejor deporte del mundo?

Abigail se rio y elevó una ceja:

—¿El mejor deporte del mundo? Pero si sólo golpean una pelota con un bate y corren alrededor de un campo.

Scott negó con la cabeza y fingió sentirse ofendido por sus palabras. Abigail se puso a reír.

—Voy al baño —dijo Abigail antes de besar sus labios—. Espero que cuando vuelva ya seas una estrella del béisbol.

Scott sonrió y la observó salir del salón. Se puso de pie y fue a la cocina para buscar algo de beber. Abrió la nevera y observó la más triste y desolada imagen, las consecuencias de no salir a la compra: dos latas de *Dr. Pepper*, queso rallado y un bote de nata. Pensó en que no aguantaría mucho más y que debería acercarse al supermercado a comprar algunas pizzas congeladas. Abrió una de las latas, le dio un largo trago y apoyó la rabadilla en la encimera. Estaba agotado, toda la semana había trabajado duro en el supermercado, el señor Silver le hizo ir incluso un domingo para hacer inventario. Pero el viejo no pagaba mal y Scott había dejado de contar los centavos a la hora de poner gasolina.

Alguien llamó a la puerta. Scott frunció el ceño, nadie entraba por la puerta de atrás, excepto Abigail, claro. Pero se acordó de uno de sus vecinos, un niño de diez años llamado Timmy o

Tommy que a veces visitaba a Sean. Se imaginó que sería él.
Por eso abrió la puerta sin más: era el pastor Jacob Baxter.

24. Aquel largo verano

Scott se quedó sin habla. El pastor Jacob Baxter elevó la barbilla y lo miró fijamente. Scott tragó saliva.

—¿Dónde está mi hija? —preguntó.

Scott negó con la cabeza, se encogió de hombros y volvió a negar.

—Su bicicleta está aparcada en tu jardín —continuó el otro.

Scott soltó aire y pasó la mano por su pecho desnudo. «No llevas camiseta, Scott, joder». ¿Qué tenía que hacer? ¿Decirle que Abigail no estaba con él? ¿Que su bicicleta estaba allí por casualidad? No tenía sentido. Al final, no tuvo que decir nada más, porque Abigail lo llamó desde el salón:

—¿Scott? Sólo son las seis, ¿quieres ver una peli?

«Mierda, mierda, mierda», pensó Scott. El pastor no se lo pensó dos veces y entró en su casa, en su cocina. Dio unos pasos firmes, como en una militancia, y se quedó cruzado de brazos. Abigail entró dos segundos después. Scott jamás olvidaría su cara, sus gestos cuando vio a su padre, cómo oscureció su rostro en unos instantes.

—P-pa-pá... —murmuró.

—Espérame en el coche.

Abigail miró a Scott, después a su padre y parpadeó incesantemente.

—¡Ahora!

El tono que usó su padre le hizo pegar un brinco y darse la vuelta, directa al salón, Scott imaginó que para calzarse y coger sus cosas.

—Yo... —empezó Scott, pero realmente no sabía qué decir.

El pastor le señaló con el dedo y espetó:

—Más te vale que tengas la boca cerrada, chaval, de lo contrario te daré una paliza. —Se aproximó más a Scott—. Sé que has mancillado a mi hija, maldito seas.

Scott tragó saliva. Nunca había pasado tanto miedo en su vida, ni tan siquiera con su padre, por más enfadado que estuviera con él. El pastor Baxter se apartó, Scott fue incapaz de mirarlo a los ojos, a esos llenos de ira. Los minutos que tardó Abigail en entrar de nuevo en la cocina fueron los más largos de su vida. El pastor la tomó del brazo y la llevó hasta la puerta, ella quiso decirle algo a Scott, él lo notó, pero no medió palabra, sólo le lanzó una mirada llena de pena, una mirada que anunciaba el final de todo. Scott no quería que pasara, no podía creer que fuera real. El pastor dio un fuerte portazo y después sólo quedó la música que provenía del tocadiscos todavía en marcha. Scott no sabía qué grupo sonaba ni qué canción era. Sacó un cigarrillo y se lo encendió. Nunca fumaba dentro de casa, su madre odiaba el olor, y él la había respetado siempre. Pero no pudo hacerlo esa vez.

Lo primero que vio Abigail cuando llegaron a casa fue a su madre llorar a moco tendido, con Bitsy en su regazo, que ladraba y ladraba sin parar. El pastor la tomó del brazo, la empujó para que se sentara y continuó gritando como había hecho durante todo el trayecto en coche:

—¿Has visto cómo está tu madre, eh?! ¡¿Cómo has podido hacer algo así?! ¡

Abigail no supo qué decir. Su padre se sentó al lado de su esposa y trató de consolarla:

—Tranquila, cariño, todo irá bien...

Blanche hipó y le preguntó a su hija:

—D-di-dime, ¿le diste tu flor a ese chico?

Abigail se quedó boquiabierta por aquella pregunta y tras unos instantes dijo:

—Sí. Lo siento.

«Supongo», pensó porque en realidad no se arrepentía de nada de lo que había hecho.

Su padre se enfadó más si era posible:

—¿Que lo sientes?! ¿Qué sientes exactamente? Nos has mentido, una y otra vez, y ahora medio pueblo sabe que eres una *ramera* que se acuesta con cualquiera.

«¿Ramera?».

—Quién te va a querer ahora, quién va a casarse contigo —murmuró Blanche.

Abigail estalló.

—¿Ramera? ¡No soy una ramera! No lo entendéis, Scott y yo nos amamos, yo no me acostaría con cualquiera.

Su padre se puso a reír. A Abigail se le puso la piel de gallina:

—¿Qué os amáis? Qué sabrás tú del amor, no eres más que una cría estúpida. Ese chico sólo se ha estado aprovechando de ti.

Abigail apretó con tanta fuerza sus puños, que se pusieron blancos.

—No es verdad...

—¡NI SE TE OCURRA RESPONDER! —espetó Jacob—. Le has faltado el respeto a tus padres con tus malditas mentiras. Desde cuándo, ¿eh? ¡¿Desde cuándo nos mientes?!

—No soy una ramera —dijo despacio.

Su madre se puso a llorar más alto. «Dramática», quiso decir, y también quiso pedirle que dejara de ver esas estúpidas telenovelas.

—Sube ahora mismo a tu habitación. Vas a hacer el equipaje —dijo su padre.

—¿Qué? ¿Por qué?

—No verás a ese chico en la vida, te lo juro por Dios.

Abigail negó con la cabeza:

—No, no, no quiero irme, ¿adónde voy a ir?

—De momento irás a casa de tu abuela.

—¿Qué abuela? —quiso saber.

—La Abuela Rose.

Abigail se quedó boquiabierta, eso era terrible. Su abuela paterna era una mujer horrible, racista, que se quedó anclada en los años veinte. Ni tan siquiera tenía teléfono, ¿cómo iba a contactar con Scott? Además vivía en el lejano estado de Colorado.

—Pero, papá...

—¡Sube ahora mismo y prepara tu maleta! Si no lo haces tú, lo haré yo, por el amor de Dios.

—Por favor, papá, no, yo...

—¡Ahora!

Abigail se levantó y fue directa a las escaleras, con la vista y la moral en el suelo.

Cuando entró en su habitación, se encontró con todas sus cosas esparcidas por su cama: sus libros: *El Guardián entre el Centeno* y el de *La Puta Respetuosa* —desprotegidos de sus falsas contraportadas—, sus *Cosmopolitan*, el cassette con una batalla de rap que le regalaría a Scott para su cumpleaños, las notas que compartían, la caja vacía de los caramelos *PEZ* que comió la última vez que fueron al cine, el llavero de *PacMan* que le regaló días antes... todos sus secretos destapados, su intimidad violada. Se dejó caer en la cama y soltó aire cuando fue consciente de que la cosa iba en serio. Su padre iba a mandarla lejos, a sacarla de Sleek Valley, todo para

alejlarla de Scott.

—No lo veré más.

Negó con la cabeza hasta que sus ojos se llenaron de lágrimas. Escuchó unos pasos, así que se limpió la cara de prisa, sacó un papel y un bolígrafo de su escritorio en el que se sentó y se puso a escribir:

Querido Scott: Mis padres se han vuelto locos y me han dicho que haga las maletas. ¡Me mandan a casa de mi abuela Rose! No te lo he contado, pero es una mujer horrible, de pequeña me daba pánico cuando tenía que verla. Sinceramente no sé si podré llamarte, pero te daré su dirección, con la esperanza de que me escribas alguna carta. No creo que haga falta que te pida que no pongas emisor. Mientras, esperaré tener la ocasión de encontrar un teléfono y llamarte. Te amo, Scott, por favor, no me olvides, yo no podré hacerlo.

Apartó el bolígrafo y trató de evitar —sin éxito— que unas enormes gotas cayeran sobre el papel. Se estamparon sobre parte de las palabras: *sinceramente* y *te amo*, emborronando la tinta. Abigail tenía ganas de vomitar, no se había sentido tan triste nunca. Releyó la carta y al final añadió:

¡Jo! ¡Qué triste me sentía! No se imaginan lo deprimido que estaba.

Suspiró y soltó aire por la nariz. Escribió la dirección de su abuela, dobló el papel varias veces y después lo metió en un sobre. Pensó en cómo le haría llegar el mensaje a Scott. Sacó otra hoja de papel y le escribió una carta a su amiga Violet. En ella le decía lo mucho que la echaría de menos y le pedía como favor que le diera el mensaje a Scott. Después, cerró el sobre y escribió en cursiva el nombre de su amiga. Su padre se asomó por la puerta, Abigail se limpió las últimas lágrimas y abrió su ropero. El pastor Baxter se marchó, y ella aprovechó para guardar los recuerdos de Scott en su maleta.

Salieron aquella misma noche, su madre no quiso mirarla a los ojos, aún así, Abigail le pidió que, por favor, le diera la carta a Violet. Blanche negó con la cabeza y volvió al salón con Bitsy. Abigail hundió los hombros y dejó la carta encima del recibidor, con la esperanza de que llegara a sus manos, al fin y al cabo era su mejor amiga.

—

Scott hacía ya una semana que no sabía nada de Abigail. Llamó a Violet, desesperado, y ella le explicó que ese mismo viernes, ambos se fueron en coche, pero que su padre regresó sin ella.

—¿Dónde crees que podría estar? —le preguntó Scott.

—*No tengo ni idea, mi madre lo ha preguntado pero no han querido decir dónde está. Es horrible.*

—Lo siento. Oye, si sabes algo de ella, ¿me llamarás?

—*Por supuesto. Yo también lo siento.*

Se sentía tan triste, que cuando su familia regresó de los Catskills, su madre lo encontró con la cabeza hundida en su almohada;

—¿Scotty? —preguntó entreabriendo la puerta—. ¿Estás enfermo?

Scott negó y se quedó en la misma posición. Judith se sentó en la orilla de la cama y pasó la mano por su espalda.

—Cariño, ¿qué pasa?

Scott exhaló y se incorporó. Había llorado pero no le importó que su madre lo supiera. Le explicó que había pasado, como el pastor Baxter los descubrió y se llevó a Abigail:

—No sé nada de ella desde entonces, no sé qué hacer.

Pero su madre ignoró sus últimas palabras porque dijo:

—¿El pastor lo sabe? Oh, no, no, es horrible —Se levantó—. ¡¿Jared?! ¡Jared!

—Por favor, no se lo cuentes a papá...

Pero no sirvió de nada.

—¿Qué pasa? ¿Qué haces en la cama, tarugo? Es de día —dijo su padre apoyado en el umbral de la puerta.

—Jared, tenemos que mudarnos —dijo Judith.

—¿Qué?

—Scott se ha acostado con la hija del pastor y los han descubierto.

Jared se cruzó de brazos y miró a su hijo, incrédulo.

—¿Te has acostado con su hija? ¿Eres imbécil?

Scott no supo qué decir y siguió a sus padres por el pasillo, que discutían acaloradamente para encontrar una solución. «Si nos mudamos, seguro que no volveré a verla»:

—No, no, no tenemos que irnos, ¿por qué? No pasará nada.

Sus padres se pararon y lo miraron unos segundos, pero no le hicieron demasiado caso, ni tampoco a Sean cuando apareció y quiso saber qué estaba pasando.

—Lo llamaré —sentenció Jared—. Y tú, le pedirás disculpas y le prometerás que nunca más te acercarás a su hija.

—¡¿Qué?! ¡NO!

Judith lo tomó del brazo cuando llegaron a la cocina:

—Cariño, ¿no lo entiendes? El pastor Baxter tiene mucho poder aquí, si quiere arruinarnos, lo hará. El bufete de tu padre pende de un hilo.

Scott no entendía nada, estaban exagerando.

—¿Cuál es el número? —preguntó su padre—. Supongo que al menos sabes el teléfono de esa *chica*.

Scott ladeó la cabeza. No, no pensaba decirle eso al pastor Baxter, ¿renunciar a Abigail? No, no podía hacerlo. Le dolía el pecho sólo imaginarse no verla jamás, no hablarle. O peor, verla en el instituto y no poder hablarle, mirarla, besarla entre los estantes de la biblioteca. No renunciaría a eso.

—Entonces llamaré a información —espetó Jared.

Scott se acercó y puso los dedos sobre el interruptor de gancho para cortar la línea.

—No, no, por favor. Es que la amo, papá, no me hagas esto... Es que no... —se puso de nuevo a llorar. Llorar delante de su padre le jodía más, pero no lo pudo evitar—. Es que no me lo imagino, no puedo vivir sin ella, papá, te lo juro. Ella lo es todo para mí.

Jared lo observó serio y exhaló. Parecía sentir pena por él. Scott se sentía muy mal, humillado por caer a los pies de su padre, su orgullo roto le resquemaba por dentro. Pero estaba desesperado.

—Jared, llámale —dijo su madre—. Le pediremos perdón en su nombre y le prometeremos que Scott no se acercará más a ella.

Scott sintió como le clavaban un puñal en la espalda. Y luego otro. Y después otro, como cuando apuñalaron a Julio César. Sus propios amigos. En este caso su madre. Se dio la vuelta y la miró con una expresión que decía: «No puedes hacerme esto». Judith apartó la mirada.

Jared llamó al pastor. Scott no quería estar presente pero sí oír la conversación, así que se

arrastró hasta el pasillo y se sentó apoyado en la pared al lado de la cocina. Cerró los ojos y resopló.

—¿Hola? Hola, usted debe ser... —Jared se quedó en silencio—. Blanche, Blanche, eso mismo. Sí, nos conocimos en el restaurante de Lee, soy Jared Schwartz, el padre de Scott... Oh, sí, siento mucho lo que ha pasado y entiendo que... sí, sí, entiendo que esté disgustada, y llamamos precisamente por eso. Sí, ¿podría hablar con...? Oh, por favor, no, no, no se ponga a llorar, haga el favor. Gracias. El pastor va a ponerse al teléfono.

—¿Qué te ha dicho ella? ¿Lloraba? —preguntó Judith.

—Sí, sí, como una descosida. ¿Hola? ¿Hola? ¡Han colgado! ¿Será posible?

—Oh, no —dijo Judith.

Se quedaron en silencio unos largos segundos.

—Nos mudamos —sentenció Jared.

Entonces, Scott Schwartz lamentó no haber retenido mejor los recuerdos de aquel largo verano junto a Abigail Baxter. Temió olvidarse del sabor de sus labios, el tacto de su piel, su voz, su aroma, por la distancia y el tiempo.

Por suerte o por desgracia, jamás los olvidó.

1997

Cuando Scott Schwartz abrió la puerta de su apartamento el teléfono sonó. Resopló, dejó la mochila y su equipo fotográfico en el recibidor, y dio dos zancadas hasta llegar a la llamada.

—¿Diga?

—*Oh, qué bien que te encuentro, Scotty, llevo rato llamando.*

Scott se dejó caer en el sofá y puso los pies en la mesita.

—Hola, mamá. Estaba en Islandia, ¿recuerdas?

—*Claro que me acuerdo. Sí, sí, claro que irán juntos.*

Scott cerró los ojos cuando reconoció de fondo la voz de Miriam Ford, la mejor amiga de su madre desde que se mudaron a Nueva Jersey. Tenía una hija de la misma edad de Scott, llamada Anne, por lo que la misión de ambas era que se casaran.

—*Scott, Miriam quiere saber si ya has llamado a Anne para que vengáis juntos a cenar.*

—No, no he llamado a nadie, literalmente acabo de llegar después de...

—*Miriam dice que está trabajando ahora, que llames a su bufete. Recuerda venir elegante para la cena, supongo que querrás impresionarla.*

Scott resopló.

—Mamá, tengo que colgar, necesito una ducha y dormir.

—*¡No llegues tarde! Y llama a Anne, ¿quieres?*

Scott colgó y exhaló profundamente. Se quedó unos instantes quieto hasta que reaccionó y se quitó el abrigo. Se frotó las palmas de la mano por la cara, por la barba y las mejillas para reactivarse; no había pegado ojo en toda la noche, las turbulencias habían sido horribles. Por más aviones que tomara, jamás se acostumbraba y siempre prefería tomar un camino por tierra.

Esa noche había quedado con su familia para celebrar el primer día de Jánuca, por lo que después de una larga ducha fue directamente a la cama.

—Te echaba de menos —murmuró sobre su mullida almohada.

Había pasado más de cuatro meses durmiendo en una furgoneta, sobre una *cama* compartida con su conductor, Bastien Berger, —a quien quería como a un hermano pero no fue así al principio—, por lo que tardó dos milisegundos en dormirse. Pero valió la pena el sufrimiento, las fotografías quedaron espectaculares.



—Esta de aquí es la sala de descanso —le dijo Patricia—. Esa es la máquina de café, pero está asqueroso, así que, si puedes, ve a la cafetería de aquí al lado, la regenta una chica monísima llamada Alisha. Ah. —Se acercó más—. Y te daré el nombre de algunos médicos que tienen las manos largas, ya sabes, para qué estés precavida.

—Café y médicos asquerosos —respondió Abigail Baxter ocultando sus manos en los bolsillos de su bata—. Recibido.

Patricia Piercy sonrió ampliamente y ladeó la cabeza cuando lo hizo. A Abigail le cayó bien desde el principio, le pareció la mujer más simpática de todo el hospital. Era voluptuosa, con unos enormes pechos, el cabello rizado y recogido con un imperfecto moño. Era la enfermera jefa de día y se había ofrecido para enseñarle todo a Abigail en su primer día de trabajo.

—Ven, te presentaré a los niños, te van a encantar —dijo Patricia.

Patricia la tomó del brazo y recorrieron el pasillo, hasta que un médico alto y apuesto se cruzó

por su camino y las obligó a pararse. A Abigail le recordó a aquellos doctores que salían en las telenovelas que veía su madre, de esos que sabes perfectamente que jamás te encontrarás cuando vayas al médico.

Patricia carraspeó, miró a Abigail con los ojos como platos y dijo:

—Oh, buenos días, doctor Burns.

Abigail se aguantó la risa y estiró la mano para saludarlo:

—Soy la doctora Abigail Baxter, especialista en oncología pediátrica.

El doctor Burns se apartó el lacio cabello a un lado y le regaló una enorme y conquistadora sonrisa:

—Ah, un placer, claro, el jefe de planta, Javier Gooch, me habló de ti. ¿Eras médico en África o algo así?

—Algo así —dijo con una sonrisa sardónica—. Un placer, doctor Burns.

Después continuó el camino del brazo de Patricia.

—Menudo corte le has dado. Pero, oye, ¿no es tu tipo?

—La verdad es que no. Demasiado guapo, ¿sabes?

Ella se puso a reír.

—Tendría que estar guapa todo el día para estar a su altura —continuó—. Y mira, Patricia, a mí me encanta ir por casa en pijama, estar despeinada y esas cosas.

—Te entiendo, cariño. Por suerte llevo más de veinte años casada, mira, ya me da igual lo que piense mi marido.

—Oh, anhelo el día en que pueda tirarme pedos delante de un hombre sin que se escandalice.

—Amén a eso —le respondió Patricia.

Giraron por la derecha, hasta una de las puertas cuyo cartel decía: «Área de Oncología».

—Hemos llegado —dijo Patricia—. Esos niños van a quererte mucho.

Abigail sonrió triste, porque recordó a todos los niños y niñas que había querido, y que perdió en el camino. Patricia pareció comprenderla porque apretó su brazo unos instantes antes de golpear la puerta para abrirla.



—Vámonos, por favor —le susurró Scott a Sean—. No-pasa-nada, les dará igual.

Su hermano pequeño se movió inquieto en la silla y lo miró de reojo. «Ya casi lo tengo convencido».

Estaba en casa de sus padres, en Nueva Jersey, y fuera había empezado a nevar. Habían terminado de cenar y también de tomar el postre, consideraba que había cumplido con su obligación y quería irse de allí.

—Venga, tomemos una cerveza, esto es un muermo —continuó.

Sean miró de reojo a Anne, que charlaba con Jared sobre temas legales o cualquier vicisitud. Scott no solía prestar atención a aquellas conversaciones que no le interesaban. Scott sabía que su hermano pequeño estaba locamente enamorado de Anne Ford desde que la conoció.

—Oye, le decimos que venga si quieres —susurró.

Sean se miró las manos unos instantes. Pero era demasiado joven para ella, «Seis años no son tanto, ¿no?», le comentó una vez Scott a su madre para que le arreglara una cita a Sean y no a él, pero no funcionó, Judith lo ignoró y siguió en sus trece: «Scott, tienes 30 años, ¿cuándo vas a casarte?».

—Si la invitamos creará que el interesado eres tú —le respondió Sean con los ojos como platos—. Creo que le gustas.

—Qué va, qué va, si le he dicho un montón de veces que no me interesa. Dile tú, colega, así lo sabrá.

Scott se puso de pie, porque lo tenía casi convencido, estaba seguro. Sean balanceó la cabeza pero al final se levantó, Scott le dio un par de palmadas en la nuca para darle fuerzas. Y cuando estaba a punto de pedirle a Anne Ford que fuera con ellos, su padre interceptó la conversación como haría Alfonzo en un partido de los *Mets*.

—¡Hombre! Scott, ¿por qué no te sientas con tu viejo a charlar?

Estaba claro que había bebido demasiado whisky. Scott miró a Jared con una falsa sonrisa y se sentó a su lado.

—Claro, papá, ¿por qué no? Me apetece mucho oír tus insultos hacia mi trabajo.

Su padre soltó una carcajada y golpeó la mesa:

—Bueno, es que no lo considero un trabajo de verdad —respondió sin parar de reír.

Jared siempre le echaba en cara a su hijo que no estudiara derecho, que se hiciera fotógrafo: «Hacer fotografías lo hace cualquiera. Incluso tu abuela», le repetía. Pero Scott consideraba que tenía el mejor trabajo del mundo y nunca se arrepentía de su decisión. Además, Sean estaba en la escuela de Derecho, ya tenía a alguien a quien cederle su legado, en el caso de que existiera algo así. ¿Por qué no le dejaban en paz?

—¿Y adónde queréis ir? —preguntó Judith rodeando la taza de café con las manos—. ¿Sean?

Judith siempre lo sabía todo, muy a pesar de sus hijos y marido.

—Bueno, nos gustaría ir a tomar algo por Brooklyn. Anne, ¿quieres venir?

«Bien, colega», tuvo ganas de decir, en especial cuando su madre y Miriam pusieron mala cara.

—¿Nueva York? ¿Qué pasa, en Nueva Jersey no tenemos bares? —preguntó Jared.

—Sí, y son todos un completo asco —le respondió Scott.

Anne sonrió despacio y miró a Scott. Era rubia —a Scott no le gustaban rubias—, bastante mona, muy agradable y trabajadora. Pero a Scott le parecía aburrida, no tenían química ni conexión.

—Vale, si no os importa —dijo Anne trasladando la servilleta de su regazo a la mesa—. Mamá, ¿algún problema?

Era perfecta para unos padres, sin ninguna duda, Scott entendía por qué Judith la quería como nuera.

—Claro que no, cariño, pasadlo bien.

—Sean, cielo, no llegues muy tarde, ¿eh? —dijo Judith con una sonrisa forzada—. Mañana tienes que estudiar.

A Sean se le oscureció la mirada unos instantes pero luego le dijo:

—Por supuesto que no, mamá.



Abigail se estaba quedando sin excusas para no subir al karaoke, igual que se quedó sin excusas cuando Dawn Burton, una vieja colega de la universidad, la llamó cuando se enteró que vivía en Nueva York:

—Mis amigas y yo vamos a *desmelenarnos* esta noche y queremos que vengas.

Abigail le dijo unos diez *No sé* junto con algunas excusas, pero Dawn las esquivó todas. Al final dijo que sí. Después de cenar, terminaron en Brooklyn, en un bar llamado *Franklin*, ubicado entre la avenida Franklin y la *St. John*. Cindy, una de las amigas de Dawn, bajó del escenario después de cantar a pleno pulmón *I Wanna Dance with Somebody (Who Loves Me)* de Whitney

Houston.

—Abigail, anda, deberías subir —le dijo.

Abigail negó con la cabeza y le dio un trago a su cerveza.

—Venga, ¿por qué no? —dijo la otra amiga de Dawn, Gina, una chica morena y con la cara tan fina como un palillo—. Esta noche las chicas mandamos, ¡vamos!

—Mejor que no, ¿eh? Cantar se me da fatal, os lo juro. Si lo hago por vosotras, no queréis oírme. Tendréis pesadillas.

Se rieron y volvieron a la suya, Abigail se sintió aliviada:

—Eh, ¿habéis visto a ese tío bueno de ahí? —dijo Dawn—. Creo que te está mirando, Gina.

—¿Verdad? —Después se encogió de hombros y sorbió su *Manhattan*—. Lo siento, cariño, hoy nadie podrá acostarse con Gina.

Las demás asintieron y se chocaron los cinco, Abigail no entendía nada y tuvo que levantar la mano para chocar también.

—¿Por qué no? —preguntó Abigail—. ¿No estás soltera?

—Oh, cielo, todas estamos solteras, pero esta noche nada de hombres. Pro-hi-bido.

—Estamos celebrando la ruptura de Cindy con su ex —le susurró Dawn a Abigail—. Así que no, hoy no podemos ligar.

«¿Pero qué culpa tenemos las demás?», pensó Abigail.

—¡Mirad, tienen la canción *Wannabe*! —gritó Gina—. ¿Chicas? ¡Vamos, salgamos!

Las chicas se levantaron, y tomaron a Abigail del brazo para que subiera con ellas. «Oh, joder, pensó cuando la pusieron en medio. La gente se puso a silbar y a aplaudir. Rodó los ojos y fingió cantar cuando le acercaron el micrófono:

—*If you wanna be my lover, you gotta get with my friends...*



Los tres entraron en un bar llamado *Franklin*, la idea de ir allí fue de Sean, porque dijo que el *Manhattan* era la mejor bebida y allí la preparaban deliciosa. Scott le dijo que era porque no había probado el *Limoncello*, que alucinó cuando lo descubrió en Italia.

—¿Eso es un karaoke? —preguntó Scott—. Tú no eres mi hermano.

—Tranquilo, nosotros iremos a la zona del billar, ¿vale?

Scott se encogió de hombros y lo siguió por el bar, a reventar de gente. En realidad le daba bastante igual, sólo quería tomar una cerveza y ayudar a su hermano a ligarse de una vez por todas a Anne Ford.

—Menos mal, paso de escuchar de cerca a esas *locas* cantando a las *Spice Girls*.

Se tapó los oídos, sonaban igual que una gaita rota; siguió a Anne y a Sean. Se sentaron en una zona un poco más tranquila, con otro ambiente, cerca de las dianas de dardos donde unos chicos jugaban animadamente. Después de que un camarero les tomara nota, Anne soltó aire, miró a Scott —Se había sentado a su lado de la mesa— y le preguntó:

—Tu madre me ha contado que has estado en Islandia. ¿Cómo ha ido?

Scott miró a Sean.

—Bien —dijo—. Oye, Sean, ¿qué tal en la escuela de derecho?

—Pues... —empezó su hermano.

—¡Vamos! Hablamos de Islandia. Me muero por ir allí.

—¿Y por qué no lo haces? —preguntó Scott.

Ella se quedó cabizbaja. Tampoco quería sonar tan borde, pero el corte le salió así. Ya le había dejado claro que no le interesaba, lo hizo cuando sendas madres organizaron la primera cita.

Scott le dijo que no buscaba una relación seria, que el trabajo no se lo permitía. Anne le dijo que le parecía bien, pero Scott muchas veces pensaba que no lo sentía de verdad, como si tuviera la esperanza de robarle el corazón a Scott.

—Sí, supongo que debería —murmuró ella.

—A mí también me gustaría ir y poder ver la Aurora Boreal —mencionó Sean—. Pero con la vida aquí, ¿quién tiene tiempo?

—¿Verdad? —respondió Anne un poco más animada—. Dicen que es algo inolvidable.

Scott quiso contar que había ido precisamente por eso, pero no lo hizo porque no quería cortar la conversación. «Vamos, colega». Es que a su hermano se le daba fatal ligar, al pobre, la única novia que tuvo, lo dejó por otro al empezar la universidad y, desde entonces, era incapaz de conseguir ni un mísero número de teléfono. Mientras ellos charlaban, Scott miró a su alrededor y sonrió cuando reconoció una vieja máquina de *PacMan*. Esperó a que le trajeran la cerveza, le dio un trago y les dijo que ahora volvía. Cuando se alejó de la mesa, escuchó como su hermano decía:

—A mi hermano le encantan los videojuegos, pero a mí no, me parecen una tontería.

Scott negó con la cabeza, pidió permiso para dejar su cerveza en una mesa cercana, sacó una moneda de 25 centavos y se puso a jugar. Como siempre se acordó de Abigail Baxter y se sintió un poco nostálgico.



—¿Ha sido divertido, verdad? —le preguntó Dawn cuando se sentaron en la mesa.

—Sí, *mucho* —dijo Abigail que terminó su cerveza—. Voy a por otra, ¿queréis algo?

Todas se negaron, así que Abigail se levantó y fue a la barra. Estaba repleta y se agobió. No vivía en una ciudad desde que estudió en la Universidad de Pensilvania, y se había olvidado de lo que era. En momentos como aquellos, anhelaba la paz y tranquilidad de Mozambique. Además, los habitantes eran muy amables, no como aquel tipo que le tiró su bebida por encima cuando se dio la vuelta:

—¡Joder! —espetó Abigail cuando notó el frío líquido en su camisa.

—Pero es que estabas en medio, ¿eh? —dijo un hombre trajeado—. Aparta, guapa.

Abigail se quedó boquiabierta mientras el otro se alejaba. «Será gilipollas».

—No... —se lamentó mientras separaba una y otra vez la camisa mojada que apestaba a Bourbon—. Puaj.

Se apartó de la barra y se hizo sitio entre la gente para llegar a los baños, pero se desorientó y terminó en una sala con un billar. Buscó con la mirada y localizó la puerta de un baño para mujeres. No tenía muy claro cómo arreglar aquel desastre, esa camisa sólo la había usado una vez.

—Maldito seas —dijo entre dientes.

Y entonces se quedó parada. Tuvo un *Deja vu*. O algo así, porque aquel chico se parecía mucho a Scott Schwartz, su primer amor. Entornó los ojos: tenían la misma altura, se movían igual, jugaban inquietos, nerviosos... «No puede ser». Abigail dio pequeños pasos en su dirección y en el camino se repetía lo mismo, una y otra vez: «No puede ser él, no es posible».

Pero sí, sí que era. Abigail se quedó sin habla. Él no la vió. Estaba... cambiado, claro ya no tenía dieciséis, ahora llevaba una abundante barba, una mirada endurecida, clavada en los flashes de la pantalla que se reflejaban en su piel bronceada. Pero al mismo tiempo, era el mismo, el mismo chico que Abigail recordaba tan bien, aquel chico del que se enamoró perdidamente pero de quien perdió el rastro tiempo atrás. Abigail se acercó más y dejó una moneda en el lateral de

la pantalla, como si quisiera pedir turno.

—Tranqui, es mi última partida.

Le chocó escuchar su voz, más grave de lo que recordaba. No la había visto. Pensó en darse la vuelta e irse. Habían pasado muchos años, él seguramente estaría casado, tendría hijos... No, no podría soportarlo. Y se sintió una idiota por ser tan inmadura. Había pasado mucho tiempo, ¿qué esperaba que pasara? Pero Abigail pensó en que no podía perder la oportunidad de saber qué fue de él: ¿a qué se dedicaba? ¿Estudió en la universidad? «Sí, sí, será sólo una charla informal, regresaré a mi mesa, y nada más». Cuando se sintió con fuerzas, se puso tan, tan cerca, que incluso se tocaron. Y entonces le dijo:

—Vaya, veo que has perdido práctica, Scott.

Él paró de jugar, se quedó con la mano sobre el panel, con los dedos sobre los botones. A *PacMan* lo cazaron los fantasmas. Y entonces se miraron por primera vez en mucho tiempo. Scott sonrió despacio y dijo:

—Hola, María.